



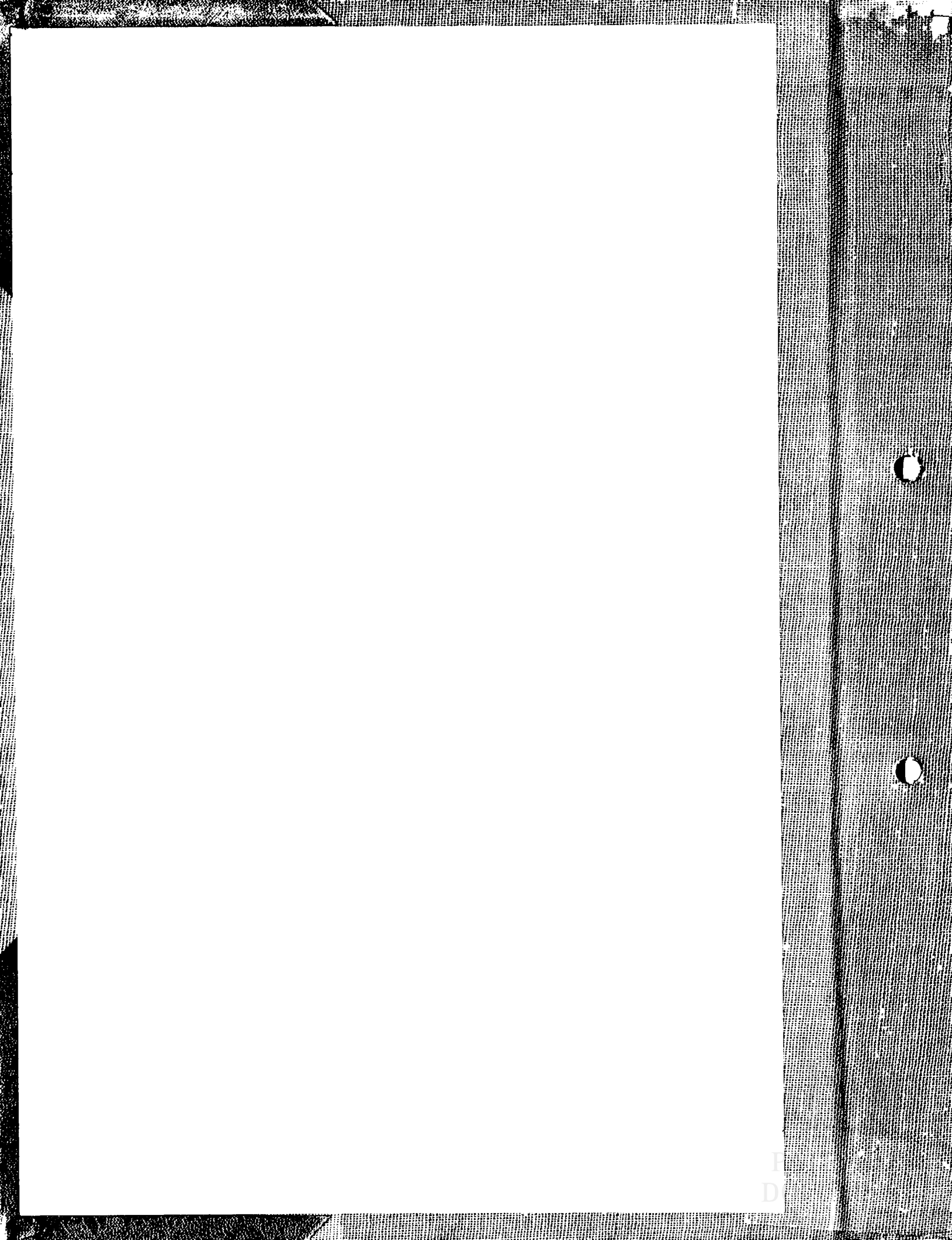
## PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook  
Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador





TIPOS POPULARES



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# EL DULCERO



**E**s UNO de los tipos populares de la Habana. Cuanto más pobre y populoso sea un barrio, más vendedores de dulces lo recorren. Venden golosinas al menudeo, desde uno á cinco centavos.

Cinco centavos de *pan de maíz*, son como cinco kilos de *pienso*. La *pobrea*—como hemos oído llamar á la clase pobre en algunos salones—suele, en días en que *chifla el mono*, alimentar á su *cria* con dulce de *tablero*.

El ejemplar que exhibimos es de los reformados. Los más comunes son menos escrupulosos. Este lleva entre cristales la mercancía; los otros la llevan á la intemperie; y se observa que el *merengue en plato*, por ejemplo, después de un recorrido, tiene tanto de merengue como de cemento á fuerza de recoger polvo; resultando un manjar de azúcar, clara de huevo y mampostería: algo así como la obra colectiva de un repostero y un albañil.

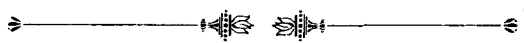
En esa música callejera de vendedores ambulantes, el dulcero se distingue, si no por la armonía, por la originalidad de su pregón. Conocemos uno que grita á todo pulmón: ¡Qué me voy, qué me voy, qué me voy...!!! Y no crea nadie que se va tan fácilmente. Esa despedida dura media hora para tormento de los que no comemos de tablero.

El ejemplar que hemos fotografiado, aunque es de los más distinguidos, tiene también su estribillo. Hace alto donde le conviene y mientras dura la parada está diciendo:

—¡Arrimen, arri... men..., a... rri... men!! Lo cual es un modo singular de *arrancarle* á uno la existencia con *dulce* seco y en almíbar.

El cuidado más grande de todo dulcero es que en los dulces no meta más que él los dedos; pero no sabemos que nadie cuide de que los dulceros los tengan más limpios que el comprador.

Nosotros, que somos más sanitarios que un cafeterista, aconsejamos que todo merengue, sopa borracha ó boniatillo, etc., etc., de tablero descubierto, no lo coman sin lavarlo con jabón de castilla y estropajo.



## EL BILLETERO SIMBOLO

**N**OTA carísimas: la huelga de revendedores de billetes de lotería, o, como pomposamente dicen muchos, "revendedores de títulos de la Renta", sin mencionar qué Renta, de seguro por tratarse de la única Renta callejera del Estado. El clásico "billetero" constituía uno de los tipos más singulares de la Colonia. Fuertes, rollizos, con unas espaldas formidables y unas gargantas tremendas, pregonaban los números, atronando calles y plazas. Una huelga de "billeteros" habría parecido inverosímil. Y Su Excelencia el Capitán General se hubiese reído. Con ser el "billetero" exponente colonial, no representaba la fuerza que representa ahora, ni tenía, política, administrativa y socialmente, la extraordinaria importancia que tiene hoy. "Uno de los objetos primordiales de la Revolución—exclamaba Estrada Palma—era abolir la lotería. El "billetero" hizo más daño al cubano que los proconsules." Cierta vez, el Congreso de la República, en pugna con D. Tomás, quiso agravarlo hondamente y votó una ley creando la Renta. ¡Tiempos angélicos en que los hombres dábanse por ofendidos cuando se atacaba a los intereses morales de la patria! Estrada Palma usó del veto y con literatura propia, de su puño y letra, cantó a los legisladores unas cuantas verdades como puños. "Me horroriza—decía conversando con el autor de estas líneas—la idea de ver y oír, de nuevo, en Cuba, al tradicional "billetero", paseando, gritando y vendiendo nuestra ignominia."

De cómo ha evolucionado el país, o de cómo han evolucionado los gobiernos y los hombres políticos, es buena muestra el caso actual. El "billetero" volvió a su sitio y recuperó su puesto. Es un "billetero" que ha progresado, aunque sirva en perjuicio del progreso colectivo de la sociedad cubana; es un "billetero" que influye en los partidos, que influye en el Congreso, que influye en el ornato de la ciudad y en el destino de los gobiernos. Y a tanto ha llegado su jerarquía social y política y económica, sin hipérbole, que se las tiene tiesas con los más altos personajes y con los más insignes patriotas y llama a su deber y al cumplimiento de las leyes a los administradores de la cosa pública y les amenaza con la rebeldía, yendo, como el partido Autonomista, hace treinta años y el liberal hace diez, al "retraimiento".

La Revolución, al cabo de tan largo plazo, se ha puesto de acuerdo con el "billetero" y a la greña con la República. Y el billetero sostiene ahora sus principios de justicia, con fundamentos análogos a los que valieron prestigio y poder y razón a los revolucionarios contra la Colonia. No se cumplía la ley entonces, como no se cumple ahora: se oprime a las clases inferiores, la plutocracia abusa del pueblo, la libertad es arbitrio de unos cuantos mandarines con diplomas de Coroneles, y el favoritismo impera. Lo que en tiempos de Lersundi censuraba Carlos Manuel de Céspedes, del gobierno, lo censuran ahora los "billeteros" de la pulcrísima administración conservadora; y la gran jornada del 10 de Octubre, cuenta hoy imitadores en la fecha del 10 de Agosto: pueblo oprimido contra gobernante opresor.

—Sin embargo; en aquellos ominosos tiempos, a un separatista se le daba garrote...—arguye el optimismo.

—Si—contestamos.—Más o menos, como ahora. Lo que ha cambiado es la forma; pero, en el fondo, se está resucitando el antiguo procedimiento. En la Colonia daban garrote los tribunales ordinarios y los de guerra. Ahora, el garrote lo dá cualquiera. Pregunte usted en las oficinas de la Renta, cuánto garrote se dá allí a diario. Investigue usted en Obras Públicas y charle un rato sobre el negocio del acueducto de Cienfuegos con Pedro Rubio. El Sr. Llerandi, que resulta mil quinientas veces Mariscal, tiene esa facultad a discreción, y la aplica, como los tribunales del tiempo de España, a los "separatistas", esto es, a los libertadores o veteranos...

—En la época de Salamanca, y Rodríguez Arias, y Callejas, y Marín—interrumpo—la ley de loterías no era violada, los billetes pagábanse a su precio y los "billeteros" no se hacían ricos...

**NOSOTROS:**—El "billetero" de la Colonia, simbolizaba un régimen, como el "billetero" de la República simboliza nuestra democracia dañada por la usura y el abuso. Este "billetero", de hoy, que va al "retraimiento", nos dá una pulsación de los achaques nacionales. Porque, "retraídos" están, de la

política y de la administración, muchos elementos inconformes que, sin asociarse, ni anunciarlo por la prensa, ni señalar una fecha de partida, hacen, desde tiempo atrás, lo que ahora los "billeteros". Y vá forjándose un sentimiento "separatista", de forma distinta, pero enderezado a un mismo anhelo patriótico: el de gobernarnos honradamente por leyes sabias y cumplidas, en la igualdad política "y en la salud moral de los pueblos", como diría cualquiera de los grandes caudillos sudamericanos que obedecían a Bolívar. Pero, el "separatismo", en germen, y que será mañana avasallador e irresistible, consiste en "separar", de la dirección del país, a los hombres que lo llevan al fracaso y a la ruina, como es un movimiento "separatista", de esa índole, en el campo conservador, la protesta contra Azpiazo...

Si Estrada Palma se incorporase hoy sobre su losa funeraria, ¡qué asombro el suyo, viendo al "billetero-símbolo", en plena labor de reivindicación social y política!



A la mancuá á la mancuá chévere

Camina como chévere mató á su padre,

El que por su gusto muere

Hasta la muerte dulce le sabe;

Ay macansíbiri me muero

Sarna con gusto no pica

Si pica no mortifica,

Tírame tres quilos rebaloso en el tablero.-

Asómate á la ventana

Para que oigas mi guaracha

Y verás que buena traigo

La panetela horracha,

Ay macansíbiri me muero

Sarna con gusto no pica,

Si pica no mortifica

Tírame tres quilos resbaloso en el tablero.-

Repugnancia con el dulce

Después que te lo comistes

Ay macansíbiri me muero

Sarna con gusto no pica etc etc etc.-

En el río de Almendares

Están fabricando un puente

Con las cotillas de un guapo

Y la sangre de un valiente,

Ay macansíbiri me muero

Sarna con gusto no pica

Si pica no mortifica

Tírame tres quilos rebaloso en el tablero.-

IPD

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL PATRIARCA  
DE LA LINGÜÍSTICA

# LOS SERENOS SE VAN...



**L**A prosa edilicia de un concejal, le ha presentado batalla en el Ayuntamiento, a la muy solariega y a la muy nocturna institución de los serenos. Fuerte raíz del coloniaje, aún prendida, con terrible contumacia, en nuestro suelo republicano.

Pero, hay en los serenos, algo de pintoresco y de picante, que los convierte de guardianes nocturnos, en ciudadanos de anacronismo y de contradicción.

Noche tras noche—ya muy tarde, un

gran silencio negro sobre la ciudad dormida—yo los encuentro en mi camino. Y siempre, mis ojos fatigados,—son las tres de la madrugada, señores; hay un inmenso hálito de sosiego errando a través del sueño capitalino—cuando tropiezan con la anatomía curadora, se llenan de hambre, melancolía y piadosa.

¿Por qué he evocado ahora, olvidadas páginas de Maurice Barrès, narradoras de su primera noche en Toledo, con un perfume atormentado





de vieja melopeya morisca, de lúgubres rondas inquisitoriales, de resplandores humosos de autos de fé?

¡Oh, sí! Un sereno galaico, vestido de dril a rayas, puede poner la imaginación bajo el encanto de la callejuela misteriosa, de ruínosa ciudad medioeval.

Todo degenera. El faro eléctrico repele negruras de misterio y tortuosidades de fantasía. La perspicacia edilicia de un concejal, ha visto en la continuidad estable de los serenos, una evidente manifestación de subsistencia colonial.

No. Ya esos guardianes, no cargan sobre sus clavículas de Percebes y de Tras-os-Montes el acero agresivo de la lanza—quizá la misma que venció en Pavia, sujeta al guantelete de Pescara—ni llevan en la callosidad de sus manos, el anémico farol fúnebre; ni —¡oh, dolor de pérdida música di camera!—los serenos guardianes, cantan torrendamente—barítonos nocturnos, bajos callejeros—las diez y media y sereno.

Todo eso se ha diluido en el fondo del pasado. Hoy, la tremenda lanza de Pavia, se ha tornado—rara metempsicosis del metal heróico—en la vulgar contumacia de la yaya bestial. La anémica luz del forollito siniestro, se apagó súbitamente. Sólo ha quedado, como obstinada supervivencia étnica, la nacionalidad de los serenos. Los guardadores nocturnos, han permanecido, con fidelidad suprema, arraigados a las cuatro provincias gallegas

INTERMEZZO

Juan Pérez, sereno de la calle de... tiene un alma suave y buena.

Son modestas las casas de su jurisdicción. Después de las diez de la noche, la cotidiana monotonía doméstica, comienza a poner ante las puertas, los envases metálicos de las basuras.

Hay un farol en la esquina. Aun el celo municipal—como en otras rías—no ha cambiado el antiguo farol que resopla su debilidad toda la noche,—amarilleces parpadeantes en la garita acristalada—por las blancuras ígneas de la luz de camiseta.

Y el buen guardián, gusta de la terna melancolía de esa luz flébil y desmayada.

A las doce de la noche, aun cruzan numerosos transeuntes. Y hay un otro—divertido, que rompe la monotonía del cruce ciudadano. Es el carro de la basura.

Y el buen guardián nocturno, ama esos hombres sucios, dedicados, en el silencio de la noche, a sus tristes menesteres.

Bajo su farol—casi Diógenes dentro de su tonel—este sereno, que alcanzó con la larga costumbre de su empleo, la ultrahumana serenidad piadosa: asiste, impávido y tranquilo—con la tranquilla impavidez de las estrellas, de las estatuas, de los cajones de basura y de los serenos municipales—a la faena, dura y terrible, de esos hombres.

Las dos de la madrugada. Hay una mudez negra, que se agarra al silencio hosco de la noche dormida, como un negro murciélago de maleficio.

Un transeunte retrasado, taconeando sobre las aceras. El quiere experimentar la fractura perenne de este silencio imponente. Y con la contera del bastón, golpea, monorítmicamente, en las losas. Hay, de repente, un brote alucinatorio. A cada galpe en el suelo, temblequea—con titilar tímido—la blancura de una estrella, en el cielo.

Fero, ahora, el silencio de la noche, se rompe en un gran trueno, en un estruendo fantástico.

El carro premioso de un lechero, que cruza, sobre el asfalto. El negro murciélago del hermetismo, se abre, en un grito lúgubre.

El silencio va enredándose, como invisibles marañas negras.

¿Y ahora? Es un tic-tac fatigoso, triste, imprevisto. Un obsesionante reloj de misterio... Huya la negra hosquedad del silencio.

Pasa una blanca figura...

Unas botas con polaina, van rom-



## TRIPIOS TROPICALES

# EL PADRE DE LOS GATOS

¡Ved ahí en ese humilde mortal cuyas hebras de plata denotan una penosa existencia al hombre que, sacrificando su propio cuerpo, se debe al aundo doliente!

"Padre de los Gatos" le llaman en todas partes, y yo le llamo padre de los desventurados y protector incansable de los indefensos animales.

Su mirada es apacible y penetrante como la fuerza de su pensamiento, y vive adorando las creencias de lo superior, porque de su voluntad firme que le hace volver la vista hacia donde gime la humanidad desgraciada, nace precisamente la esencia de su inagotable bien, de ese manantial que produce el consuelo a raudales y que lleva a los pechos el alivio para las luchas de la vida.

Los gatos le quieren y parecen admirarle y comprenderle, cuando acuden solícitos al llamamiento de sus distintos silbatos para darles el alimento y contemplarlos.

¡Ved con cuánta paciencia y amor cuida de los gatos más pequeños y les va separando partículas de carne o pescado, para que puedan subsistir y no perezcan de hambre.

Todas las mañanas y tardes lo veréis en el Campo de Marte, rodeado de "su familia", como él llama a los gatos que cuida y socorre, sin que su semblante se altere, ni tenga un gesto de desagrado para los muchos curiosos que blasonando de festivos y satíricos, le llaman loco o chiflado.

¡Loco Isidoro Lombera, el Padre de los Gatos!

Mucho se equivocan los que tal cosa piensan. Su cerebro está perfectamente organizado y su inteligencia y cultura son vastísimas, pero él quiere que la humanidad lo comprenda, que el mundo abra los sentidos y se compenetre de su obra, y esto no puede ser, porque la semilla del bien no fructifica en todos los terrenos, y la maldad y el escarnio se reproducen entre ríscos y peñales.

Ese anciano venerable, cuya plácida sonrisa es el hilo conductor de todas las bondades, no es comprendido en su naturaleza ni en su carácter; miradle con detenimiento y observaréis en el azul ya apagado de sus ojos, que aún queda en sus pupilas el fuego de la ardiente juventud y el vigor inextinguible de la fe.

El Padre de los Gatos es un raro ejemplo de humanitarismo; él pide para luego dar, él solicita para la clase más indigente y en su generoso pecho encuentran albergue todos los que viven desorientados y fuera del lecho bendecido que coberta a los meneseros.

...andes creencias tiene este grande

hombre; venerable no sólo por los rasgos humanitarios que le caracterizan, sí que también por la ancianidad que le reviste, es acreedor de las más honrosas distinciones y beneplácitos, porque allí donde se le comprende y se le admira es donde él busca precisamente el poderro para luego, con verdaderos sentimientos de ángel tutelar, repartirlo entre sus pobres que lo bendicen y santifican, como bendecían a Jesús los adictos a su doctrina.

Yo admiro al Padre de los Gatos; su figura me revela aquellos ermitaños de la antigua época que hastiados de la vida material del mundo femenino, buscaban el lugar del reposo para acabar con tranquilidad el término de su existencia. Pero Isidoro Lombera no es de esos ermitaños dormidos para la humanidad gimiente: él desprecia la gloria y los honores y cifra toda su ventura en la suprema gracia de los cielos que él dice abrirán sus puertas para recogerlo en su seno, porque vive en el mundo terrenal predicando el bien con el ejemplo y recogiendo dádivas para sus pobres y para sus gatos.

Cuando veáis por esas calles aviesas un hombre encanecido, trajeado decorosamente, pero sin lujos, con un chuchito colocado a medida de leopoldina, y con un semblante alegre a la par que melancólico, decid: es es el Padre de los Gatos, el luchador incansable del ideal más grande de redención, el protector de la humanidad.

Ya han sido muchas las plumas autorizadas, como las de Rendueles y Blanco, las que han trazado a grandes rasgos la silueta del Padre de los Gatos, y yo, que particularmente le aprecio y considero, no puedo, bajo ningún concepto, dejar de dedicarle las frases más sentidas de mi admiración sincera.

No todos los humanos comprenden la obra de Isidoro Lombera; por eso la crítica popular se ceba muchas veces de manera despiadada en quien solamente vive practicando las bondades de su corazón y la infinita nobleza de su alma.

Pero, tenga paciencia el anciano de la canosa barba y los azulados ojos, que si la generación presente no le comprende, ya vendrán nuevas savias de vida que hagan el verdadero panegírico de su obra y le enaltezcan hasta lo inconmensurable, y mientras esto no llega, el cariño de esa caterva gatuna le recompensará los trabajos y desazones de su improba labor.

¡Almiremos al Padre de los Gatos, al protector de la humanidad!

RUFINO PAZOS (Don Lápiz).

Flores arrancadas del jardín de la infancia, marchitas por el polvo del arroyo, sin un hábil jardinero que las cultive y devuelva su fragancia, cuyo germen vive todavía en sus tiernos corazones, gimen en la orfandad centenares de niños en el Asilo de Guanajay; no tienen un padre amoroso ni un maestro amigo que les señale la senda del bien; ellos tal vez desde la cuna solo han tenido por compañeros la miseria y el vicio; niños que sufren castigos de los cuales no son tal vez los responsables; a sus cortos años parece que ya el mundo se vuelve contra ellos; en lontananza el presidio, cerca el calabozo, mientras sus débiles espaldas surca el látigo de infamante mayoral; única esperanza... huir.

Hay en cambio un venerable anciano, como en el grabado véis, que el invierwno de su vida lo dedica a cuidar gatos, tal vez porque los arañazos son menos dolorosos que las ingratitudes humanas, y sólo Dios sabe las que este anciano habrá sufrido, sin que hayan podido matar su fe y espiritualidad: el resto de su ternura lo consagra a prodigarle a los gatos alimentos y caricias que, ¡oh contraste!, carecen los niños asilados en Guanajay; a éstos sostiene el Estado, a los otros la Caridad en lo primero todo es frío, en los segundos la ternura compañera de la caridad. A cuántas deduccione se prestan estos comentarios, niños que parecen viejos: viejos que parecen niños.

Los gatos en el campo de Marte tienen un padre en don Isidoro Lombrea. Al amanecer el día, ya el anciano recorre el mercado; no hay un placer que le niegue la limosna que pide para sus gatos, limosna que después afablemente reparte entre ellos, que en cuanto sienten el pito presurosos salen a su encuentro (gatos salen al encuentro del hombre: los niños del Asilo de Guanajay le temen) y el banquete "murrumiao" se celebra ante una multitud que curiosa lo contemplan, unos lo admiran, otros le llaman excéntrico o loco, porque no pueden comprender que a los animales se pueden amar. Los gatos tienen un padre; los asilados de Guanajay tienen una madre que también la llaman loca o excéntrica, porque tiene un corazón para amar, lo que la vanidad desprecia, y en esto siempre sabia la Providencia se muestra; los gatos tienen un padre, y los niños una madre en Mrs. Ryder, como para castigo de nuestro orgullo y enseñarnos a amar, la madre de los niños cubanos que necesitan caridad, es americana.

Jóvenes, aprended de ese anciano lo que es ser cativo, vuestra limosna no le neguéis, va a prodigar un bien del que solo espera la recompensa de Dios; a la vez descubríos reverentes antes esa altruista dama, Mrs Ryder, que, no teniendo hijos, ha adoptado por suyos a todos los niños pobres, que en su dispensario encuentran médico, medicinas, ropas, alimentos y caricias; procurad demostrarle que si su obra no podéis comprender, por lo menos podéis apreciar que lo que ella os enseña a cuidar, los niños, los animales y las plantas, es por Dios bendecido.

F. Díaz Vólero.

## SONETO

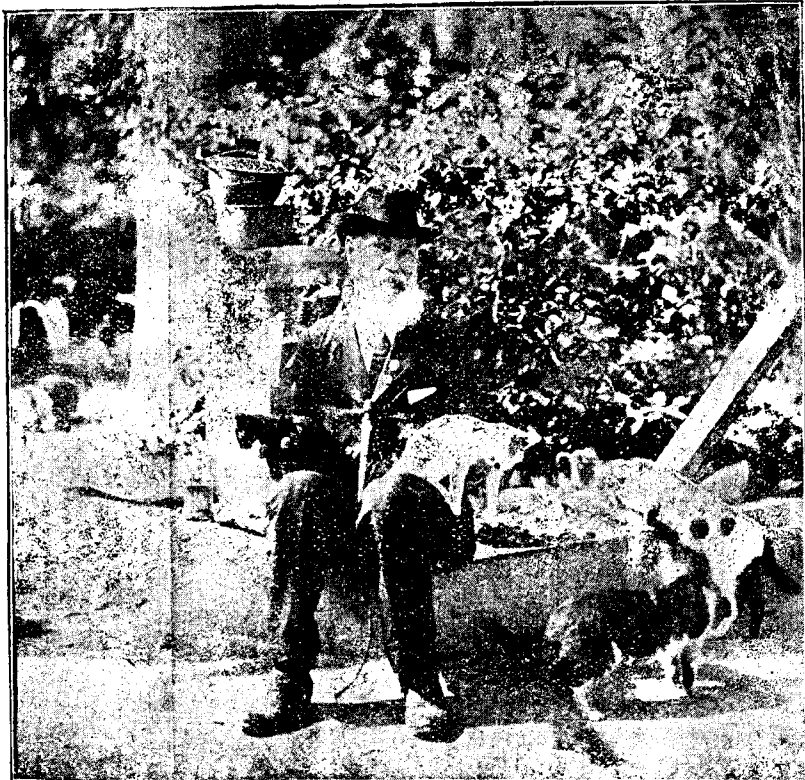
Este Padre de los Gatos que ya anciano aún lucha por la vida con tesón, es un padre que en su tierno corazón vivifica la lealtad para el hermano.

Generoso y consecuente, con su mano prodiga los bienes sin retribución, haciendo un culto del deber humano y prestando a sus gatos atención.

Su barba por los años ya canosa, parece cual leyenda misteriosa que el poeta en su mente imaginó.

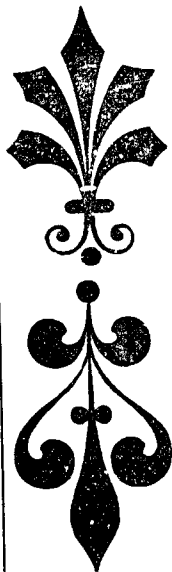
Su frente, como el cielo, despejada, indica que su vida ha sido honrada y que siempre a los pobres protegió.

Rufino PAZOS.



Isidoro Lombrea, padre de los gatos. Obsequio de las Srtas. Santa Coloma

# «La Iglesia»

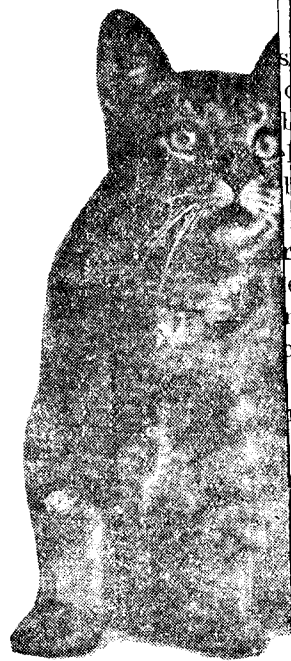


ISIDORO LOMBER  
"Padre de los Pobr."



NADIE DEBE BAUTIZARSE DOS VECES

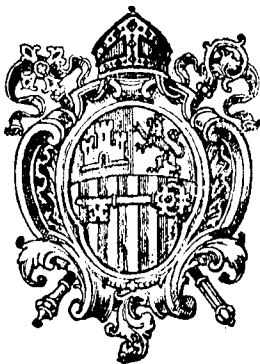
«Ninguno que procura ser claro, hace nada en  
oculto».—San Juan.  
Léanse las Epístolas y Evangelios en el libro de Oración



## Catedral «La S» (Católica)

NEPTUNO Y A  
Todos los Domingos s  
muni6n (en castellano) á  
A las 2 P. M. - Clases  
A las 8 P. M. - Oració

# La Iglesia



# en Cuba

UNA, SANTA, CATOLICA Y APOSTOLICA

“LA VERDAD OS HARA LIBRES”

Acogido á la franquicia postal y como correspondencia de 2ª clase en la Administración de Correos de la Habana  
Director propietario: Pbro. F. Díaz Vólero.

## TESORO DESCUBIERTO

“Tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará en lo público”.—San Mateo.

En el mes de Junio próximo pasado, publicamos un artículo titulado “Niños y Gatos”, en que dábamos a conocer la obra altruista del hombre original, que así podemos llamar a D. Isidoro Lombera, “padre de los gatos”; ese venerable anciano siempre nos impresionó, haciéndonos sentir vivos deseos de profundizar el ideal de esos sentimientos que impulsan al hombre a realizar hechos que, por nobles que sean, resultan extravagantes para los que todo lo ven con lentes mercantiles: nuestras muchas ocupaciones nos hacían posponer el momento de tener una entrevista con el “padre de los gatos”; hacía falta algo que precipitara los acontecimientos; al fin llegó la persecución, esa bendita persecución que ha puesto de relieve muchas obras que sin ella tal vez permanecerían ignoradas, pues cuando son ideales nobles y justos, la persecución es el sol que alumbra la justicia de la causa que se defiende, y así llegó para el protagonista de mi artículo, D. Isidoro Lombera, la hora de la persecución, y fué para nosotros la orden de marcha.

Nos enteramos que el señor ingeniero jefe de la ciudad, prohibía los gatos en el Campo de Marte y paseos públicos, y en verdad, nos llamó la atención que los gatos molesten en el Campo de Marte, y no se vean las maromas, equilibrios y juegos malabares en que tenemos que ejercitarnos los vecinos de la capital, por el estado intransitable en que se encuentran las calles de la Habana.

El “Diario de la Marina”, publicó el siguiente artículo:

### PLUMAZOS

“Lectores, la era de las rectificaciones empieza, y la República será salvada, gracias a las “energías” de dos altos personajes de la nueva situación.

Uno de los peligros de nuestra patria era el “hombre de los gatos”, ese viejo que todas las tardes reunía a toque de silbato a la andante gatería en pleno Campo de Marte, y allí, ante un público respetuoso que le admiraba, les daba de comer, los euraba y si eran pequeños los recogía. El viejo don

Isidoro hacía más daño aún al país cubano: todas las madrugadas iba por el Campo de Marte de banco en banco repartiendo pan y frutas entre los tristes vencidos de la vida que allí duermen, o intentan dormir, según el humor del vigilante de posta.

¿No es verdad que todo esto es muy peligroso y muy bárbaro para ser tolerado impunemente? En realidad yo no sé bien si lo es o no, pero cuando un “intelectual” como el señor ingeniero jefe de la ciudad ha tomado cartas en el asunto, creo que debe serlo.

Si no fuera un peligro para las instituciones, ¿por qué habría de prohibir “terminantemente” el señor ingeniero jefe que se le dé comida a los gatos en el Campo de Marte y que el viejo don Isidoro los cure y atienda como tenía por costumbre?

Será porque lo mejor es matar los animalitos inútiles, como aconseja Darwín, y a los pobres menesterosos si llega el caso, dejarlos morir también.

Después de todo esta es una rectificación de procedimientos como otra cualquiera.

### RENDUELES.

Terminar de leer el artículo que antecede y dirigimos a casa del “Padre de los Gatos”, todo fué uno.

### En casa del “Padre de los Gatos”.

Acostumbrados a ver practicar la caridad partieu lar u oficial en grandes edificios, o por lo menos con retumbantes rótulos, en que muchas veces dicen en el exterior lo que se practica en el interior, buscamos en la calle Suárez algún cartel que nos indicara la residencia del hombre original que había atraído hacia sí la atención pública por su humanitaria obra de dar de comer a los gatos y a los pobres, y cuya obra había irritado de tal manera, que por una orden se prohibía la continuación de ella, ¿A quién perjudicaría o haría sombra? ¿Hay acaso para practicar la caridad título de patente o derecho de monopolio? No encontrando rótulo, ni cartel decidimos a preguntar por el “padre”

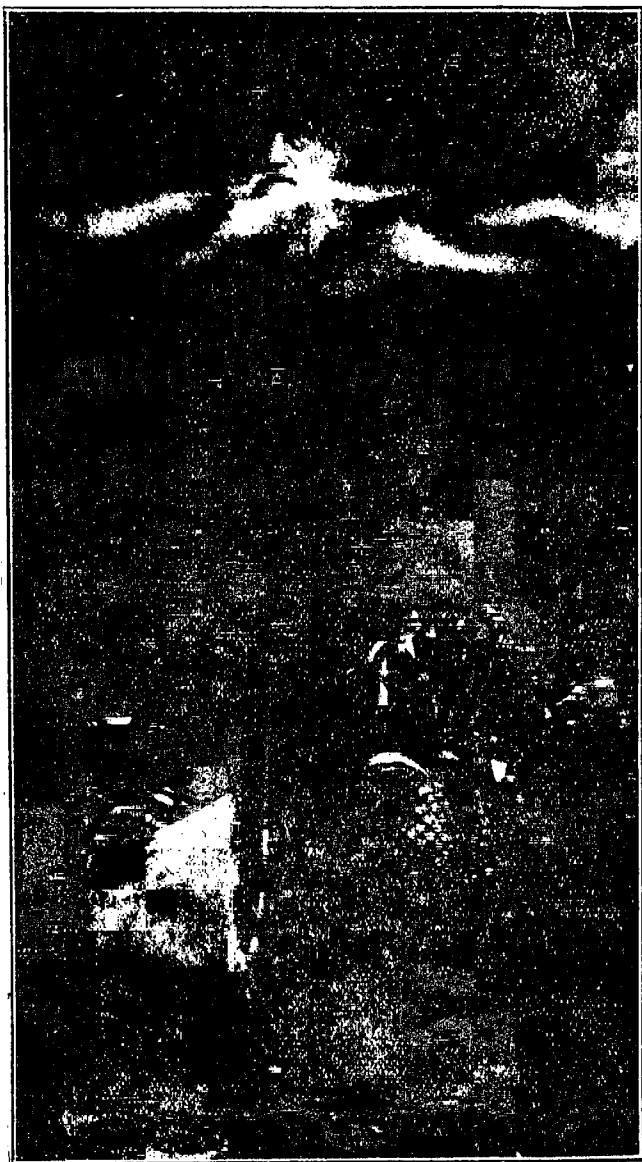
y nos indicaron el número 18 de la referida calle de Suárez: la sala está ocupada por un tren de lavado, preguntamos, y nos dirigieron al interior, enseguida le encontramos; nuestra sorpresa no tuvo límites; sentado a la puerta de su habitación, nuestro hombre cosía unos pantalones. ¡Qué hombre tan extraño! exclamamos interiormente; no nos pareció el “pa-

dre de los gatos"; creció a nuestros ojos, haciéndonos ver un apóstol, un santo, o un anacoreta de esos que nos cuentan las leyendas: es necesario que los señores Rendueles, Aramburu, Dolz, Gastón Mora, Pazos y tantos buenos escritores, se decidan a conocer la obra que realiza D. Isidoro; no perderán el tiempo; encontrarán material suficiente para llenar muchas columnas de los poderosos rotativos, dando a conocer el tesoro escondido que nosotros malamente podemos bosquejar, y aquí donde se dice que todo se pesa al oro o a la influencia, encontraréis una obra verdaderamente altruista, que por más de veinte años se viene realizando en el silencio, sin más recursos hace cinco años que la limosna, sin más estímulo que la caridad que inflama el corazón del que, como D. Isidoro, la practica en silencio, cumpliendo con el mandato "No sepa tu izquierda, lo que hace tu derecha".

Saludamos cortesmente a D. Isidoro y, queriendo ganar su confianza, le preguntamos: ¿es usted sastre? Con su bondad característica, nos respondió: no señor, ¡cá! es arreglándolos para mis pobres. Nos hizo pasar al interior de su habitación, diciéndonos: esta es la casa del pueblo, especialmente la de los pobres; estas puertas nunca se cierran; ya en el interior, nos fijamos en el pobre mobiliario, una cama, unas sillas y una mesa formaban el ajuar; tongas de sombreros, ropas, zapatos, comestibles y papeles llenan el resto. Le manifestamos a D. Isidoro el objeto de nuestra visita; queríamos saber, inquirir, descubrir, profundizar todo el enigma de tan extraño hombre, que, a medida que le tratábamos nos seducía con su amabilidad. Le preguntamos: ¿puede usted decirnos para qué guarda en esta habitación tantas cosas usadas? Son para mis pobres, nos contestó. ¿Pero usted no cuida gatos en el Campo de Marte? Sí, señor, pero también cuido de los pobres, mi hermanos en desgracia, mi misión no es de ayer, hace 20 años que practico todo el bien que puedo, y hago todo lo posible por aliviar las miserias de los que sufren; todo esto que aquí se ve, me lo dan las familias piadosas de la Habana: la una, unos pantalones; otra, unos zapatos o un sombrero, y cada cual lo que puede, y yo todo lo recojo para mis pobres; ya ellos saben que en este cuartucho madriguera de cucarachas, vive este viejo de cuerpo, pero joven de alma; usted ve, remiendo ropa, si se ofrece les corto el pelo o rasure a los pobres, procuro que se asean, les predico la moral que deben practicar. Aquí, en la Habana, hay muchos que me conocen y saben no es de ahora mi trabajo; si esos portales del palacio Aldama y los solares de Economía hablasen, ellos le dirían mi historia: en los tiempos de la reconcentración, recorría los solares uno a uno, repartiendo lo que podía alcanzar, en mis brazos han espirado muchos infelices que no tenían ya fuerzas para recibir la cucharada de sopa que les quería dar, y al ir a incorporarlos para que la tomaran, morían; yo encomenaba su alma a Dios. Más de una vez me han querido prohibir que dé de comer a los "habitantes de la luna", me dicen que mantengo vagos y "masca vidrios". ¿Pero los

voy a dejar morir? Cuando la policía no me ha dejado llevarles la comida, yo les aviso que la vengan a buscar, y aquí, en mi cuarto, la encuentran: el brigadier Armando de J. Riva (q. e. p. d.), me dió una autorización por escrito para que pudiese dar de comer a mis pobres y a mis gatos: (al hablar de Armando de J. Riva, gruesas lágrimas corrían por sus ojos, mientras que su mirada se elevaba al cielo como una plegaria. D. Isidoro tiene veneración por el desaparecido Jefe, víctima del cumplimiento de su deber), y en cualquier lugar cumplía mi misión; los placeros, esos modestos industriales de la plaza del Vapor, no se cansan. Ellos siempre tienen para el "padre de los gatos" abundancia de mercancías, que saben reparto entre los pobres, los gatos y este servidor de usted. Los Rvdos. Padres del Colegio de Belén, esos apóstoles de la inteligencia y el corazón, me dan hace cinco años dos cantinas con veinte raciones para mis pobres: el público también me socorre, y con mi perseverancia, he logrado hacer sin ostentación de ninguna clase, toda la caridad posible, los verdaderos pobres saben que en este cuartucho hay siempre algo para matar el hambre, o cubrir la desnudez, y también los habitantes de la Habana saben que en el Campo de Marte pueden echar sus gatos en lugar de tirarlos a la vía pública o matarlos cruelmente. Pero (le interrumpimos) hemos sabido que le prohíben tener gatos en los paseos y darles de comer, y ya le quedan pocos. Si es verdad, no me explico las razones, ni se a quién pueda hacer sombra mis gatos, para que haya despertado rivalidades mi obra, pero es lo cierto, que, aunque quedan pocos gatos, soy poco cumplidor de esas órdenes, pues diariamente les llevo de comer al toque del pito; todavía acuden algunos, y espero me dejarán en paz, y si así no fuese, el público, que ha presenciado los banquetes que he dado y doy a mis gatos, será mi mejor juez. Mis gatos son una distracción para las familias que acuden de lejos a verlos comer: son un entretenimiento para los niños que a esparque concurren, a la vez que reciben una lección objetiva de moral, y es inexplicable una orden que se prohiban gatos, donde hay osos y otros animales, que, de llegarse a soltar, harían más daño que todos mis gatos juntos y no sé si el que estorba son los gatos o el que los cuida. ¿Y quién recogió los gatos que aquí estaban? En verdad, es asunto que me reservo para otra ocasión. ¿Y sabe usted si los recogieron para cuidarlos o para matarlos? Eso, señor, usted y el pueblo pueden averiguarlo mejor que yo; si no los han matado, en algún lugar han de estar; aquí, por cierto, no están; yo los llamo, les toco el pito, y mis gatos no me responden; me los han llevado, y nuestro anciano, enternecido, lloraba como un padre que le quitan sus hijos y en sus sollozos exclamaba rivalidades... rivalidades caritativas.

Temimos abusar de la paciencia del hombre, que le notamos conmovido, es uno de esos seres que sufren sin protestar del mal que se les hace; hombre de gran fortaleza de ánimo, y de una resignación a toda prueba, y ante tanta nobleza, no nos atrevimos



Para mis pobres, para mis gatos y para mí

a querer levantar más el velo temeroso de llegar a la profanación; aquellos ojos de mirada penetrante, aquel rostro surcado por los años o el sufrimiento, aquella cabeza cana, aquel cuerpo que parece bambolearse al impulso del huracán de la vida, nos inspiró respeto: nos despedimos de él ofreciéndole nuestra leal amistad, y nos conformamos con saber lo superficial, sin profundizar sus dolores temerosos de que fuesen profanados. ¿Qué más queríamos saber, si había amado a alguna mujer? qué nos importa, si le encontramos amando la humanidad? ¿qué mayor amor? ¿qué religión profesa? No hay que preguntárselo, cumple la Ley "Ama a tu prójimo como a tí mismo", practica la caridad, ampara a la viuda y al huérfano, socorre al indigente, de su hermano abandonado no se olvida, pues es el Samaritano que el Señor Jesús presentó como modelo de su prójimo; el nombre no hace al santo, hay quienes se llaman santificados, de los cuales hay que guardar la cartera y altruistas que hacen los pobres, para luego hacer hospitales: D. Isidoro practica en la tierra, la religión que baja del cielo.

Nació en las abruptas montañas de Santander (España), el año 1840; por sus venas circula la sangre orgullo de nuestra raza; vino a Cuba al servicio del Rey en el regimiento de Tarragona, licenciándose el año 1863, dedicándose al comercio; lleva más de me-

dio siglo entre nosotros, es de los nuestros, lo que demuestra que la caridad, Don del Cielo, no es patrimonio de un pueblo o de una raza; es universal, y lo mismo se manifiesta en un americano que en una rusa, o en una cubana como la señora Electa Fe de la Peña, hija de mártires de nuestra patria, o en un español, como don Isidoro Lombera.

Ya que hemos descubierto un tesoro oculto, buena oportunidad tienen nuestros altruistas gobernantes para desarrollar prácticamente la caridad pública; el Estado, el Municipio, tienen propiedades de las cuales una podía cedérsele a D. Isidoro, con la condición de desarrollar su ideal que es establecer un rastro público gratuito para los pobres, y ese rastro dice que lo denominará "La Sempiterna Gracia de Dios".

Sr. Presidente de la República, Sr. General Freyre de Andrade, piadosa Sra. Marianita Seva de Menocal, os he descubierto un tesoro; vuestros magnánimos sentimientos sabrán usarlo.

En Inglaterra, en la comercial nación Norteamericana, el "Ejército de Salvación" tiene éstos rastros que tanto benefician a los pobres. ¿Por qué la Habana no puede tenerlo cuando ya tenemos al hombre que en pequeña escala lo viene realizando? ¿Se necesitará que D. Isidoro anteponga al nombre un mister o monsieur, para que su obra se haga meritoria?

LA IGLESIA EN CUBA tiene la seguridad que su ECO repercutirá en las almas nobles y generosas de nuestro pueblo, y D. Isidoro no morirá sin legarnos un rastro público para los pobres que bendecirán su memoria y la de todos aquellos que contribuyan a la realización de su bello ideal, porque D. Isidoro practica la verdadera caridad; no busca nombre ni aplausos, jamás de sus dolores se queja, a nadie acusa, nunca ha comparecido ante los jueces como acusador en nombre de la caridad, sino como acusado de dar de comer a los pobres en lugares que no debía, es el apóstol que nada tiene, que ninguna subvención recibe, y no teniendo nada, todo le sobra: para dar, porque Dios recompensa en lo público lo que don Isidoro hace en privado.

Y, para terminar:

D. Isidoro Lombera, "padre de los gatos", nos autoriza para que invitemos al público a visitar su humilde habitación, así como que sepan que de 4 a 5 de la tarde dará de comer a los gatos que le queden en el campo de Marte, sean pocos o muchos, y que si alguna persona quiere ayudarlo en su humanitaria obra, le envíen a su casa o le avisen para a recoger lo que le quieran dar *mones a* los pobres todo les hace falta.—I  
18.—Habana.

Hacemos constar que las fotografías que en este número, relaciona "de los Gatos", son obsequio del señor Ramón Carrera.

IPD

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# EL HOMBRE DE LOS GATOS

Los perros y los gatos. La Secretaría de Sanidad. Esta ha decretado la extinción de aquellos, inspirándose en procedimientos análogos seguidos por la Sanidad neoyorquina, que con motivo de la aparición de la poliomielitis en la gran ciudad del Norte, ha emprendido una cruzada formidable contra los canes y "mininos". Y no vale para defenderlos de la muerte que los arrebatara a milla-



ISIDORO LOMBERA

res, ni la declaración de tristes experiencias del filósofo griego que dejó escrita la estimación que sentía por los perros, superior a la que merecían los hombres.

Ni siquiera la duda que existe de que efectivamente esos animales domésticos sean vehículos de la horrible dolencia.

Sanidad lanzó el decreto e Isidoro Lombera, el "Padre de los Gatos", lanzó un grito de horror.

—Matarlos!... ¿por qué matarlos? Y con una sonrisa irónica agregó:

—Estos sabios!... Cuando no aciertan a explicarse algo que están obligados a explicar, la toman con cualquier cosa infinitamente grande: influencia solar; infinitamente pequeña: el microbio del que pueden haber cien mil millones en una gota de agua; o infinitamente inferior en la escala de la vida; un gato o un perro, por ejemplo.

Después siguió diciendo Lombera:

Los perros han merecido, a través de las centurias, la admiración de los humanos, desde San Roque hasta nuestros días.

Y una medida tan radical como la de la supresión de algunos miles de ejemplares de la raza canina, no podía

por menos que afectar a un hombre que como yo, se ha declarado padre de los gatos y protector de los perros que poblaban el Campo de Marte, que es desde hace algún tiempo campo de Cupido.

El Padre de los Gatos y Protector de los Perros, nos ha proclamado la injusticia de esa medida sanitaria. El no está de acuerdo con que se suprima así de golpe la invasión que de nuestras calles han hecho los perros y pide desde su clemente ingenuidad que tal cosa no se lleve a efecto. Y el pobre viejo recuerda aquel exterminio perruno que llevaron a cabo en Constantinopla los célebres Jóvenes Turcos, cuando, dando un golpe de Estado se apoderaron del Poder. En aquella época en que el Sultán reinante tuvo que abandonar su palacio cuando en la refriega hasta

Constantino, unos 50,000 perros. El Korán prohíbe matar a los perros y los hijos de la Media Luna teniendo en cuenta las pragmáticas establecidas por aquel Santo libro, donde se indica cómo alcanzar la Meca, pasando antes por la Ceca, no ejecutaban ninguno de estos animales cuya abundancia era espectáculo típico y sucio en las calles y plazas de la ciudad turca. Pero la llegada de los "Jóvenes" acabó con esto y un buen día recogieron la recría perruna y la enviaron a una de las desiertas isletas del archipiélago de las Prinkipo, que se halla en el mar de Mármara, según se entre a la derecha.

Estos 50.000 perros, sin comida, enfermos la mayor parte, llenos de laceraciones, de carroñas abominables, pronto se vieron atacados de hambre, de sed, y una inmensa y desesperante rabia en los ojos y en los dientes cundió entre los desgraciados animales.

Blasco Ibáñez, ha tratado admirablemente este asunto en su obra sobre el Oriente. Y de su relato pintoresco se desprende la confirmación de la idea del filósofo griego. Los hombres, valen menos que los perros, y que otros animales, según "Los Motivos del Lobo", de Dario. Porque si es cruel ejecutar las parricidas de perros ciudadanos que filosofan por las calles inofensivamente, lo es más recluirlas en una isla sin medios de subsistencia. Se cuenta que durante el aislamiento inhumano de los canes en Prinkipo, aquéllos llegaron a devorarse mutuamente, desesperados de hambre y de sed. Los barcos que pasan a lo lejos sentían la fetidez de los pobres animales muertos en medio del mar de Mármara. Por cierto que esta actitud del Padre de los Gatos y Protector de los Perros, nos recuerda aquella otra de aquel buen señor de París, que pidió en carta dirigida desde los periódicos, al Gobierno francés, que interviniera el Estado por razones de humanidad en aquel suceso horrible de los perros turcos. Esta actitud del francés humanitario, sirvió para más de una chanzoneta de boulevard y el gobierno como es natural no se ocupó en su original petición. Lo cual pasará probablemente con la petición del Protector de los Perros, que se habrá puesto sin embargo a la magnífica altura del protector parisién.



Hay un buen hombre en la Habana que ama a los gatos y los ampara entre los canteros floridos del Campo de Marte y del Parque de la India.

El gato es sugestivo, enigmático, elástico, de piel eléctrica, en las sombras sus pupilas fosfóricas centellean. Ronroneando se restrega contra las piernas, pero no tiene amo. Los poetas se placen en su compañía. En las noches invernales, junto a la lumbre, dice cosas brujas. Dos entre todos han cantado a los gatos: Baudelaire y Rollinat, ambos poetas extraños, ambos alucinados. Verlaine, escribió un soneto delicioso, "Mujer y gata".

En el jardín de las Tullerías, cerca del Arco del Carrousel, mirando hacia la perspectiva maravillosa de los Campos Eliseos, cada tarde, un viejecito congrega a los gorriones para divertir a un público de niños y ayas: platica con ellos; cuando les manda volar en tal o cual dirección le obedecen, mediante, como es natural, el interés de unas migas.

En Hamburgo, hace diez años, vagaba por las calles una vieja demente, pulcra y plácida, llevando en el brazo un cestillo de mimbres lleno de migajas de pan con las que alimentaba a los gorriones ciudadanos: dulce misión franciscana.

Hamburgo, hermosa ciudad cuando escampa, pues llueve todos los días, tiene canales y cisnes. Enrique Heine, nativo de ella, dijo: "Hamburgo es menos bella que Venecia, pero tiene mejores ostras."

Una hamburguesa benéfica instituyó un legado para los cisnes del Alster, y los pájaros hieráticos, magníficos, comen con regalo y en invierno les alojan en casetas confortables. Ellos son la poesía del formidable puerto anseático. Por entre las lanchas llenas de carbón y mercaderías bogan majestuosos; desdeñando a la humana avidez o reposan en las márgenes como grandes flores de nieve.

Un crítico ha explicado aspectos de la psicología de algunos autores por el adjetivo que con más frecuencia usan. Siguiendo el procedimiento, sería curioso intentarlo, aproximándolos al animal que prefirieron: Gerardo de Nerval, al cangrejo, "serio, tranquilo y que no ladra". Y además conocedor del secreto de los mares". El gato a Baudelaire, y a Verlaine, poetas malditos que oscilan entre el misterio y el pecado. El águila a Hugo. El condor a Vargas Vila, y el cisne, a Rubén Darío.

Acaso contemplándoles desde el "Alster Pavillon", mientras paladeaba un vaso de pilsener "oro y seda", según su propia expresión, fué cuando el poeta de América les interrogó:

Qué signo haces, oh Cisne, con tu en-  
 (corvado cuello  
 Al paso de los tristes y errantes soña-  
 (dores?  
 Por qué tan silencioso de ser blanco y  
 (ser bello,  
 Tiránico a las aguas e impasible a las  
 (flores?

.....  
 Faltos de los alientos que dan las  
 (grandes cosas,  
 Qué haremos los poetas sino buscar tus  
 (lagos?  
 A falta de laureles son muy dulces las  
 (rosas,  
 Y a falta de victorias busquemos los  
 (halagos.



## EL POPULAR PADRE DE LOS GATOS, SIN HOGAR

Quién no conoce en la Habana a Isidoro Lombera, el Padre de los gatos, como le llama todo el mundo por su cariño a estos animalitos tan simpáticos, cuyas costumbres conoce admirablemente.

Pero, Lombera merecía más bien el título de "Padre Universal". En malas condiciones de fortuna, sin tener "sobre que caerse muerto", como vulgarmente se dice, sostiene y es único amparo de cuatro o cinco familias pobres, para las cuales es el padre, protector, proveedor, y amigo, todo en una pieza. Y este iluminado, este pobre viejo afable y sencillo, que dedica hace largos años su existencia al bien de los demás, que a los ochenta y pico de años sube y baja escaleras, recibe malas contestaciones y recorre varias veces la ciudad pidiendo para sus pobrecitos, y aun le queda tiempo para socorrer así mismo sus gatos y los de los demás; este buen señor, que cuanto posee es producto de humillaciones pidiendo por caridad para sus protegidos, aun tiene lugar en sus dádivas para regalar bombones y cigarros a aquellos a quienes pide pan y socorro para las familias a su cuidado.

Este buen anciano, afable y simpático, no tendrá hogar, el que toda su vida la dedicó a buscar albergue y pan para los necesitados, será lanzado de su domicilio y tendrá que, no sólo de día correr en busca de limosnas para sus pobres, sino de noche para desentumecer sus ateros y cansados miembros. ¡Pobre Padre de los gatos! Algo se podría intentar en pro de este viejecillo simpático y bondadoso que dedica su vida al servicio de los demás, descuidando el suyo, sin tener en cuenta aquella máxima que dice que "la caridad bien entendida empieza por sí mismo".



# EL PADRE DE LOS GATOS

El señor M. Rodríguez Rendueles, ha publicado en el periódico "Regeneración" el siguiente artículo acerca del "Padre de los gatos", que guarda relación con la información por nosotros publicada hace varios días, demostrando la necesidad de auxiliarlo para que pueda continuar la obra de caridad por él emprendida:

## "PLUMAZOS

### El hombre de los gatos

¿Quién no conoce en esta ciudad al hombre de los gatos? Es un anciano de luengas barbas, canas, rostro ajado y mirada triste, con esa tristeza misteriosa y altiva que hay en los ojos cansados en cuyas retinas guarda borrosas visiones de exóticos paisajes y perfiles inciertos de mujeres que han amado.

Nada hay tan atrayente y doloroso, como la mirada de estos hombres que han vivido mucho y han visto de cerca el choque de las pasiones humanas. Son miradas duras e impasibles, aceradas en las fraguas del llanto, en noches intensas de dolor y ante las cuales parece flotar eternamente la visión cinematográfica de los días que fueron.

En la mirada del hombre se resume toda su vida, saber leer en ella es el primer paso del psicólogo mundano. Los hombres que no han vivido la vida intensa de las pasiones mirando siempre como niños.

La mirada del hombre de los gatos es triste y dura, y en ella el observador indiscreto entrevé una historia de dolor y una existencia misteriosa curtida en los embates de la vida. El es un filántropo, según la filosofía social, un santo según la religión, y en la vida de casi todos los filántropos existen páginas pasadas por el purificador incomparable del dolor y el desengaño: el alma antes de llegar a la perfección pasa siempre por el crisol de las pasiones humanas.

El hombre de los gatos, dedicando todo su cuidado a estos animales vagabundos, procurándoles el diario alimento y atendéndoles con solicitud cariñosa, es algo más que un maníático o un loco, como algunos suponen: es uno de los casos más interesantes que presenta la psicología humana. Este caso es un nuevo ejemplo de esa rara propensión de los hombres que hastiados ante el triste espectáculo de las miserias humanas, buscan en el irracional un objeto en que gastar la plétora de amor que les ahoga. Es la comprobación de aquel viejo adagio de que: "cuando más conozco a los hombres más quiero a mi perro".

Dolorosa sentencia, que escrita en el libro de la sabiduría popular, pasa de generación en generación como axioma incontestable!...

El hombre nace siempre con su destino marcado en el libro de la vida y en relación con ese destino trae al mundo cualidades físicas y morales: de ahí que nazcan seres para amar, para amar siempre y en cualquier forma. Son almas plétóricas de amor, de sentimiento y romanticismo, que sólo pueden cambiar el objeto de sus cultos, pero jamás dedicarse a odiar solamente.

Por una sola anomalía la humanidad, que siempre pide amor, no hace nunca hueco a estos seres que antaño tenían en la religión el refugio buscado en sus ansias de amor infinito; la época

de los mártires pasó y casi la de los creyentes. A la "Leyenda Dorada" sucedieron los libros insípidos de Samuel Smith, y mientras la razón y el cerebro, como dijo Núñez de Arce, tratan de escalar el cielo, el amor huye, se esfuma y desaparece de las almas atormentadas por el análisis y envenenadas por el materialismo.

En la tragi-comedia humana, son estas almas de amor las que sin previo ensayo se lanzan a la escena de la vida, en que las pasiones más opuestas forman el andamiaje de esa bufonada sangrienta en la que todos tomamos parte, muchas veces inconscientemente. En todos estos seres son casi idénticos los rasgos principales de su existencia: un día amaron, tuvieron amigos, soñaron y creyeron, y cuando la sacudida brutal de la realidad les hizo ver "que una carta de amor sólo es buena de un billete de banco al dorado escurita", se encontraron solos entre el hormigueo de una humanidad sin alma, entre "cadáveres insepultos" que dijo Gorki.

Entonces el sentimiento se desvía, el amor toma otro cauce, o busca el supremo amor que en el seno de la religión espera a los elegidos, o en seres débiles y desvalidos derrama la plétora de ternura que dentro de él se desborda. Pero si el amor humano se desvía, primero se ama al ser humano, y cuando encontramos el amor desviado en la segunda forma es que asistimos al epilogo de un doloroso drama de la vida.

El hombre de los gatos, ese anciano de luengas barbas canas y mirada triste y altiva, es, a no dudarlo, un actor fracasado de la farándula social: antes que los Gatos del Campo de arte, tuvo otros sueños. Se le mira con curiosidad, porque es algo raro en el mundo: un hombre capaz de amar.

¡Tal vez si él, al repartir entre los bohemios felinos, caricias y cuidados, piensa en la limosna suprema e infinita que antaño le negaron unos ojos de mujer...

M. Rodríguez Rendueles".



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# El amigo de los gatos.

No es, en rigor, la estación actual, la más apropiada para regodearse entre sábanas, pasadas las primeras horas de la mañana, pero hay hábitos que no se pierden fácilmente y fuera, por tanto, tarea inútil, tratar de convencer a un dormilón **cuadragenario**, de que debe abandonar el lecho temprano, por razones de calor, más o menos **senegalino**.

Para el durmiente "pur sang" y durante su actuación yacente, no existe el termómetro y aún reconociéndolo, considera el "sube y baja" de su clomona como un inofensivo pasatiempo **mercurial**.

Es más: al verdadero dormiant de la **grasse matinée**, al legítimo, que sabe "lo que se trae entre sábanas", no se le ocurre nunca abanicarse en la cama, ni renegar de la temperatura por que ésta sea alta o baja.

El calor y el frío son cosas exteriores que "no cuentan"; la voluptuosidad está en la cama misma y vacía, desde luego, sin más morador que el actuante.

Haciendo con mis almohadas, estas saludables consideraciones me encontraba el otro día, sobre las nueve y media o diez de la **madrugada**, cuando una adorable cabecita rubia, al través de las mamparas de mi cuarto, dijo: "aquí busca un señor que se llama el amigo de los gatos."

Tentado estuve de ordenar que lo condujesen a la azotea o le indicasen el tejado vecino, por si tenía que ventilar algún asunto urgente con sus amigos, pero reflexionando y ante la halagueña posibilidad de que me hubiesen confundido con un millonario, traté antes de averiguar si aquel caballero, solicitaba a los acaudalados señores de Hidalgo Gato, en cuyo caso debía informársele que no vivían en mi casa, pero así; sin altanería ni orgullo: como la cosa más natural del mundo.

Mis ilusiones fueron totalmente desvanecidas con estas palabras: "no papá: es un viejito que pide un socorro para dar de comer a los gatos de verdad". ¡Ah! repuse desdenosamente y ordené que se le dieran algunas perras para los gatos.

Recibida la calderilla, el buen hombre manió algunas bendiciones y descendió, contento y feliz, las escaleras, deseando para la familia, toda clase de prosperidades.

Y yo, que había trocado mi primitivo desdén en curiosidad, pude atisbar la interesante figura de aquel venerable anciano de alba y lengua barba, que igualmente podía hacerse pasar por San Pedro, o por un general boer, o por el Gran Sacerdote de "Aida" y que enarbolaba en la diestra un cuero, bastante menos simbólico que el del Mayoral de Chaparra.

Tal vez "el amigo de los gatos" haga uso del fouete como instrumento protector, pero, en verdad, semejante aplicación no sería completamente original.

Completaban el atalaje de "San Pedro", un pito y tres medallas que ostentaba con visible orgullo y una cartera de donde sacó cierta hoja impresa, que nos dejó, por vía de propaganda.

En dicha hoja y en torno al retrato del patilludo filantrópico **gatuno** se leen una "alocución" en prosa y otra en verso; ignoro si en la primera han colaborado los amigos y protegidos del "apóstol", pero en cuanto a la segunda, lo niego en absoluto: los versos son francamente "de perros".

Aparte estas dispensables elucubraciones poéticas, es lo cierto que el buen hombre realiza un tipo de protector especialísimo, que hace el bien por el bien mismo, sin esperar recompensa ni agradecimiento, como lo demuestra el haber escogido entre los animales, para prodigarle cuidados, al gato, encarnación genuina de la ingratitude, que cierra

## Por Gustavo Robreño

los ojos a la hora de la comida, para no ver la mano que se la proporciona.

Posiblemente el viejo benefactor, conviniendo que el reparto de mercedes es eficaz procedimiento en el arte de "hacer ingratos", y no gustando, por otra parte, de un servilismo repugnante, como el del perro, por ejemplo: que besa humilde y cobarde la mano que le castiga, pues se ha dicho: (el viejo, eh: no el perro) "hagamos bien a los gatos, que están oficialmente acreditados como desagradecidos y así no podré llamarme a engaño; sobre todo: que muy poco puedo arriesgar en esta obra piadosa que se realiza con el dinero de los demás."

Tal la explicación que puede darse a la actitud filantrópica de este **felinomaniaco**,

que al conjuro de su silbato mágico, reúne, diariamente, en el Campo de Marte, un centenar de **Micifuces** y **Zapirones**, a quienes distribuye la pitanza con igual solemnidad y desprendimiento que un Secretario de Despacho reparte "botellas" a expensas del Estado.

Todo está dentro de la "gatomaquia" (con perdón de Lope).

Ahora bien: sin condenar la magnánima labor del noble anciano, bueno será prevenirse contra futuras recaudaciones a domicilio, que, so pretexto de protección a otros animales, pudieran organizar nuestros vivos, que no habrán leído a Sudermann, seguramente, pero a quienes el viejecito del cuero ha señalado ya el "camino de los gatos".





Las pequeñas causas producen los grandes efectos. Un tiro que se escape por casualidad, y sin intención malévola, en un mitin político, puede dar el pie para una encarnizada guerra civil en la que perezca hasta el gato; y dos miradas que cruzan al azar encierran el origen de una pasión que encanta toda una vida, o que conduce, por el contrario, a sus protagonistas, al manicomio o a la cárcel; eso sin traer a colación, en otro sentido, lo que sale de la marmita de Papin; del baño de Arquímedes; de la lámpara de Galileo o de la manzana de Newton. Y vámonos de postal, esta bastante descolorida, por cierto; pues se remonta nada menos a la época en que el tristemente famoso bandolero Manuel García era Rey absoluto de los campos de Cuba—cuyos dominios compartía con la benemérita Guardia Civil de la Colonia—y a la de sus antecesores y maestros; puede decirse, Machín y demás malhechores que por entonces infestaban, principalmente, las ricas provincias de la Habana y Matanzas; en las que radicaban numerosas haciendas e ingenios de importancia.

Las depredaciones del bandolero eran miradas con extremada simpatía por el elemento criollo, por lo que ellas significaban de hostilidad al Gobierno tiránico de la Colonia; de reto al más fuerte; de burla constante a una autoridad a la que todos, mal de su agrado, se veían en el caso de someterse.

Aún no había guerra mundial ni de ninguna clase; y Cuba tranquila en paz vivía esperando los acontecimientos, eso sí; porque en el ánimo de todos estaba, como sigue estando, que «aquello no podía continuar así». De manera que cada hazaña del bandolero era un

respiro en el ánimo de los que deseaban un cambio de situación. Manuel García llegó a convertirse en un verdadero héroe de leyenda. Daba sus golpes uno detrás de otro, sin que la guardia civil ni la policía pudiera evitarlo de ningún modo.

Se organizó un Gabinete Particular encargado exclusivamente de su persecución, y fué entonces cuando el Rey dominó más amplia y libremente sobre sus estados, que venían siendo las provincias de la Habana y Matanzas, de las que pocas veces se salía. Sus campos de acción más preferidos eran Aguacate, Madruga, Unión de Reyes, Alacranes, Bejucal, Alquizar, Güira de Melena, Batabanó, Güines, La Salud, Quivicán. Este pueblo había sido su cuna, y allí era donde hacía verdaderas filigranas, precisamente para congraciarse y burlarse de sus conciudadanos que en su infancia, para zaherirle, le habían bautizado con el mote de «Cañonazo».

Cada secuestro de Manuel García era un acontecimiento. Los reporteros preparaban sus carteras y se lanzaban al campo en busca de detalles. Eduardo Varela Zequeira, de La Lucha; Camilo Pérez, de La Discusión, y algunos más, no muchos, se trasladaban al lugar de los hechos; y los periódicos de información dedicaban al insólito suceso, que no obstante se reproducía al mes un par de veces, por lo menos, páginas enteras. Vare-



Ma Zequeira tenia un arte especial para darle al asunto la mayor cantidad posible de interés, aunque no lo tuviera. Se recuerdan secuestros de gran importancia, entre otros, el del hacendado de Matanzas señor Sainz, llevado a cabo por Montelongo, segundo de Manuel García; y por cuyo rescate pidieron, según aseguraba la fantasía popular, un bocoy de centenes; y del hacendado jaruqueño Pedro Fernández de Castro, hermano de D. Rafael; este llevado a cabo personalmente por Manuel García, y cuyo rescate se fijó en la suma de mil centenes—cinco mil trescientos pesos. Este dinero fué sagrado. Decíase que el bandolero lo había enviado íntegro a la Delegación Revolucionaria de la Habana; y es excusado decir lo que esta acción significó en prestigio del émulo de Diego Corrientes, que robaba al rico para dárselo al pobre, etc. etc.

Pero también se dijo, y fué lo cierto, que la junta de New York rechazó aquel dinero, por su nada honrosa procedencia; aunque no se supo nunca en claro a dónde fué luego a parar; si bien es cosa sabida que a la manigua no llegó jamás un solo centavo...

Las hazañas del Rey eran la comidilla de los cafés y las tertulias domésticas. El bandido hizo época. Hoy se dice cuando se quiere recordar un acontecimiento de aquellos días: eso fué en la época de Manuel García. La revolución del 95 fué una aurora para el retador de la Guardia Civil. Se incorporó a ella desde que sonó el primer grito en Balre; pero es natural, descendió de Rey a General; se rozó con gentes que no eran de su categoría; y el humilde Sacristán del Seborucal tronchó su senda de gloria. Después de una corta batalla en la bodega de aquel caserío, la partida se desorientó; se extravió en las sombras de la noche; el traidor que siempre acompañaba al héroe en sus jornadas, aprovechó el momento oportuno par cumplir su compromiso; y disparó su revólver sobre el infortunado Rey, dejándolo sin vida y abandonado de sus compañeros en medio de aquellos desolados campos en los que había ejercido sus dominios. Descansan sus restos en el Cementerio de Ceiba Mocha. Cuantos pu-

*S. Mayo 1927*



## NUESTROS HONGOS

### El Legislador.

Tipo múltiple, amorfo, inconsistente, vario... El legislador cubano es al go "sui géneris". No se parece al de ningún otro país. Vive un ambiente suyo. En un medio que le es peculiar y primitivo.

Alrededor de nuestro Congreso se ha ido condesando una atmósfera de sombras. Y esa atmósfera la ha formado su "tipo psicológico" predominante. "Tipo", que en un principio de reducido radio de acción, se ha ido ensanchando, y ha ganado por momento terreno, ha contagiado, ha extendido su influencia y hoy es genérico y fijas las características determinantes del "grupo legislativo". De tal manera que sofoca y neutraliza por completo toda manifestación que tienda, en sentido contrario, o simplemente distinto, a llevar la dinámica de ese Poder del Estado por rumbos de eficiencia nacional.

La **revolución** con su esfuerzo levantó la **República**, y todos pensamos que el nuevo Capitolio sería la consagración del pensamiento revolucionario en orden a las supremas conquistas del ciudadano.

Se pensó así. El sacrificio de tantas generaciones —sacrificio de un siglo— iba a hacerse flor en una renovación completa de nuestras esencias coloniales. Teníamos ya Capitolio. Y de ese Capitolio, de ese Congreso, iba a brotar la nueva corriente encargada de llevar a todos los órganos de nuestra economía social la savia de los nuevos tiempos.

Desgraciadamente, no ha sido así. "El legislador-hongo" se ha sobrepuesto como forma típica de la familia. Poco importa la manifestación aislada e individual

de los capaces, de los que tienen voluntad y preparación. La corriente general ahoga toda buena tentativa. Se ha impuesto la condición genérica del parásito. En tal forma, que "legislador" entre nosotros es ya sinónimo de "enemigo" de todo régimen de progreso social. En vez de una evolución ascendente, nuestro Congreso ha ido retrogradando, y toca hoy los límites de una inferioridad inconcebible.

En correlación orgánica con la incapacidad manifiesta del Poder Ejecutivo es doloroso el espectáculo que ofrece el legislador cubano. Las costumbres políticas, en un plano de constante degradación, nos han traído a un estado de abatimiento moral por demás lamentable. Y ese abatimiento es en la textura de nuestra gente de leyes.

Y tan caro como le es al país el sostener la incapacidad de sus Estamentos! Cuantiosos sueldos, negocios, botellas, colecturías y una impunidad absoluta. Ese es el "hongo" que hoy pasa por nuestra lente.

Y para engordarlo, para sobrealimentarlo, ahí vuestro sudor de todo el día, vuestra vida de agonía, y hasta el pan de vuestros hijos.

Lógica, sin embargo, es su "realidad" dentro de nuestro proceso de decadencia. Consecuentemente con lo que somos como "Gobierno" somos como "Congreso".

Nuestra rehabilitación legislativa solo será posible el día que en Palacio se siente un Presidente dispuesto a no utilizar los recursos ocultos, misteriosos y eficaces de su omnipotencia.





## NUESTROS HONGOS

### El Botellero.

Este feliz mortal es hijo directo y legítimo de la anterior administración. José Miguel Gómez, es el creador del "tipo". A él se debe su surgimiento, su preparación y su cultivo.

Antes que subiera al poder el ilustre arriero espirituano, en Cuba se ignoraba absolutamente la manera de vivir del presupuesto sin necesidad de acudir —siquiera por mera forma— a ninguna oficina del Estado. Hasta entonces la nómina significaba trabajo realizado, alguna función cumplida, algo, en fin, para justificar el sueldo devengado. Pero, sube a la Presidencia el General Gómez, y surge por generación espontánea, exuberante, espléndido de vida, ese "bribonzuelo" —especie "souteneur"— que ha resuelto perfectamente entre nosotros el problema de vivir sin trabajar.

La creación del General Gómez, desde su Palacio, durante sus cuatro años de pillaje, no pudo tener más éxito. El "botellero" es hoy una institución nacional. Bajo el menocalato que padece-mos su acción social se ha robustecido a tal grado que no ser hoy "botellero", no disponer del hueco en el presupuesto sin hacer en cambio nada, es uno torpeza. Para estar a la moda se impone en estos tiempos de profundo reba-

jamiento el serlo. Viste mucho una "botella". Y, después de todo, parece lógico que la Presidencia del Estado no otra cosa es que una inmensa botella. Y el Presidente nuestro "Primer Botellero". En otros países se le llama "Primer Ciudadano", pero aquí se ha subsituido con rancia denominación por esta otra más simpática y atrayente de "Primer Botellero". Cuestión de nomenclatura.

Y sabéis lo que representa ese "hongo" tan interesante que venimos estudiando? ¿Sabéis lo que en nuestro sistema económico significa ese "botellero" que se pasa la vida en el café de la esquina, de tertulia de amigos, que sólo se aparece por la oficina a que está adscrito el día de cobro?

Pues no representa más que una mitad de nuestros enormes presupuestos nacionales. Nada. Una bicoca. Un grano de anís. Muy poco, por cierto, para lo que representa dentro de nuestro progreso colectivo su acción por demás beneficiosa. Mucho más debiera ser.

El botellero ¡Nuestro flamante botellero! Y pensar que para sostener a tanto granuja, miles de ciudadanos honrados y dignos, creadores de savia, día tras día, sudan la camisa en un esfuerzo agotante.



## LOS HONGOS

Hay en los dominios de la organización, allá en sus manifestaciones rudimentarias, una serie de formas que los naturalistas han reunido y clasificado bajo la denominación genérica de HONGOS.

La característica específica de esos organismos, de esos seres rudimentarios cuya estructura se asimila a la del vegetal, es la de vivir a expensas de los demás. Se dan espontáneos. No necesitan del cultivo para desarrollar espléndidamente. Y solo se sostienen chupando los jugos de las plantas a cuyo alrededor se agrupan.

La voracidad del hongo es terrible. Seca en poco tiempo cuanto se halla en su radio de acción.

Pero esta flora parasitaria que se da espontáneamente en los dominios de la naturaleza, apenas si puede compararse al terrible HONGO que brota también espontáneo en el seno de las sociedades humanas para chupar los jugos de los que trabajan.

El "hongo humano" es cien veces más terrible que el "hongo vegetal". Más dañino. Más voraz. Más destructor.

Y vedlo como se sostiene lozano en medio de nuestra floreciente civilización contemporánea.

Es el bribón que no produce, que no trabaja: pero que, en cambio, consume.

Chupa nuestro sudor. Vive a expensas de nuestras fatigas. Se mantiene agarrado, como una sanguijuela, a nuestra sangre.

Ese hongo —eterno "souteneur" de la presente organización social— es, bajo las numerosas formas con que se presenta al estudio del sociólogo, el verdadero tirano, el verdadero déspota, que oprime, que subyuga, que esclaviza, la energía libre del hombre moderno.

Sus variaciones son muchas. Y las iremos presentando sucesivamente. Pero sea cual fuere el tipo; una es su característica: **vivir de los demás.**



## NUESTROS HONGOS

### El Presidente.

Tal como entre nosotros se cultiva la cosa pública, fuerza es convenir que el mayor de nuestros "hongos", el más espontáneo, el más venenoso, es el que lleva la marca "Presidente".

Pudiéramos decir que es la forma originaria y generadora de todas las variedades de la extensa familia. Es el "hongo" por excelencia. El que chupa más. El que vive mejor que los demás el sudor ajeno. Y el que mejor y con mayor impunidad infecta toda la zona en cultivo.

En cualquier otro país, por despreocupado que lo supongamos, la dignidad del Jefe del Estado exige preparación especial y cuidadosa. No todos están en condiciones de asumir la alta responsabilidad del mando. La suprema dirección de los asuntos públicos no parece que deba confiarse a cualquier advenedizo. Y se busca, se expurga, se escogita, quien ha de llevarse a sitio tan eminente no para constituirse en carga que los demás hayan de soportar sino para servir los intereses generales y poner a contribución de su progresivo desenvolvimiento, inteligencia, voluntad y acción.

Ese es el Jefe de la Nación en cualquier sociedad siquiera medianamente organizada, donde el instinto de conservación colectivo obliga a la selección a fin de dar con el "más capacitado". Así, por ejemplo, en los Estados Unidos. Así, en la Argentina. Así, en Francia. En todos estos pueblos el Presidente de la República, es

algo ya ensayado, experimentado, conocido, en las altas prácticas del saber y del civismo. ¿Quién es Poincaré? ¿Quién es Wilson? No son, por cierto, unos improvisados, subidos a las altas cumbres de la representación por arte de matonismo, por magia de riqueza, o por artificioso laudo del capricho. Todo lo contrario. Es la concurrencia de muy elevadas condiciones mentales, morales y de carácter lo que les ha llevado a la altísima dignidad de supremos mandatarios.

Pero en nuestro país desgraciadamente, la Jefatura del Estado, nuestro alto mando, es un puesto en que la codicia, más que los títulos legítimos del derecho, pone sus ojos ávidos de toda suerte de concupiscencias y rapacidades. Y de ahí que sea ese cargo la más lozana y fecunda de cuantas variedades constituyen nuestra rica y portentosa flora parasitaria.

Como quiera que se examinen los casos hasta ahora presentados a la experiencia, el Presidente no ha sido más que eso: Un Hongo.

Don Tomás, ¿qué fué? ¿Y José Miguel? ¿Y nuestro insuperable Menocal? A ninguno de ellos debe la República absolutamente nada. Para los tres, en mayor o menor medida, en una forma o en otra, la Presidencia sólo ha sido un cargo que debía explotarse en beneficio propio, algo así como una heredad o patrimonio personal de que se hallaban en pleno dominio. Ni una ley, ni un decreto,



ni un simple acto de voluntad, en beneficio de las clases trabajadoras. Chupar sólo. Vivir la energía social. Consumirla. Pero, a cambio, NADA... "No tiene el derecho de consumir quien no sabe producir" —es la fórmula actual de la dinámica del mundo. "El que no trabaja no tiene derecho a comer" he ahí la verdad en que se asienta toda la dialéctica llamada a presidir la economía social. Pues bien: nuestro tipo presidencia, en las tres fases o momentos señalados, ha desenvuelto admirablemente la teoría de que el PODER es una carga pública. Algo que los pueblos deben sobrellevar con toda esa manse dumbre conque el buey soporta el yugo y tolera el aguijón.

Tal es nuestro "hongo" primario y fundamental. De ahí dimanan todas las demás formas o variedades. El "legislador", el "colector", el "botellero", el "alto funcionario atracador", el "agiotista", no son más que derivaciones suyas, repercusiones suyas, un eco de su inmoralidad. De tal manera, que si nos imagináramos en Palacio, presidiendo los destinos del país, un hombre capacitado mental y moralmente para llevar la toga de Primer Ciudadano; un hombre con inteligencia y rectitud bastantes a gobernar con los altos ejemplos y las grandes iniciativas, todas las demás corrup telas desaparecerían.

Concebid un Presidente bueno, y habréis acabado con nuestro profundo relajamiento social.

---

Cultivando el periodismo, género literario de responsabilidades grandes, Joaquín Llerena sirvió generosamente a su país, defendió elevados principios, tuvo nobleza en el ánimo, sencillez, naturalidad y fervor en la voz. Y hoy, con tales cualidades reflejadas en un obra extensa, puede

servir de modelo a los que trabajan en el mismo campo de la actividad social.

**Dr. Raimundo Lazo**

Catedrático de Gramática Histórica en nuestra Universidad de la Habana.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## LA, HORA DE AHORA

\* \* \*

### Tipos de Aquí

I

#### EL PICADOR

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

EL «picador» es una verdadera institución nacional. Cuba no sería Cuba si nos faltara este simpático sujeto que sale a la calle «a buscar el tanto»... en los bolsillos de los demás.

¿Conciben ustedes a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Cristóbal de La Habana sin «picadores» de oficio? No. Son tan nuestros como el Morro o el Capitolio, el Malecón o el Paseo de Martí.

El benemérito ciudadano que se lanza a la buena de Dios dispuesto a resolver su problema, bien merece, por lo menos, el respeto y la consideración de los habaneros. Es más, si yo fuera Presidente de la República, concedería la Cruz de Carlos Manuel de Céspedes al más caracterizado de los «picadores», como premio merecidísimo a su perseverancia, a su entusiasmo y a su valor.

Pero no debemos confundir el «picador» político con el profesional. Mientras uno ejerce «la carrera» en una época determinada y se resigna, luego, a encasillarse en la nómina de cualquier, Secretaría, el otro no claudica; continúa impertérrito en el campo de batalla, sin dejarse vencer por los incomprensivos y los tacaños.

El «picador» es un buen patriota que trabaja por no trabajar, y esta paradoja explica de una manera clara y terminante, la importancia extraordinaria que tienen los «picadores» en la vida nacional. Aquí, el que más y el que menos, «arrima la brasa a su sardina»... pero sin quemarse los dedos. Es decir, se hacen cosas inauditas para obtener un nombramiento cualquiera que asegure una entrada mensual discreta y razonable. Una vez lograda esta alta finalidad, a no dar un golpe, que el trabajo embrutece y el juego engorda. En cambio, los «picadores» no opinan así. Laboran, laboran sin cesar, con verdadera eficacia y cristiana resignación.

¿Saben ustedes — amables lectores — la cantidad de ingenio que tiene que derrochar un «picador» para «enredarse» con una «guaña»? El verdadero profesional, actúa con una limpieza maravillosa. Se acerca a la víctima probable y dice:

—¡Hola, viejo! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? — responde el agredido, tratando de descubrir quién es el amigo cariñoso que tanto se interesa por su salud.

—Pues, aquí, en el yunque...

—¡Ah! ¿Trabajas en una herrería?

—No, viejo. He querido decir en el sufrimiento.

—Sí... sí...

—Y tú, como las flores. No hay más que verte. ¡Llévas un traje...!

—Regular, regular...

—Pues yo, ya me puedes ver, con el flusecito del año pasado, ¡y gracias! Estoy pasando una...

—¿De veras?

—Pero Dios te puso en mi camino, porque tú me vas a salvar. ¿Me puedes hacer un favor?

—Verdaderamente...

—No me digas que no. Con un par de pesos resuelvo mi situación.

—¿Dos pesos...? Apenas llevo sesenta centavos en el portamonedas. Mira...

—¡Qué fatal estoy! Pero de esas tres pesetas, bien me puedes dar tres reales.

—De ninguna manera. Precisamente tengo que ir a...

—Está bien, chico. Con una «guaña» me conformo.

—Tampoco.

—¡Caray! Dame el «nicasio» para la guagua...

—Te digo que llevo el dinero justo y cabal...

El picador baja la cabeza, pero no se entrega. Poniendo los ojos en blanco, exclama:

—Mira a ver si tienes un kilo suelto para tomar un buche de café.

Y si usted le da el centavo, se siente el más feliz de los mortales.

\* \* \*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# Tipos de Aquí

\* \* \*

II

## LOS TROVADORES

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

Si usted, lector, no ama los tangos argentinos ni los puntos cubanos, vaya una noche cualquiera a «la frita» de la Playa. Allí se encargarán de provocar sus entusiasmos musicales los mil seiscientos ochenta y cuatro trovadores que viven y mueren en aquellos predios.

En realidad, ir a «la frita» es una verdadera delicia. Va usted con el propósito de saborear un «perro caliente», y apenas detiene su coche frente al kiosco de su predilección, surge de las sombras un rival de Carlos Gardel, dispuesto a amenizarle la velada. Mucho antes de que el dependiente recoja su orden, ya le han «colocado» la primera parte del tango de moda.

«Se escucha la dulce  
canción de Sorrento,  
y el lánguido acento  
de un lobo marino...»

O si no:

«Madre tu eres un ser bueno  
puesto que tanto me quieres.  
Madre tu eres un ser bueno  
puesto que tanto me quieres,  
enseñame los placeres  
que guarda el mundo en su seno.»

Y cuando llega el «perro caliente» ya usted no tiene ganas de comerlo, porque se le han indigestado las notas del tango y del punto guajiro, como dos y dos son cuatro.

En realidad, no me explico por qué los dueños de los kioscos han comprado aparatos de radio, porque con los trovadores tenían bastante.

Pero no para ahí la cosa. Cuando usted ha logrado convencer a los herederos de Carlos Gardel de que no le interesan, ni poco ni mucho, sus canciones, se aparece el eterno, el probo el magnánimo el ilustre vendedor de maní, al que siguen, con matemática precisión, el domador de perros y el billetero, que le mete a usted por las narices el 15678 o el 21.496.

Todo esto — yo no pretendo negarlo — le dará mucho calor a «la frita» pero le resta muchísimos clientes. Porque si los trovadores y demás elementos de discordia se conforman con ofrecer sus servicios desde lejos, podría pasar; pero es que se meten materialmente en los automóviles, y hasta profieren crudezas impublicables cuando se les dice que «sigan y no se paren».

El trovador, el típico trovador cubano — Sindo Garay, pongo por caso — es un romántico, un idealista, que, a la sumo, acepta una invitación con cierto pudor artístico. Los otros son señores que molestan a todo el mundo sin darse cuenta de que harían un negocio mayor permaneciendo al margen de los clientes, en vez de acosarlos con sus exigencias.

Y ¡pobre de usted!, inmenso lector, si tiene la desgracia de caer en medio de un torneo de improvisadores, como nos ocurrió a Bernardo Latour y a mí, cierta noche memorable. A lo mejor, se empeñan en que usted sea el juez, y ya tiene para rato. Además, debe pagar todo el láguer que consumen, y conste que son capaces de beberse el océano Atlántico y una buena parte del Pacífico, en menos que canta un gallo. (Esta alusión al encrestado consorte de la gallina no tiene nada que ver con los otros «gallos, terror de los trovadores».)

Si los trovadores de antaño eran como éstos, no me explico cómo algunas princesas llegaron a enloquecer por ellos; pero supongo que, por lo menos, no cantaban tangos argentinos, ni puntos guajiros. Y conste que los puntos guajiros son mi debilidad, a tal extremo, que es lo único que canto con relativa elegancia.

Debían ponerse de acuerdo los dueños de todos los kioscos de «la frita» para confinar a sus mayores enemigos en un territorio lejano, porque a cualquiera se le indigesta un «perro caliente» oyendo a los herederos directos de Carlos Gardel...

\* \* \*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# Tipos de Aquí

## III

### LOS CUIDADORES DE MAQUINAS

\*\*\*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\*\*\*

✓ O sé que el señor Alcalde Municipal de La Habana y la Dirección de Tránsito de la Policía Nacional han prohibido terminantemente el ejercicio de esta honorable profesión; pero, no obstante estas prohibiciones, los cuidadores de máquinas continúan en sus puestos, como si gozaran de una milagrosa inamovilidad.

Si usted, lector tiene un «cacharro» aceptable para hacer sus diligencias, o paesar, si le viene en ganas, ya sabe que, a fin de mes, le cuesta más caro el capítulo de los cuidadores que el de la gasolina, aunque la use roja y especial.

Sale usted de casa para certificar una carta en la oficina central de Correos y deja el coche en la plaza de San Francisco. Cuando, cinco minutos más tarde, se dispone a marchar, se le acerca el cuidador espontáneo a pedirle su propina. Como se acaba usted de levantar y está de bastante buen humor, saca sus cinco centavos y a otra cosa.

Del Correo va usted al Ayuntamiento, y «parquea» su famoso «cacharro» «cabe la estatua de don Fernando VII de Borbón. Hace lo que tiene que hacer, sale, y otro cuidador le tiende la mano. Y otros cinco centavos que cargar a la cuenta de transportes.

Sigue usted su camino y se dirige a la Secretaría de Agricultura, y le corre exactamente lo mismo. Luego va a Gobernación, y se repite la escenita. Y así, sucesivamente.

Por la noche, saca usted la cuenta y ha pagado no menos de peso y medio a los simpáticos cuidadores, los cuales, salvo honrosas excepciones, lo único que cuidan es que usted no se vaya sin abrir el portamonedas, porque algunos hasta le arañan los guardafangos para entretenerse en algo.

Pero ¡pobre de usted si deja de contribuir para la noble y numerosa legión! Lo circulan con más rapidez que una «perseguidora». Y vaya usted adonde vaya, allí recibirá el castigo de su tacañería. Una goma pinchada, un farol roto, el fuelle quemado, y otras sanciones más o menos edificantes recibirá el abominable infractor.

Con lo que un ciudadano cualquiera gasta mensualmente contribuyendo al fondo colectivo de los cuidadores de máquinas, puede tener un chauffeur, un paje y dos fregadores.

Está previsto de estos—¿cómo los llamaríamos?—«funcionarios ad-honorem» usen uniforme y sean empleados particulares de los teatros y tiendas que deseen prestar este servicio a sus clientes; pero, por lo que se ve, todavía no están en vigor las disposiciones del señor Alcalde y del Jefe de la Policía.

En los Estados Unidos—pongo por país cercano—se observa rigurosamente el artículo del Reglamento de Tránsito que prohíbe ejercer el oficio de cuidador de coches, sin cubrir los requisitos necesarios que son, poco más o menos, los mismos que determinan las disposiciones recientemente dictadas en Cuba.

En estos últimos días diversos periodistas y escritores han publicado varios artículos sobre este problema, y como es innegable que entraña una palpitante actualidad, yo quiero echar mi «cuarto a espadas», con la remota esperanza de que esta campaña colectiva tenga un resultado inmediato.

Estas palabras mías no significan un ataque a los cuidadores de máquinas. A lo mejor, son excelentes muchachos que se ganan la vida de ese modo, y el primer deber de todo hombre bueno es el de no quitarle el pan a nadie; pero como ese pan va resultando demasiado grande, y lo tenemos que pagar un poco caro, no me queda más remedio que abogar por el cumplimiento de lo que han dispuesto las autoridades de la nación.

\*\*\*



## Tipos de Aquí

IV

### LOS LANZA BOLAS

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

**E**L tipo de lanza bolas es más cubano que el mismísimo casabe. Florece en estas tierras hijas del sol de una manera prodigiosa. En cada esquina nos sale al paso; nos detiene, nos saluda, y nos dice:

—Perdóname que hable en voz baja, pero es que...

—¿Estás afónico?

—¡No, chico! Es que te voy a decir una cosa muy grave.

—¿De qué se trata?

Después de convencerse de que no hay nadie en torno suyo, prosigue:

—Verás... Sé de buena tinta que...

Y le endilga a usted un rosario de augurios funestos que le ponen la carne de gallina, y en condiciones de tomar el primer aeroplano que salga para Miami.

Naturalmente, impresionado por semejante noticia, sigue usted calle arriba, y transmite las palabras del simpático lanza bolas al primer amigo que se encuentra.

—No lo corras; pero me consta. Fulano que está muy bien enterado, me lo dijo hace cinco minutos.

—¿Qué horror!

Y sigue rodando la bola por esas calles de Dios, hasta que llega a su propia casa. Así, cuando usted saluda a su esposa, ésta, que ya está enterada de todo, porque la señora de un amigo se lo dijo por teléfono, lo recibe con las siguientes palabras:

—¡Estoy erizada! ¿No sabes?

Y le repite al pie de la letra lo que usted lleva embuchado y haciéndole un daño atroz.

A las seis de la mañana, se levanta y se precipita sobre el periódico con verdadera ansiedad. Espera encontrar la noticia en la primera plana, bajo unos titulares gruesos y fatídicos. Pero sólo halla la buena nueva de que Martínez Fraga prepara un nuevo alegato, que los japoneses siguen avanzando y que Franco ha obtenido una nueva victoria—o derrota, según la tendencia del periódico que usted lea.

Corre junto a su esposa, que duerme pacíficamente, y le dice:

—No hay nada.

—No hay nada ¿de qué?

—De aquello; de lo de anoche.

—Y llegan al convecimiento de que todo fué una bola más, lanzada por un profesional.

Pero no escarmenta usted. A la semana justa, ya anda otra vez por esas calles de Dios completamente desoconcertado ante la noticia que otro lanza bolas ha tenido a bien colocarle con elegante ingenuidad.

—¡Ahora sí es cierto!—dice usted. Cuando el río suena...

Y usted aumenta el sonido del río echando su piedrecita, porque la imaginación tropical es fecunda y maravillosa.

Y así vive usted un año, dos, tres, cuarenta, sirviendo de agente propagador de noticias alarmantes y de cándido vehículo de los lanza bolas profesionales.

Esto, desde luego, tiene sus ventajas. Poco a poco, se va volviendo indiferencia, y el día que ve el incendio de La Habana—¡oh, manes de Nerón!—permanece más sereno que el que me abre todas las noches la puerta de mi casa.

\* \* \*





## Tipos de Aquí

### LOS BUENOS AMIGOS

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

**T**ODOS tenemos un grupo selecto de «buenos» amigos, esos magníficos y humanitarios caballeros que le dicen a usted en voz baja.

—Ayer, en tal sitio, estaban hablando de ti.

—¿De veras?

—Por cierto que te pusieron que no había por donde cogerte.

—¡No me digas!

—Te voy a contar...

Y le cuentan que Fulano, Mengano y Esperancejo, puestos de acuerdo, le arrancaron a usted las tiras del pellejo, sin compasión de ninguna especie.

Abrumadísimo, no sabe usted que decir; pero se sienta humillado y estalla como una granada de mano.

Estos «buenos» amigos, que siempre están al tanto de todo lo que nos perjudica, no son capaces, en cambio, de felicitarnos, cuando por casualidad, hacemos algo digno de elogio. Ni por equivocación uno de estos beneméritos habitantes nos dice:

—¡Hombre, estoy encantado! Ayer leí en tal periódico que te van a dar un banquete. ¡Cuánto me alegro!

O bien:

—En casa de Fulano de Tal hicieron muy buenas ausencias de ti.

Los «buenos» amigos no leen los periódicos, y no oyen más que los insultos que nos dirigen. Las palabras de elogio no encuentran eco en sus oídos.

Estos «buenos» amigos son los mismos que, en cuanto le ocurre a usted una desgracia, acuden, aparentemente, compungidos, a prodigarle palabras de consuelo. ¡Pero cuánta maldad encierra estas palabras..!

—No sabes lo que siento que te hayan dejado cesante... Figúrate ahora te vas a ver negro. ¿Piensas vender la máquina? ¿Te mudarás? ¡Tan bien como estabas, chico..! ¡Qué pena!

Eso dicen, pero en el fondo, están más contentos que unas Pascuas, por que ya se lo imaginaban a usted sin automóvil, con un traje viejo y pidiendo pesetas por ahí.

Pero si la cesantía no llega a serlo, si usted, porque tiene influencias, o talento, obtiene su reposición, el «buen» amigo no corre a felicitarlo, por muchas razones; entre otras, porque ya sabe que usted no venderá el coche ni tendrá que recurrir a los amigos para hacerle frente a una situación económica deplorable.

Entre periodistas, abundan los «buenos» amigos. Si en «El Eco del Songo» un señor cualquiera nos pone de vuelta y media, siempre hay un estimado compañero en la prensa que nos traiga el recorte, con las risitas de rigor.

—¿Viste? ¡Cómo te ponen..!

Pero ya pueden todos los periódicos de La Habana dedicarle columnas enteras, elogiando su labor o su persona, que, ni de broma, se le aproxima un «dilecto camarada» con el recorte.

La vida... la vida... La vida es así. Yo, muchas veces, en presencia de estos sucesos lamentables, me indigno y me desespero; pero acabo por sonreír, porque, después de todo, es una cosa muy triste tener que recrear el espíritu con la desgracia ajena.

Todos tenemos «buenos» amigos... Todos los tenemos. Y todos los vemos llegar, horrorizados, porque nunca vienen a decirnos nada agradable, sino, precisamente, todo lo contrario. A los «buenos» amigos los llamo yo «mis purgantes», porque los traigo a la fuerza.

Sin embargo, los «buenos» amigos son necesarios, porque, sin pretenderlo, nos hacen comprender claramente que somos algo, porque esta especie tropical sólo florece en torno de los que han logrado romper el anónimo.

\* \* \*



# Tipos de Aquí

VI

## LOS LATOSOS

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

Yo creo que Nuestro Señor Jesucristo dijo en el Sermón de la Montaña «¡Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos!», para premiar en parte a los que soportan con resignación a los latosos; porque sólo los verdaderamente mansos tienen la ecuanimidad necesaria para tolerar a estos egregios pobladores del globo terráqueo.

Los latosos... ¿Quién no ha tenido que soportar alguno? Abundan mucho más que las beatas, y ya es mucho decir. Pero lo más notable del caso es que, como los gagos y los calvos, ignoran completamente que son lo que son. Es más: se imaginan que tienen la simpatía por arrobos y que todo el mundo los recibe con los brazos abiertos.

—¿Fulano? ¡Me idolatra! Siempre me está diciendo: «¿Por qué no vienes a verme?» Precisamente, mañana le voy a dar una sorpresa.

Y la sorpresa se la dá de cuatro horas y media para decirle... ¿qué es lo que dicen los latosos? Nada entre dos platos.

—¡Hola, chico! Aquí me tienes.

—Ya te veo.

—Me estarías extrañando un horror, ¿verdad?

—Sí, sí...

—No me digas nada... Si supieras... ¿Te acuerdas de Adalberto? Aquel que estuvo con nosotros en el colegio...

—Tengo una idea vaga.

—Pues figúrate que el pobre envidió hace dos semanas, y está desesperado. Por cierto que una de sus cuñadas es monísima. Se llama Georgina y tiene unos ojos negros que entusiasman a cualquiera. Pero tiene un defecto: es coquetísima. Me lo dijo Armando, el hermano de mi compañero de trabajo. En un baile del Casino dió un pequeño escándalo, porque se empeñó en bailar la con-

ga con Rigoberto. ¿No te acuerdas de Rigoberto? ¡Sí, chico, haz memoria! El hijo de don Pancho, aquel español que tenía una bodega en el barrio de Colón y que se casó con Felisa, la hermana de don Pedro, el dueño de la nevería...

Y así, en este tono, el buen latoso habla y habla, y, a final de cuentas se queda usted sin saber lo que le pasó al pobre Adalberto.

Pero hay latosos que merecen ir a la guillotina sin demora alguna, y son aquellos que se acercan a su mesa de trabajo cuando más enfascado se encuentra usted haciendo algo de importancia, para decirle:

—Los que nacen en Mónaco son monegascos, ¿verdad?

—Sí — dice usted sin abandonar su trabajo.

—¿Y los que nacen en Haití, haitianos?

—Sí.

—¿Y los que nacen en la Groenlandia...?

Y acaba usted por hacerles la célebre pregunta que le hicieron a «Llagustera», el simpático personaje de «La hermana San Sulpicio», de Armando Palacio Valdés.

Los sabios debían inventar un insecticida especial para latosos; pero un insecticida activísimo, capaz de matar a tres o cuatro de una vez, porque yo no sé si estos caballeros propagarán la peste bubónica, pero para mí que son capaces de disolver toda una nación.

Yo tengo un sistema excelente para los latosos, sistema que, con mi generosidad habitual, me permito ofrecer a mis lectores. Cuando me cae uno de estos patriotas, lo primero que hago es decir:

—Ando buscando cinco pesos, chico. ¿Me los puedes prestar?

El resultado es sorprendente. No me dice ni buenas tardes, que era precisamente lo que yo quería.

\* \* \*



## Tipos de Aquí

VII

### SI, PERO...

\*\*\*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\*\*\*

**Y**O no sé si a ustedes les pasará lo mismo que a mí, pero, en presencia de ciertos individuos, me siento capaz de rivalizar con «Monsieur de París» o con el mismísimo Barba Azul, en el caso poco probable de que el señor Gilles de Laval, barón de Rays, se decidiera a regresar a la tierra para volver a las andadas.

El hombre más santo se convierte en un asesino feroz cuando se tropieza con uno de esos caballeros que lo detienen a usted en la calle y le dicen:

—Chico, ¡qué traje más lindo!

¿Quién te lo cortó?

—Ramallo.

—Es precioso. ¡Qué tela! ¡Qué vista! Pero las solapas no me gustan.

—Pues son el último grito de Londres.

—Tal vez; no te lo discuto; pero...

Y este pero, seguido por los inevitables puntos suspensivos, se le clava a usted en el corazón como una daga envenenada.

PERO... Esta palabra, esta sola palabra, es capaz de destruir una reputación, de echar a rodar el negocio mejor planteado y de mandar a la horca a un fraile franciscano — pongo por hombre inofensivo.

Las mujeres, sobre todo, utilizan el pero con maestría envidiable. Cuando se sienten eclipsadas por una rival peligrosa y no tienen más remedio que reconocer que es bella y elegante, dicen:

—Efectivamente, es una mujer muy linda y se viste como una reina. Tiene unos ojos maravillosos, una boca perfecta y un cuerpo de líneas seductoras. Es capaz de volver loco a cualquier hombre; PERO es una coqueta incorregible.

Bastó el pero, el abominable pero — palabra que debía ser suprimida del idioma castellano — para descalificar a la temible rival.

Con los hombres ocurre lo mismo. Cuando, casi a la fuerza, tienen que reconocer que Fulano es inteligente, hábil, simpático y culto, exclaman:

—Tiene usted razón, ese muchacho ha triunfado por su talento, su simpatía y su audacia. Llegaría muy lejos, porque tiene madera de dominador de voluntades. PERO es un vicioso empedernido: juega, bebe y se inyecta morfina.

¿Y qué importa que un hombre sea inteligente, hábil, simpático, arrojado y culto, si vive adherido al tapete verde, ingiere grandes dosis de «whiskey» y está embrutecido por la droga? El PERO hizo el milagro de borrar las buenas cualidades, sin negarlas.

El PERO es un arma de doble filo. Por eso es tan peligrosa. Porque, volviendo la oración por pasiva, podemos decir:

—Mengano es un idiota y un malvado; PERO es un buen hijo y un padre excelente.

En este caso, el PERO ejerce una función piadosa. Sin embargo, casi nadie lo utiliza en esta forma, entre otras razones porque casi nadie se siente con valor para defender a un semejante cuando se habla mal de él. Por regla general, cuando oímos alabar a una persona, procuramos cambiar de conversación, porque nos molestan los elogios dirigidos a otro; pero cuando se trata de hundirla en el fango, ayudamos a empujarla.

Para demostrar a mis lectores el poderío inmenso de un PERO voy a hacer una experiencia inmediata con esta misma cróniquilla. Si un enemigo mío tiene que opinar sobre ella en presencia de dos o tres personas sensatas, dirá:

—¡Claro que está muy bien! Este hombre tiene la habilidad de decir todo lo que se le antoja. Escribe con soltura y elegancia. PERO no dice nada nuevo...

Y si es un amigo el que habla en un ambiente hostil para mí, se expresará en esta forma:

—Sí, no exageran ustedes. Es muy antipático y muy vanidoso; se cree que todo se lo merece y algo más. PERO escribe muy bien.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# Tipos de Aquí

## VIII EL HOMBRE ILUSTRE

\*\*\*  
(Por José Sánchez Arcilla)

SI la mitad de la décima parte de nuestros titulados hombres ilustres lo fueran de verdad, Cuba sería el país de las maravillas.

Todos los días, y en todos los periódicos, leemos lo mismo: «el ilustre orador», «el ilustre galeno», «el ilustre odontólogo», «el ilustre político», «el ilustre pensador», «el ilustre poeta», «el ilustre ensayista», etc., etc. Y todos los días, y en todos los periódicos, vemos el retrato de caballeros que pueden ser muy dignos y muy respetables, pero, por lo pronto, son perfectamente desconocidos. Sin embargo, el lector ingenuo, en presencia de uno de estos «clisés», exclama: «Tiene cara de hombre de talento. Esa frente... Esos ojos...» Y queda convencido de que aquel señor es «ilustre» por obra y gracia del Espíritu Santo.

Los periodistas conocemos a fondo a nuestros hombres ilustres. Los conocemos, porque somos, al fin y al cabo, los autores y responsables directos de su fama.

En cuanto un señor cualquiera escribe un folleto de siete páginas sobre el cultivo de la calabaza — pongo por caso — corre a las redacciones en busca del amigo generoso que hable largamente de su obra maestra.

—Aunque a simple vista parezca una exageración, mi folleto tiene una importancia extraordinaria. La calabaza...

Y le endilga a usted, sin quitarle puntos ni comas, el capítulo de la Enciclopedia Espasa que habla de la calabaza, en un alarde idiota de erudición.

—¿Quieres un retrato mío? Sería conveniente que ilustraras tu artículo con la fotografía del autor. A mí no me gustan estas cosas, pero comprendo que la publicidad es muy necesaria.

Y usted, ¿qué va a hacer? Se hace cargo del folleto y del retrato y, al día siguiente, los lectores de su periódico se enteran, no sin asombro, que en Cuba hay un patriota insignificante que estudia el cultivo de la calabaza con entusiasmo edificante.

Con los poetas ocurre exactamente lo mismo. Apenas un señor desconocido logra escribir un pareado, acude al periodista más próximo para rogarle que hable de su «luminosa obra poética», y, como siempre, el infeliz periodista acaba por asegurar a sus lectores que ha surgido un Rubén Darío en «la tierra más famosa que ojos humanos han visto».

¿Y qué decir de los médicos...? ¡Oh, los señores galenos...! Los señores galenos abusan de la publicidad. Los hay que tienen a sueldo a los cronistas sociales para que al dar cuenta de la mejoría de Fulanita de Tal — que tuvo un simple catarro — consiguen que fué «el ilustre doctor X» quién la arrancó de las garras de la muerte.

Los políticos tienen un sistema mucho más simple. Cuando se aproxima el período electoral, se organizan un banquete. A lo mejor, pagan todos los cubiertos, para que pasen de cien los comensales; pero eso no lo dicen ellos ni por todo el cro del mundo. Afirman, juran y perjuran que se trata de un acto espontáneo de sus electores, y así lo declaran con descaro inaudito, en el minuto solemne de dar las gracias.

Los hombres ilustres... Si se hiciera un censo minucioso, sabríamos que en nuestra patria hay no menos de dos millones de hombres ilustres, o sea la mitad exacta de la población cubana; porque el que no lo es por un motivo, lo es por otro, pero son muy pocos, poquísimos, los que no se sienten con derecho al adjetivo.

Si el Gobierno quisiera lucrarse con la vanidad de los ciudadanos, no tendría más que poner a la venta unos diplomas sellados con las armas de la República certificando que sus poseedores son ilustres oficialmente. Aunque los cobrara a mil pesos, se agotarían en pocas semanas. Y si no, que Giménez Lanier de acuerdo con Fernando Sirgo, hagan la prueba, porque el primero recogería los

frutos de la labor del segundo, el cual, como Secretario de Educación, tendría que expedir los diplomas.



## Tipos de Aquí

\* \* \*

IX

### LOS ADMIRADORES

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

**E**N Cuba es muy difícil vivir de la pluma o del arte. Los escritores y los artistas no tienen escapatoria posible.

Si usted tiene la ocurrencia de editar un libro, en seguida le salen al paso los «admiradores» que le dicen:

—Ya sé que me tienes guardado mi ejemplar. ¿Cuándo me lo mandas?

—Supongo que no cometerás la incorrección de dejarme sin tu libro.

—Espero tu obra. Me han dicho que es muy interesante.

Y si se pone a regalar ejemplares, se agota la edición con una pérdida segura para usted, con la agratante de que, a los quince días, encontrará sus libros en las librerías de viejo con dedicatoria y todo, porque los venden o los cambian sin tomarse la molestia de arrancarles aquellas páginas donde usted dejó su autógrafa, con unas frases amables y sentidas.

A los pintores y escultores les pasa lo mismo. Hacen su exposición. Los críticos y amigos llenan el salón. Todo lo examinan y todo lo encuentran medianejo o francamente malo; pero, a la salida, no olvidan las frases de rigor:

—Aquella manchita me gusta. ¿Me la regalas?

—He puesto mi tarjeta en la figura grande, porque tengo la seguridad de que la hiciste para mí.

—Puedes mandarme el cuadro X cuando quieras. Lo haré colgar en el «hall».

Y así, sucesivamente.

Para estos «admiradores», el artista es un señor que trabaja por gusto y que se alimenta del aire. A ninguno se le ocurre pensar que el escritor escribe y que el pintor pinta para vivir como el resto de los mortales.

Eso sí, los admiradores no dejarán un momento de quemar incienso junto al artista eminente.

—¡Qué grande eres! Después de Leopoldo Romañach, tú.

—Tu libro es una maravilla. Mereces otra cruz de Carlos Manuel de Céspedes.

Pero no pasan de ahí. Palabras, palabras, palabras... Pero ni un tabaco, ni un modesto pabillo de dientes.

Y lo más triste del caso que son los ricos, precisamente, los que practican con más asiduidad el deporte de pedir. Los ricos, que debían ir a todas las exposiciones para adquirir las obras de los artistas modestos; los ricos, que están en el deber de comprar todos los libros que se editan en Cuba... Pero los ricos no hacen esto, como no hacen otras cosas que yo me sé. Se figuran que, por su dinero, están exentos de toda obligación, y que es un verdadero honor para artistas y escritores que ellos reciban sus producciones, a cambio de una carta o de una sonrisa benévola.

Empero, en Cuba hay una excepción: el doctor Tomás Felipe Camacho. En su casa — según me ha dicho Maribona — tiene un pequeño museo de cuadros cubanos, entre los cuales figura nada menos que el titulado «Los ciegos», de Manolo Vega, director actual de la Academia de San Alejandro y, sin disputa, uno de los más grandes pintores de nuestra patria. Pero para un Tomás Felipe Camacho, ¿cuántos Sarrás — pongo por gran tacaño — tenemos en estas tierras hijas del sol? Que lo digan los propios artistas.

Los admiradores... A veces, es conveniente no tener admiradores. Por lo menos, nos economizamos el mal rato de tener que sonreír a quien sólo nos aplaude por lo que nos puede pedir.

Existen, desde luego, otros admiradores sinceros que no sólo compran nuestros libros y nuestros cuadros cuando pueden, sino que se sienten muy honrados con ser amigos de escritores y artistas... Pero esta clase de patriotas es poco nutrida. Por eso merece el mayor respeto y la mayor gratitud.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## Tipos de Aquí

X

EL BOTELLERO

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

Yo sé que «en todas partes cuecen habas» y que la simpática «botella» criolla ha existido, existe y existirá en el mundo entero, mientras haya políticos, gobiernos y empresarios teatrales.

Pero nosotros hemos hecho un arte exquisito de la «botella»; un arte que debía ser estudiado por todos los sabios del universo, como la quintaesencia de la habilidad y del ingenio.

Yo sé de algunos señores que desde la proclamación de la República cobran en una Secretaría y en jamás de los jamases han tratado de investigar a qué negociado corresponden. Eso sí, el día 30 de cada mes se personan muy solemnes y muy estrados en la Pagaduría a reclamar su cheque, y ¡ay del infeliz Pagador que tenga que decirles que aún no situaron los fondos de personal!

Estos «botelleros» tienen muchísimo más mérito que Fouché, porque han podido resistir veintisiete cambios de gobierno sin sufrir ni una ligera suspensión. ¿Cómo se las arreglan? Misterio... Misterio que no será capaz de descifrar ni mister Chan-Li-Po, el gran detective chino que a estas horas anda haciendo de las suyas en Buenos Aires.

¿Y qué me dicen ustedes de los simpáticos «botelleros» de los teatros? Gozan de entrada libre en todos los espectáculos sin ser periodistas ni cosa que se les parezca; pero lo cierto es que hasta los porteros los saludan con muchísimo respeto.

La anécdota es muy conocida, pero pinta de cuerpo entero a esta clase bien definida de patriotas.

Cierto empresario habanero dió la orden terminante de que le dijeran a todos los que entraban de favor que explicaran el motivo de ese beneficio, y para convencerse de que sus empleados cumplían lo dispuesto, se paró junto al portero. Este, fué haciendo las preguntas de ritual:

- ¿Usted que es?
- Redactor de «La Lucha».
- Pase.
- ¿Y usted?
- Redactor de «La Discusión».
- Adelante.
- ¿Y usted?
- Inspector de espectáculos.
- Bueno.
- ¿Y usted?

—Pues yo... yo, verdaderamente, no sé lo que soy; pero hace tantos años que entro de favor en los teatros, que ya me creo con derecho a hacerlo.

El portero, muy digno, le dijo:

—Pues retírese inmediatamente. El señor empresario ha dado la orden de...

Pero el señor empresario intervino en la conversación.

—Déjalo pasar. Probablemente, es el único que tiene derecho a entrar. Es un benemérito de la «botella» y aquí debe respetarse la antigüedad.

Yo me pregunto muchas veces cómo se las compone Ernesto Smith para soportar tantos pases, y no cito a Heliodoro García, porque el empresario del «Nacional» acaba de pararse bonito, arrancando de cuajo los derechos intangibles de la noble legión de los «botelleros» desde la noche del glorioso debut de la compañía «Díaz Collado». Con decir que hasta yo tuve que sacar mi entrada... Y eso que soy el orador oficial — o cosa por el estilo — del gran teatro del Muy Ilustre Centro Gallego. Pero «donde manda capitán, no manda marinero.»

«La botella». En Cuba debíamos erigir un monumento nacional al «botellero» desconocido, aunque, el que más y el que menos, puede levantar el dedo para identificarse, porque el que no cobra «por Lotería» o por «el Municipio», entra en el cine «Encanto» como Pedro por su casa...



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# Tipos de Aquí

XI

## LAS COMISIONES

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

**C**UBA es el país de las comisiones. Por un «quítame allá esas pajas», los socios del Liceo de Magarabomba se reúnen en junta electoral y nombran una comisión para que venga a La Habana y se entreviste con el Presidente de la República, el Jefe del Ejército, los congresistas y los directores de periódicos.

Los comisionados, como si se dirigieran al Congreso de Viena, se enfundan en sus trajecitos de gala, se meten en el tren, y a cumplir su alta y delicada misión.

Llegan a La Habana y piden audiencia en Palacio, en la Ciudad Militar y en el Capitolio. Para no perder tiempo, utilizan el teléfono, y los mensajes que envían siempre redactados en la misma forma: «Para protestar enérgicamente de un abuso manifiesto, solicitamos audiencia.»

Naturalmente, los coroneles Laredo Brú y Batista y los doctores Lucilo de la Peña y Antonio Martínez Fraga se alarman, y, suspendiendo todo compromiso anterior, se disponen a recibir a los comisionados, que llegan muy graves y muy solemnes, mirando de reojo a los periodistas con unas ganas locas de que les pregunten.

Una vez en presencia de los altos dignatarios de la nación, el jefe del grupo — que, casi siempre, es un Castelar maniguero — se adelanta y dice:

—Esta comisión, integrada por la flor de Magarabomba, acude a los altos poderes del Estado para protestar de un infame atropello...

Palidece el coronel Laredo Brú ante la gravedad inmensa de lo que va a escuchar. Y el orador, prosigue, después de una pausa perfectamente estudiada:

—Se trata, Honorable señor Presidente de la República, de que el Secretario de Sanidad ha cometido el error de dejar cesante al enfermero de la casa de socorro de Magarabomba, un hombre íntegro y capaz que ha cumplido fielmente con su deber a través de los años. Y este es el motivo de nuestra visita. En nombre de los honrados ciudadanos de nuestra localidad, pedimos la reposición inmediata de ese funcionario probo, honesto y simpático. He dicho.

En Jefe del Estado, sonríe; pero se abstiene de mostrar su admirable sonrisa, para que no la interpreten equivocadamente los comisionados. Medita un instante, y exclama:

—Serán ustedes complacidos. El doctor Bringuler, Secretario de la Presidencia, se comunicará inmediatamente con el doctor Zenón Zamora, Secretario de Sanidad, y el honrado enfermero recibirá su reposición dentro de veinticuatro horas.

Se inclinan los comisionados; pero nunca falta uno que, «aprovechando la ocasión», se acerque al Presidente para decirle en voz baja:

—Yo soy un hombre bueno, doctor. ¿Por qué no me nombra cajero de la Zona Fiscal de Magarabomba?

Al salir de Palacio, los comisionados «se dejan» asaltar por los repórters. Y afirman:

—Vinimos a ver al Presidente para resolver graves problemas de Magarabomba. Y pueden ustedes decir a sus lectores que el coronel Laredo Brú nos ha prometido una solución inmediata.

Y van a las redacciones de los periódicos «a retratarse» para que en Magarabomba les preparen un recibimiento triunfal.

Las comisiones... Los periodistas temblamos cuando nos anuncian la llegada de una comisión, porque nos descomponen el día sencillamente, ya que en presencia de un redactor de mesa, todos los comisionados se creen obligados a decir algo, «por si le sirve para su artículo.»



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## Tipos de Aquí

XII  
LOS AGUAFIESTAS

\*\*\*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\*\*\*

**D**EBIA existir un inciso en el Código Penal condenando a muerte a los aguafiestas, esos lúgubres señores que son capaces de amargarle la vida a un saco de azúcar, si se lo ponen delante.

Se dispone usted — por ejemplo — a salir para Santiago de Cuba en viaje de vacaciones, y a punto de cerrar la maleta, oye, de labios de un aguafiestas, estas consoladoras palabras:

—¿Vas a Oriente? ¡Hum! Ten mucho cuidado. A lo mejor te coge allí un temblor de tierra... ¿Recuerdas el último? Hubo más de doscientos muertos. Y que, casi siempre, estos fenómenos se producen de noche. Anda con pies de plomo y, por sí o por no, quédate en La Habana, o no pases de Camagüey. Debe ser horrible morir aplastado.

Y usted si es medianamente supersticioso, ¿qué hace? Abre la maleta, rompe el pasaje y se queda en casita, por sí o por no.

Se dispone usted a dar una comida en el patio de su casa y, con el entusiasmo natural y lógico, está colocando las guirnaldas de rigor, cuando llega el eterno agorero a decirle:

—¿Stás loco? Esta noche va a llover a cántaros. Se van a poner como unas sopas. Nada, nada, que ya puedes ir quitando los adornos. El aguacero no te dejará celebrar la fiestecita.

Y — cosa rara — por regla general, sucede lo que anuncia el aguafiestas.

En presencia de uno de estos señores, lo menos que puede usted hacer es mandarle a la guillotina, porque, a lo mejor dicen todas esas cosas con verdadero interés y fina voluntad, pero es innegable que semejantes predicciones sientan como un tiro a la nuca.

¿Y qué dice usted, lector amable, del amigo a quien le enseña el retrato de su novia, notificándole, de paso, que piensa contraer matrimonio dentro de quince días, y le dice con la mayor naturalidad: «¡Chico, no me gusta. Es francamente fea y tiene cara de ser muy coqueta...»?

¿Y qué opina usted, lector piadoso, del esclarecido patriota que, en presencia de su mejor traje, exclama: «¡Qué birria, chico! Parece de «apéame uno, que se me va la guagua!»?

Podría citar aquí las mil especies de aguafiestas que andan por esos mundos de Dios metiéndose en todo y destrozando la felicidad ajena, pero ¿para qué? Mis lectores los conocen de sobra, porque, el que más y el que menos, tiene su aguafiestas privado; el que lo visita en los momentos más importantes de su vida para echar por tierra sus más bellas ilusiones.

Pero existe un aguafiesta que merece mención aparte y como yo soy tan respetuoso de las jerarquías, no le quiero negar el puesto que legítimamente le corresponde.

Acaba usted de salir de una enfermedad peligrosa, pero, gracias a Dios y a despecho de los demás, ha podido levantarse después de mes y medio de guardar cama.

Sus familiares lo rodean de solícitos cuidados: el reconstituyente, la leche cada tres horas, la sopita de ajo con yemas de huevos, las inyecciones... Sus amigos están encantados, y su novia no tiene tiempo para encender más velas a todos los santos de la corte celestial... Usted se mira en el espejo y advierte que sus mejillas empiezan a colorearse Y exclamó: «¡Estoy salvado!» Pero se aparece el aguafiestas y, después de un examen verdaderamente inquisitorial, dictamina:

—Vas a recaer... No hay más que verte. Tienes los ojos hundidos y estás más pálido que Margarita Gautier. ¡Pobre hombre! Cuidate. Fulano se murió de tu misma enfermedad, cuando todo el mundo creía que estaba en franca convalecencia. ¿Y Mengano? A los ocho días de levantarse, estiró la pata...

Si usted, en legítima defensa, le aloja dos onzas de plomo en los sesos a este caballero no hay Código Penal que lo condene. Se lo digo yo que no soy abogado, pero sé que, a veces, la usticia es perfectamente humana.

\*\*\*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

CUCINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



## NUESTROS HONGOS

### El Billetero.

No nos referimos al pobre diablo pregonero del número de la fortuna, que nos asalta en la calle, en el café... hasta en el baño, con su generoso afán de enriquecernos en un periquete. Ese, al fin, es un infeliz para quien la vida no tiene sonrisas.

Tompoco nos referimos al industrial, llámese Llerandi o Cacheiro quienquiera que sea, que explota el negocio de los "cargaremes" y va tirando. Este expone el pellejo de sus intereses y no pocas veces se arruina en combinaciones que no supo planear con habilidad.

.....

Pero nuestro "billetero" no siempre es el "billetearo". También y no pocas veces, es la amable personita de una "billetera". El tipo, pues, tiene su sexo. Y si fuera posible que corriese ante nuestros ojos la cinta de los favorecidos por Primelles, cuántas caras lindas con ojos hechiceros no veríamos! —Esa preciosa muñequita, flexible y grácil, de ojos azules y pelo color oro, residente e nel Prado o Malecón y de familia pudiente? "Billetera"! Una "Billeterita" adorable que necesita de su colecturía para atender a todos sus gastos suplementarios de tocador de que no puede prescindir una damita del gran mundo... Claro que la colecturía no está a su nombre ni ella tiene que molestarse para nada... Su importe le llega de todos modos.

Y esa prieta, de andar encantador, mirada de fuego, labios carnosos de sensualidad, que reside en el Vedado o la Víbora?... Una "billeterita" también. Aunque no sea más que para llevar pequeñas exigencias del refinamiento le sirven sus consignaciones.

Y aquella noble matrona de nuestro viejo solar patricio, venida a menos por reveses de fortuna; pero que está obligada a sostener siquiera algún tren de boato y ostentación que refleje, un tanto, el esplendor de épocas lejanas?... "Billetera" también. Los 800 o 900 pesos mensuales de sus cargaremes apenas si le alcanzan; pero al fin, va tirando y se sostiene.

Y no digamos cuanto a nuestros flamantes y afortunados colectores. La República está inundada de esta honorable casta. La flora "billetera" es portentosa, de una fuerza de reproductibilidad que maravilla. Es un hongo extendido prodigiosamente... Como su similar el "botellero", nació en la anterior época presidencial. Es creación de José Miguel. Así como Napoleón creó la Legión de Honor él creó esta forma parasitaria. Servicio eminente que la República le debe a su gran capacidad de estadista. Y, como es lógico, en estos tiempos de altísima moralidad en los que nos rigen y nos rajan, el "tipo" se ha extendido que es un contento.

Trabajar y soltar el quilo para que esa ilustre y prestigiosa familia de los "billeteros" se regodee y viva bien, sin duda ninguna que es un gran bien social. La Constitución asegura que todos somos iguales en derechos. Pero esa Constitución ya es un documento que no vale una higa. Hoy, habría que reformarla diciendo:

Dos clases de ciudadanos constituyen la República. Una: la de los que trabajan, y aun trabajando apenas si debe reconocérceles el derecho de comer. La otra, la de los zánganos que no tienen la obligación de trabajar; pero sí el derecho de vivir sabrosamente.

# Tipos de Aquí

XIII

## LOS BILLETEROS

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

Yo tengo el presentimiento de que, el día menos pensado, me va a tocar el premio mayor de la Lotería Nacional. Casi me atrevería a apostar, no porque me lo haya dicho ninguna adivinadora, sino porque yo soy hombre de corazonadas. Sin embargo, si los billeteros de La Habana se obstinan en ser como son en la actualidad, posiblemente no me verá nunca «graciado», porque nunca compré billetes.

Bien está que los honrados billeteros vayan por esas calles de Dios gritando:

—El 15.678.

—El 11.111, y suma cinco.

—El 74 pelado.

Bien está, aunque despierten a media Habana, porque los billeteros salen con el sol y las burras de leche — pongo por madrugadores — y no se acuestan hasta las mil y quinientas, como Agustín Rodríguez — pongo por trasnochador. Después de todo, en cada billettero hay un cantante frustrado, y ya que no pudieron lucir sus habilidades cantando la «Estudiantina de Lecuona, se conforman con pregonar los numeritos con cierta gracia y una voz muy aguda y muy desafinada, que es lo peor.

Lo que no está bien es que le metan a usted los billetes por las narices o se los echen sobre la comida, como viene ocurriendo con harta frecuencia. Pero ¡cualquiera convence a un billettero de que ese sistema es contraproducente y de que nadie, al verse tan acosado, es capaz de comprar ni el premio gordo!

Yo sé que es muy elegante, y hasta patriótico, comprar billetes. Se ayuda a la República y se puede uno hacer rico de la noche a la mañana, como reza en los anuncios pomposos de la Renta de Lotería; pero yo le aseguro al señor Antonio Rodríguez que habría menos billetes devueltos en cada sorteo si pudieran retirar de la circulación a ciento cincuenta o doscientos billeteros que andan sueltos por ahí y que, poco a poco, han ido cercenando la afición y el vicio.

Yo no sé, lector, si usted tiene tan poca paciencia como yo, pero al mismísimo Job lo quisiera yo ver en un café, conversando con sus amigos de algo muy importante, y que de repente se le acercara uno de esos billeteros pesados, que tanto abundan en La Habana, con la pretensión de venderle cinco pedacitos del 8.765...

—Mire que número tan bonito. Me quedan veinte pedazos.

—Gracias; no deseo — diría Job. —Es que se puede sacar el premio grande.

—Bueno, pues guárdelos para usted.

—Mire que esta es una oportunidad única.

—Haga el favor de no molestar, amigo, ¿No ve que...?

—Sí, pero sus amigos también debían comprar algún pedacito. El 8.765... Mañana se juega.

—Pero ¡hombre, por los clavos de Cristo!

—No diga mañana: «Yo tuve el gordo en mis manos...»

Job, más violento que un representante «sorteado, gritaría:

—¡Pschjkl yntez erwwikiol shhey-yjjjjj! (1).

No exagero lo más mínimo al hablar así. Los billeteros, los honrados billeteros, son los peores enemigos de la Renta de Lotería, queriendo ser, precisamente, todo lo contrario. Pero los pobrecitos no son psicólogos, e ignoran que la mayor parte de los mortales prefiere caer bajo las ruedas de un tren en marcha que en manos de un billettero obstinado.

(1) Hemos tratado de averiguar lo que quiso escribir el señor Sánchez-Arcilla, pero han sido inútiles nuestras pesquisas. Probablemente, no se atrevió a repetir la frase que hubiera dicho Job, y esto le honra, pues con toda seguridad que era muy fea. N. de la R.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# Tipos de Aquí

XIV

LOS QUE HABLAN EN EL CINE

\* \* \*

(Por José Sánchez-Arcilla)

\* \* \*

**S**IMPÁTICO lector: ¿cuántas veces, en el cine, ha tenido usted ganas de encararse con dos lindas señoritas y decirles: «Por favor, cállense ustedes... ¿Por qué no esperan a que se acabe la película para hablar? ¡Qué lata!»?

Yo, lo declaro ingenuamente, en más de una ocasión he estado a punto de perder la ecuanimidad—ya creo haber dicho que tengo muy poca paciencia—en pleno cine «Encanto», porque no hay derecho que dos o más simpáticas «pepillitas» quieran rivalizar con el magnífico aparato reproductor de Ernesto Smith y, mucho menos, con los artistas.

Pero no solamente las «pepillitas» interrumpen una exhibición cinematográfica con sus conversaciones. Ya otra noche, mientras Emilio Zola declaraba ante el tribunal, diciendo cosas muy interesantes, un matrimonio que, para desgracia mía, se sentó en la fila inmediata, dió la nota con esta interesante conversación:

—Hoy te eché a lavar tu flus blanco.

—Hiciste mal. Debiste guardarlo como estaba. Total, no me lo voy a poner.

—Es que no me gusta tener ropa sucia en casa.

—Entonces...

—Entonces... ¿hice bien?

—Regular. Esos sesenta centavos pudimos emplearlos en algo más necesario.

—¡Qué agarrado eres! Por cierto que no me diste el peso y medio para ir a la peluquería.

—No empieces...

—¿Cómo no voy a empezar, si me tienes sin un centavo?

—¡Cállate!

—¡No me da la gana!

—¡Nena!

—¡No hay Nena que valga! Eres un miserable...

Y así estuvieron toda la santa noche, sin importarles un pito la odisea de Dreyfus y, mucho menos, los infelices espectadores que tuvieron la poca suerte de caer por aquellos contornos.

En realidad, no sé a qué van al cine estas personas, porque la sala de un teatro, aunque sea tan ventilada y tan elegante como la del «Encanto» no es el lugar más apropiado para entablar una conversación.

Vispo, que está aprendiendo inglés en las películas, me dijo hace un momento:

—¿Vas a meterte con los que hablan en el cine? Pues ¡duro y a la cabeza! Porque, viejo, hace tres meses que estoy tratando de averiguar cómo se dice correctamente la palabra «babay», y no lo he logrado todavía.

Ernesto Smith, que es un verdadero emperador de empresarios, previendo estas cosas, debía hacer un saloncito muy mono, cabe el gran salón español, destinado exclusivamente a conversadores. Sería una innovación maravillosa, que le agradecerían profundamente todos los que, pagando o no su entrada, tienen que soportar en la hora presente el cotorreo de los que todo lo dejan para decirlo en el cine. Esta es una idea que le regalo a don Ernesto, en pago de mi eterno pase familiar.

Yo me he enterado en el cine de todos los chismes de La Habana. Sin moverme de mi butaca he oído decir: «Ahi están Fulanita y Menganito, que vienen de contrabando», «delante de nosotras está Esperencejo, que se le corrió a la novia con su mejor amiga... ¡Qué descarol!» Y así sucesivamente. Y todo esto lo dicen en alta voz, como para que se entere todo el mundo.

Los que hablan en el cine... Los que hablan en el cine deben de tener algo de lechuzas, porque sólo se sienten bien en la oscuridad.

\* \* \*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## Tipos de Aquí

XVI  
LOS AMARGADOS

\*\*\*  
(Por José Sánchez-Arcilla)

\*\*\*

YO le tengo más miedo a un amargado que a un temblor de tierra, porque el temblor de tierra me puede matar en el acto, pero el amargado me va matando poco a poco, que es muchísimo peor.

El amargado — léase fracasado — es un señor que todo lo encuentra mal y que no se resigna a ver como existen personas relativamente felices en este mundo. La hiel que lleva dentro no lo deja vivir, y quisiera inundar de bills el globo terráqueo, con el laudable propósito de que todo el mundo se viera como él.

En Cuba, abundan los amargados. Si usted, porque le viene en ganas, intenta establecerse en el giro de ropa hecha, en seguida surge el bilioso que le dice:

—Treinta mil pesos me costó a mí una aventura semejante, ¡no se meta en eso! Hay tanta competencia...

Pero usted no se rinde y abre un establecimiento, le sopla la suerte y cierra el primer balance con una bonita utilidad; ¿qué ocurre? Que el amargado se le presenta de nuevo para vaticinarle:

—El año que viene, te veré pidiendo limosna por ahí. Este negocio tiene alternativas peligrosas. Después del primer momento engañoso, surge la derrota. Ya verás...

Y si usted había pensado comprarse un automóvil con una parte de las utilidades, se abstiene de hacerlo, en previsión de una caída próxima.

Esta es la función de los amargados; esta es su alta y humanitaria labor.

El amargado es un señor que no conoce el éxito, un señor que vive al margen de la alegría, un señor para quien no existen los días radiantes, ni las mujeres hermosas, ni los placeres espirituales. Para él, todo es gris, todo es opaco, todo es melodramático. ¿

Si usted se ríe en plena calle de un buen chiste que acaba de es-

cuchar o de la frase ingeniosa que repite un amigo, tenga por seguro que, cerca, muy cerca de usted, hay un individuo que le mira en actitud de reproche. Es un amargado, que no puede tolerar que otro se ría, que no permite que, mientras a él se lo come la bilis, exista un patriota jubiloso y bullanguero.

Y ¡pobre de aquel que cae en manos de un amargado filósofo! Ya puede despedirse de la paz interior, Con desesperante continuidad, le repetirá:

—¿Qué es la vida? Nada. Un soplo, una burbuja... Ahondemos en el misterio de la existencia para buscar su alto sentido filosófico.

Y ahonda tanto, tanto, que llega a la raíz de su paciencia, y, una de dos: o se convierte usted en un amargado más, o le rompe la crisma para que no continúe mortificándola.

En mi vida de autor teatral yo tuve que tratar a muchos amargados, pues, aunque parezca lo contrario, es en la farándula donde abunda más esta especie deplorable.

Todo aquel que ha escrito una mala comedia en su vida, se imagina que es el mismísimo Benavente. Si todos sus intentos para estrenar la obra la resultaron fallidos, no pierde la esperanza de verse algún día en el proscenio recibiendo los homenajes del público, pero se convierte en el peor enemigo de los autores que, por mil motivos, han triunfado y nunca tienen en su casa ni una escena por estrenar.

Así, durante cinco años consecutivos, tuve que soportar los ataques, abiertos y velados, según las circunstancias, de los autores inéditos que se sentaban en el café para murmurar.

—¡Qué horror! El público es imbécil. Ese esperpento de Sánchez-Arcilla lleva diez representaciones con el teatro lleno... En cambio, mi comedia, que es una cosa considerable, no ha merecido los honores de subir al palco escénico. La vida es así...

Y la vida no es así. La vida es como debe ser: los tontos a un lado y los que no son al otro; pero todos los tontos del mundo juntos no hacen tanto daño como un solo amargado.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# EL LIMPIABOTAS

Por R. Pertierra del Río

El limpiabotas existirá en todas las ciudades del mundo, pero no por eso el nuestro dejará de ser criollo.

Y sobre todo si consideramos al limpiabotas de pueblo, al del clásico «cajón», que no obstante las transformaciones de casi todas las instituciones ambulantes en establecimientos aún subsiste, aunque sus ganancias no tengan nada de enviables.

La aparición del limpiador de calzados es imposible determinarla, por cuanto siempre han existido zapatos sucios y limpiadores de ellos.

En Cuba, hubo un tiempo en que el limpiar botas llegó a ser una institución, criolla por el modo como era practicada.



En el pueblo de campo por ejemplo, el limpiabotas venía a ser factor importante en la colectividad, no faltando las diferencias que siempre existen en las comunidades; pues entre la misma institución, los había de «prestigio», verdaderos éticos del negocio que jamás cobraban sobre precio y que se afanaban en cumplir con el cliente; y hasta existían los «magnates» del «oficio» acaparadores de los mejores pies del pueblo, tales como los de los hijos del Alcalde o de alguna familia rica.

La iniciación en el negocio se hacía, comenzando por adquirir o fabricar, según los recursos del aspirante, un artefacto de madera, de forma rectangular en su parte inferior y angular en su parte superior, rematado el vértice de este último, por una tabla alargada y modelada de tal modo que asemejara la plantilla de un zapato. Ya con esto, se dedicaban a adquirir el material que exigía el oficio, así como cajas de betún, pomos de tinta rápida, un cepillo suave y un paño de

casimir, y con este «equipo» el limpiabotas se lanzaba a la calle, llevando en la mano asido por una abertura destinada a guardar el material, su inseparable «cajoncito», que con letras muy visibles daba a conocer el precio de sus servicios. Al principio el limpiabotas no bajaba de 5 centavos; pero cuando «la cosa apretó se hizo necesaria la rebaja a 3 a 2 centavos.

Luego cuando aquel período, en que se puso de moda los sindicatos y huelgas... estos obreros «del lustre» por no ser menos formaron su sindicato. Y en una ciudad del interior tuvo ocasión de ver la reunión más típica y original que aquella avalancha de problemas trajera consigo. En el portal de una casa tomaron asiento los componentes de la asamblea, formando un círculo alrededor del «Sr. Presidente» que ocupaba el quicio de una puerta; gracioso efecto el que producían los «delegados» sentados sobre sus «cajoncitos», y más aun la gravedad con que eran escuchados los orado-

res, que con vocabulario «saturnado» de «haigas» y «antonces», enfocaban con seriedad los puntos básicos de «la Jutisia Sociá» y en cuya reunión se tomó el acuerdo de implantar el precio mínimo de cinco centavos, acuerdo que fracasó al ser aplicado, cuando el capital fué al retraimiento.

El limpiamotas tenía como cualquier comerciante sus negocios de bolsa, así estaba al tanto de todo aquel que comprara zapatos para recordarle el que pidiera una caja de betún de «contra» la cual luego ellos adquirirían por medio de un contrato por el cual se comprometían a hacerle cinco o diez limpiezas por la adquisición del betún.

Algo curioso en el limpiabotas es la mímica de que se valía para ofrecer sus «servicios» y así cuando venía un par de zapatos que por su aspecto delataran los recursos de su dueño, levantaba la mano señalando sus zapatos con un dedo dirigiendo una mirada expresiva al «cajón» que colgaba de su hombro por una correa.

Si el marchante accedía, el limpiabotas lo invitaba a sentarse en el banco más cercano, instándole a colocar un zapato sobre la «plantilla» del cajón, comenzando su labor, por quitar el lodo con una esponja para luego untarlo de betún haciendo girar para ello sus dos dedos sobre la pasta para luego frotarlos sobre la piel, que más tarde quedaría reluciente. Para darle a entender al marchante que debía cambiar de pie, el limpiabotas daba un ligero golpe con el dorso del cepillo en un costado del cajón.

Los veteranos del oficio llegaron a adquirir tal habilidad en el manejo del cepillo y del paño que algunos le daban tal ritmo que a veces eran verdaderas piezas musicales de sabor africano.

Pero ya el limpiabotas ambulante

va desapareciendo para ser sustituido por el salón de sillones y demás comodidades que dan cierta severidad al negocio y que restan tipicidad a la institución. En la actualidad quedan por la calle muy pocos y sus ganancias no llegan en todo el día a unos centavos.

Simpático resulta el limpiabotas ambulante, porque su origen fué algo puramente social, el deseo del muchacho pobre de ganar algo con un oficio sencillo, un razgo de honradez que nos mueve a sentir admiración por los que desde temprana edad tratan de romper el mal ambiente de la necesidad, verdadera cuna de la delincuencia.



# El Gallo de



“QUE SIGA EL CABALLERO SU CAMINO  
AGRAVIOS DESFACIENDO CON SU LANZA”

Hernández Miyares: “La más grande obra de teatro del mundo”

POR ENRIQUE P. DE CISNEROS

CUANDO se cierra la noche y se encienden las luces de nuestra ciudad, las calles adquieren un aspecto de pronto, peregrino y estrafalario aspecto, y se llenan de nuevos personajes que en que reina la noctómbula fauna.

Carricoches de fritas, anuncios lumínicos, vendedores de maní o de baratijas, y románticos poetas que quieren cantarles a lunas, a veces invisibles, se adueñan de las aceras y cantinas.

El que deambula en altas horas de la noche, por costumbre o por casualidad estos personajes con verdadera indiferencia. A nosotros, en cambio, nos interesa. Quisiéramos conocerles, observarles o, tal vez, vivir su bohemia.

¿Quién de ustedes, por ejemplo, no ha tropezado, a la salida de algún espectáculo misterioso personaje que, preferentemente, mora en los portales de la vetusta acera. Se le ve surgir de la sombra de una columna, su negra cabellera flotando al viento y la capa tirada indiferentemente, pero con hidalguía, sobre el hombro. Alguno d'Artagnan; muchos el Caballero de París. Pero nadie sabe quién es, ni de dónde a dónde va.

Algunos dicen que es loco, otros iluminado, todos que tiene obsesión de nocturno que es peligroso... Muchos precisan que estuvo injustamente preso y que, dura cautiverio, perdió parte de la razón.

El, indiferente a lo que vive y actúa en su derredor, parece soñar con algo lejano que se moviera en un vacío sin fin...

Lo cierto es que tiene mucho de mosquetero o de gentilhomme. Por lo que aparente.

Sus largos y morenos cabellos, cuyos bucles ruedan hasta desvanecerse en la valde que de algún cortesano de fines del siglo XVII; su bigote y su barba, de corte moacrático que registra su historia. acaricia con gesto altanero, rememoran, en nosotros, a los ilustres y valientes de la época, dividida contra el Japón, que significaba un suicidio nacional.

Aquellos —muy pocos son— que le oyeron hablar, dicen que se expresa en términos que su refinamiento sólo es comparable al de los gentileshombres de las grandes Cortes.

Cortés con los hombres, yo sé que es extremadamente galante con las damas. Cortés con los hombres, yo sé que es extremadamente galante con las damas. Cortés con los hombres, yo sé que es extremadamente galante con las damas.

Mosquetero de la Reina, de una reina que no existe, el Caballero de París, que mantendrá erguido, a través de las noches y de los años, su misterioso blasón, que viandante nocturno, uno de los principales atractivos de la noche habanera.

¡Que siga el caballero su camino...!

LA RELIGIÓN  
REACTIVA

China rebautizada Pekin por los chinos). Dentro de ese año, la China, dividida durante 3,000 años, ha logrado la unidad más completa que registra su historia. China, dividida contra el Japón, significaba un suicidio nacional. China unida significaba salir a la luz del mundo, independencia y prosperidad. Pero, también una colaboración con los comunistas chinos. Desde 1931, han estado formando un frente

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# El Caballero de París

**“QUE SIGA EL CABALLERO SU CAMINO,  
AGRAVIOS DESFACIENDO CON SU LANZA...”**

Hernández Miyares: “La más hermosa”

Por ENRIQUE P. DE CISNEROS

**C**UANDO se cierra la noche y se encienden las luces de nuestra ciudad, las calles adquieren de pronto, peregrino y estrafalario aspecto, y se llenan de nuevos personajes. Es la hora en que reina la noctómbula fauna

Carricoches de fritas, anuncios lumínicos, vendedores de maní o de baratijas, alegres beodos y románticos poetas que quieren cantarles a lunas, a veces invisibles, se adueñan de calles, aceras y cantinas.

El que deambula en altas horas de la noche, por costumbre o por casualidad, ve a todos estos personajes con verdadera indiferencia. A nosotros, en cambio, nos interesan e intrigan. Quisiéramos conocerles, observarles o, tal vez, vivir su bohemia.

¿Quién de ustedes, por ejemplo, no ha tropezado, a la salida de algún espectáculo, con un misterioso personaje que, preferentemente, mora en los portales de la vetusta acera del Louvre? Se le ve surgir de la sombra de una columna, su negra cabellera flotando al viento de la noche y la capa tirada indiferentemente, pero con hidalguía, sobre el hombro. Algunos le llaman d'Artagnan; muchos el Caballero de París. Pero nadie sabe quién es, ni de dónde viene, ni a dónde va.

Algunos dicen que es loco, otros iluminado, todos que tiene obsesión de nobleza, algunos que es peligroso... Muchos precisan que estuvo injustamente preso y que, durante su triste cautiverio, perdió parte de la razón.

El, indiferente a lo que vive y actúa en su derredor, parece soñar con algo lejano, con algo inconsistente que se moviera en un vacío sin fin...

Lo cierto es que tiene mucho de mosquetero o de gentilhomme. Por lo menos en lo aparente.

Sus largos y morenos cabellos, cuyos bucles ruedan hasta desvanecerse en la valona, recuerdan los de algún cortesano de fines del siglo XVII; su bigote y su barba, de corte mosqueteril, que acaricia con gesto altanero, rememoran, en nosotros, a los ilustres y valientes personajes de Alejandro Dumas, Feval o Salgari.

Aquellos —muy pocos son— que le oyeron hablar, dicen que se expresa en términos arcaicos y que su refinamiento sólo es comparable al de los gentileshombres de las grandes Cortes de antaño.

Cortés con los hombres, yo sé que es extremadamente galante con las damas. ●

Mosquetero de la Reina, de una reina que no existe, el Caballero de París ha logrado mantener erguido, a través de las noches y de los años, su misterioso blasón, que es, para el viandante nocturno, uno de los principales atractivos de la noche habanera.

¡Que siga el caballero su camino...!



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





*Manuel... 19/38*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## Una hoja de billetes marcó el inicio de su demencia

Un reportaje humano y cordial  
Por JOSE QUILEZ VICENTE  
(De la Redacción de ALERTA)

— II —

El gesto de rebeldía, del que al correr de los tiempos, se había de

convertir en ese «Caballero de París», que lleva un cuarto de siglo, acaparando la atención por las calles habaneras, trazando la alucinante fantasía en mil relatos caballerescos, aristocráticos, de los cuales se cree eje principal, de aventuras guerreras, lances románticos y sucedidos en que amalgama el delirio, la dulzura y la socarrotaría, produjo un desconcertante estupor en el reducido círculo de sus amistades y angustiosa inquietud en su tío y hermana... Uno y otra le pronosticaron consecuencias funestas:

—¡Mal camino emprendes, coitadino, apenas llegado a la América!... No es momento de ensoberbecerse ni de querer elegir, si no de trabajar... ¡La altanería es mala compañera! —exclamó el tío con tono seco y gesto agrio:

—¡Ese orgullo no va bien con nosotros, que pobres somos y a trabajar hemos venido de la aldea!... Si te vas de la bodega, ¿dónde encontrarás acomodo? No conoces la ciudad, eres muy joven y los peligros son muchos José, —advirtió la hermana Inocencia.

—¡Ya sé que vine a doblar el lomo, pero no quiero que al mismo tiempo se me doble y pierda la decencia!... No volveré más a la bodega. El trato con borrachos, ni me interesa ni me conviene... En cuanto a los peligros, desde muy niño aprendí a conocer su color... Porque sé cómo son, no vuelvo más a la bodega, —replicó terco José López Liedín.

Y no se habló más del problema, porque el famoso personaje, no era materia fácil a doblegar sus inclinaciones... Aquella misma tarde dominguera, al oscurecer, regresó a la bodega, recogió su modesto equipaje y abandonó el empleo:

—¡Mal haces muchacho, con salir a la ventura, que eres joven y las malas compañías no traen nada bueno!, le dijo el dueño del establecimiento en una última intención por retenerlo:

—¡Ya procuraré apartarme a tiempo de lo que no me convenga o de lo que yo sospecho que pueda atentar contra la decencia que mis padres me han enseñado! —respondió llano y tranquilo el mozo recién llegado de la aldea gallega de Villaseca...

Pisaba terreno firme en su argumentación el hijo segundo del «Neño de la Corredoira»... Era un

hombre a pesar de su corta edad. No había tenido tiempo de ser niño, ni de corretear por los campos buscando nidos de jilgueros, apedreando a los canes rabilargos y trahumantes o saltando las talanqueras de los huertos a caza de fruta a medio madurar... Apenas pudo sostener la azada, salió con el padre y los hermanos a cuidar de la humilde herencia rústica de la familia y aprender a ganarse el pedazo de pan de cada día... Poco había leído en su afán de saber, pero sí lo suficiente para recelar, que todo el que se ampara en los pocos años y en las malas compañías para justificar las propias granujerías no tiene muy firmes los cimientos de su honestidad...

Y aquella noche, por su libérrima voluntad, José López Liedín se manumitió de la tutela familiar e independizó sus inclinaciones, que eran las que habían de marcarle la ruta de las cosas buenas o malas que en adelante realizara...

### ¡POR EL CAMINO RECTO, IBA UN HOMBRE!

Cuando la semilla es de calidad y el labrantío de buena tierra, la cosecha tiene forzosamente que rendir excelentes frutos, si la mano del destino, no aplasta sobre ellos la maldición de un pedrisco... Igual sucede con las buenas criaturas que desde la infancia emprenden el camino del trabajo, la disciplina y la honradez... Eso es lo que le aconteció al hoy «Caballero de París»... Todas las referencias nos lo han confirmado... Nadie recuerda nada desagradable de él... Aun en estos años en que se convirtió en un peregrino de la locura y llevó a cabo las mil extravagancias, nunca en ese mundo de las sombras en que se desvuelve su delirio sintió la comezón de la bellaquería... Jamás su espíritu atormentado por la sinrazón lo llevó ni tan siquiera a rastrear por las lindes del Código Penal. Su nombre no fué registrado en papel de oficio, ni sus manos que se creen augustas y señoriales se distrajeran en el más leve desmán... La socorrida triquiñuela de los vagos o desaprensivos que por bañarse en la holganza no sienten el trillazo del rubor al provocar la conmiseración ajena en demanda de la limosna la ensayó, ni en sus momentos de más hambre, el famoso trotacallejas... Por el contrario; antes y ahora, rechazó cortés pero enérgico y decidido las monedas, que aplacan la miseria pero que denigran al que las acepta... Y si eso hace en esta etapa de su vida, que es una perpetua tragicomedia, con intermedios de drama angustioso y de sainete en el que rien los espíritus embrutecidos y tiemblan de emoción las almas abrazadas al sentimiento, qué no haría el mozo de Villaseca, cuando estaba en plena juventud y su naturaleza era fuerte y la controlaba un pensamiento que no había sido todavía zarandeado por la demencia...



Así fué en efecto. José López Lledín, sin atemorizarse por su inexperiencia pueblerina, luchando con el ambiente que le era totalmente desconocido, debatiéndose con la necesidad, huérfano de toda reserva económica, sin más patrimonio que el día y la noche, comenzó a recorrer ese camino recto, que sólo siguen los hombres muy hombres, aunque no hayan hecho más que asomarse a este pícaro mundo, que alguien con un extraordinario bagaje de psicología intuitiva denominó «valle de lágrimas».

¿Qué hizo aquel niño-hombre que tan pronto empezaba a crearse asperezas y a echarse sobre los hombros, no muy fornidos, la responsabilidad de una existencia en la cual, para que fuese perfecta, había de hermanar la moral y la ineludible necesidad de comer todos los días...? Lo natural, que a fuerza de ser vulgar algunas veces se convierte en sublime: trabajar; buscar con ahinco, sin desmayos, la senda que había de conducirlo al bienestar material que allá en la aldea, mirando los verdes prados que se perdían en la lejanía, soñó en infinitad de momentos en ligeros descansos en los cuales, abandonando los aperos rústicos de abrir la tierra, devoraba cuantos libros se ponían a su alcance.

No creas, lector amigo, que esa figura que a muchos les parece grotesca y absurda y al cronista se le asemeja la estampa dramática de la dolorosa frustración de una vida que quien sabe si hubiera llegado a la cima de la gloria, estuvo siempre aderezada con ese enmarañado bosque de cabellos más enloquecidos que su propia razón, y esa barba arrancada de un lienzo de Velázquez. No. José López Lledín, antes de transformarse en «El Caballero de París» fué un muchacho de estilizada figura, de simpáticos rasgos en aquel rostro abierto, campechano y leal, de ojos vivos, ademán resuelto y carácter afable, servicial y correcto. Las propias lecturas de su infancia fueron creando, acaso sin él darse cuenta, una recia personalidad que sabía distinguir lo tosco de lo pulido, la ignorancia del saber y la lealtad de la bellaquería.

Sin titubeos, con paso firme, tratando de poner en su rostro infantil la seriedad de un hombre que tiene pleno concepto de la responsabilidad, sin usar de malas artes, el mozo gallego se enfrentó con su propio destino. Y trabajó, primero en todo aquello que estaba acorde con su delicada sensibilidad. Fué dependiente en una tienda de flores, en una librería, en el bufete de un abogado, pero eran ocupaciones que fatigaban en extremo y producían poco rendimiento. Alguien, al ver los modales casi exquisitos de José López Lledín, le apuntó el camino de buscar puesto en casinos, hoteles o restaurantes acreditados y lujosos. No era la servidumbre labor que agradase al galleguito de Villaseca. Pero la realidad de su cuadro de resistencia le hizo plegarse a ella, quizás esperando mejores tiempos en los cuales deslizarse a nuevas empresas de ancho acomodo para aquel barniz de intelectualidad de que muchos se mofaban y él acumulaba sin descanso.

Puede decirse que hay hoy una media generación de personajes cubanos que brillaron en los grandes círculos habaneros, en el mundo de la política, de las letras, de las finanzas y de las armas, que saborearon el placer de verse servidos por esa triste figura de hoy que todos conocemos por «El Caballero de París». Durante cinco años su silueta diminuta, encerrada en impecables uniformes, fué vista con agrado y simpatía, desenvolviéndose con soltura y amabilidad, en todos los comedores y salones de casinos, clubes y establecimientos de lujo de la capital. Cuando alguien quería una mesa bien atendida en la que nada tados, requería el concurso del mozo gallego, que jamás defraudó a sus opulentos clientes. Y como era callado, ocurrente, servicial y sabía poner a tiempo una frase galana en una réplica, comenzó a ganar dinero. Los, para él, cuantiosos ingresos no lo malearon; por el contrario, periódicamente hacía envíos a los viejos, atendía a las honestas diversiones de la hermana Inocencia los domingos y aún le sobraba para adquirir buena ropa y calzado con que engalanarse cuando las horas de su descanso le libraban del uniforme con que había de enfundar su humanidad. Era alegre, pero no dislocado. Le gustaban las fiestas pero no las orgías. Sabía saborear un buen tabaco sin esclavizarse en el vicio. Guñaba maliciosamente su mirada al cruzarse con una hembra arrogante, pero no extraviaba su juventud lanzándose por los riscos resbaladizos de aventuras en las que el deseo de la carne trae a los hombres peligros y situaciones de catástrofe...

#### CUANDO NADIE LO ESPERABA

La época más feliz de José López Lledín fué la de 1914 a las postrimerias del año 20. Posiblemente, en sus ratos de lucidez recuerde ahora con melancolía aquellos tiempos que pasaron. Domó su juventud, la encerró en el marco sano y agradable de los hombres cabales que buscan en el trabajo la liberación de sus preocupaciones materiales. Por aquel tiempo del verano de 1920, José López Lledín vivía en un modesto cuarto de cierta casa de la calle de Zulueña, que el inquilino, un viejo desconfiado y cascarrabias que se dedicaba a la venta de revistas y billetes de lotería, le había alquilado. Las relaciones entre el viejo y el joven eran normales. José pagaba puntualmente su alquiler, no daba guerra y sólo estaba en el cuarto a las horas de descanso.

Mientras así discurría la existencia del mozo gallego, muchos motivos de alegría le proporcionaron los tiempos; ganaba buen dinero; ayudaba a los viejos; y era querido por cuantos le trataban. A este caudal de satisfacciones fueron acumulándose las que comenzaron a proporcionarle hermanos y hermanas que periódicamente arribaban a las costas cubanas desde la aldea de Villaseca, a conquistar la América, como Ino-



2

cencia y como él. En La Habana se reunieron seis de la familia del Neño de la Corredolra; tres hombres y tres mujeres, todos hermanos. Y no fué circunstancialmente, porque hoy todos ellos viven, trabajan y se defienden honestos y pacíficos en esta ciudad de San Cristóbal de la Habana. Son cinco a preocuparse y angustiarse por la locura del infeliz Caballero de París.

Pero la fatalidad tenía marcado el final de las alegrías de José López Lledín. Cierta día del mes de septiembre de 1920, el viejo compañero de vivienda del mozo gallego, se revolvió contra él no se sabe si por celos de haber sido víctima de una trastada o corroído por la envidia de ver a José en el camino de un triunfo seguro.

Sin tener presente la conducta intachable de su compañero durante cuatro años de convivencia, su seriedad, su amor al amor y la tranquilidad que se reflejaba en todos sus actos, le acusó ante la Justicia de haberle robado, abusando de su confianza, una hoja de aquellos billetes de lotería con que él, a duras penas, lograba el mendrugo de pan para aplacar el hambre cotidiana.

Cuando José López Lledín se vió en la estación de Policía y acusado de ladrón, pareció que el mundo se le venía encima... Lívido, tembloroso, con los ojos llenos de lágrimas, no acertó más que a exclamar, dirigiéndose al viejo vendedor:

— ¡Es usted injusto y cruel...! ; Yo soy un hombre honrado, incapaz de una fechoría ni de una mala acción!

La emoción y sinceridad de aquellas palabras del mozo gallego no debieron llegar a la sensibilidad de algún jefe de carpeta del departamento policíaco que friamente, sin reparar en la hecatombe sentimental que iba a producir en una criatura, ordenó imperioso a un subordinado:

— Esposadlo y a la cárcel con él. Ya cantará la bribonada que ha hecho...

Y como un muerto vivo, José López Lledín marchó a la Loma del Príncipe, convertido en un espectro de dolor, desesperanza y tragedia.

Aquel día nació «El Caballero de París»...

Ya diremos en un próximo reportaje final el drama de esta desdichada criatura que es hoy en las calles de la Habana, motivo de jocosidad para los inconscientes, los ignorantes o los malvados.



# El Caballero de



Para ser "caballero" hay que tener dinero. Sin embargo, para tener dinero, muchas veces lo que más ayuda es no ser un caballero. Esto luce un acertijo en verso pero no es más que la pura verdad. Empero, para ser un "Caballero... de París" se requieren dos factores primordiales; un almacén de sueños y un depósito de piojos. El almacén de sueños se consigue estando loco que es la forma ideal del soñador absoluto, y el depósito de piojos se incuba durmiendo en los parques, aceras y portales a falta de un techo propio. Esta frase hecha resulta falsa en la mayor parte de los casos, porque nuestro techo es propio... del casero. Individuo que casualmente siempre desaparece cuando queremos hablarle de alguna reparación.

Otros elementos de importancia para encarnar un justo "Caballero de París" son un pintoresco atuendo y un exceso capilar. Su hirsuta cabellera tiene carácter de símbolo, no ya de abandono o de desaseo, sino a la típica usanza de aquellos hidalgos de nobles maneras y actitud gallarda que, florete en ristre, saldaban sus deudas. El pelo largo en la testa del varón ha sido limitado en nuestro tiempo a las cortes inglesas, y para eso en forma de peluca. La peluca es la dentadura postiza del calvo. Y como ella; se quita y se pone a voluntad del poseedor, sustituye la falta de algo que tuvimos de niño, y pasa la noche junto a nuestra cama, sobre una mesita.

La raída capa de nuestro espartano amigo nos recuerda los días infantiles; aquellos en que la imaginación nos convertía en el "Superman" de la pandilla... gracias a la sobrecama de mamá echada sobre los hombros. No obstante, la característica vital que refleja el conjunto relatado es un romanticismo rezagado. Diríase, equivocado de siglo. Un injerto de Quijote, sin Sancho y sin panza, en un mundo realista. Su conducta demente afrontando los gastos hechos en unión de sus amigos, negándose a transigir con cualquier tipo de prebenda, o, lanzando flores al pie de los monumentos, no

## POR DON RELES

puede ser cuerda, no puede ser normal; lo "sensato", lo "juicioso" es abramar al conocido con gallos tapados de relojes pulseras, pisotear los principios para obtener un gaje o utilizar el pedestal del patriota para "darnos un mate" con la novia de turno. Un defecto capital del personaje que nos ocupa es su tendencia a la poesía, ¿cómo concebir tal cosa si el tipo de verso que gusta es aquél que leímos una vez en el servicio del cine de barrio y que dice más o menos: En este lugar sagrado, adonde acude tanta gente...

El "Caballero de París" es tan típico del folklore nacional que si algún día —¡Dios no lo quiera!— dejásemos de verlo, nos haría el efecto del desplome del Morro o la supresión del Prado. ¡Qué sería de los vendedores de postales para turis-



## PATICAS DE GAR

ta  
pá  
Pa  
de  
so  
ch  
de  
m  
vi  
na  
ba  
ar  
It  
de  
m  
N  
y los garbanzo  
manera que lleg  
P la y enidando d  
li suaves, pero sin  
fe Una vez blan  
si cosas en una ca  
do te llana. Aparte  
q con los demás i  
d todo dejándolo  
te durante un rato

## HUEVOS

2 tazas de leg  
1 edas. mante  
2 edas. harina  
2 edas. queso  
1 eda. mantec  
1 yema huevo  
1/2 cebolla  
1/4 edta. nuez  
sal y pimí



# El Caballero de Paris

POR DON RELES

Para ser "caballero" hay que tener dinero. Sin embargo, para tener dinero, muchas veces lo que más ayuda es no ser un caballero. Esto luce un acertijo en verso pero no es más que la pura verdad. Empero, para ser un "Caballero... de París" se requieren dos factores primordiales; un almacén de sueños y un depósito de piojos. El almacén de sueños se consigue estando loco que es la forma ideal del soñador absoluto, y el depósito de piojos se incuba durmiendo en los parques, aceras y portales a falta de un techo propio. Esta frase hecha resulta falsa en la mayor parte de los casos, porque nuestro techo es propio... del casero. Individuo que casualmente siempre desaparece cuando queremos hablarle de alguna reparación.

Otros elementos de importancia para encarnar un justo "Caballero de París" son un pintoresco atuendo y un exceso capilar. Su hirsuta cabellera tiene carácter de símbolo, no ya de abandono o de desaseo, sino a la típica usanza de aquellos hidalgos de nobles maneras y actitud gallarda que, florete en ristre, saldaban sus deudas. El pelo largo en la testa del varón ha sido limitado en nuestro tiempo a las cortes inglesas, y para eso en forma de peluca. La peluca es la dentadura postiza del calvo. Y como ella; se quita y se pone a voluntad del poseedor, sustituye la falta de algo que tuvimos de niño, y pasa la noche junto a nuestra cama, sobre una mesita.

La raída capa de nuestro espartano amigo nos recuerda los días infantiles; aquellos en que la imaginación nos convertía en el "Superman" de la pandilla... gracias a la sobrecama de mamá echada sobre los hombros. No obstante, la característica vital que refleja el conjunto relatado es un romanticismo rezagado. Diríase, equivocado de siglo. Un injerto de Quijote, sin Sancho y sin panza, en un mundo realista. Su conducta demente afrontando los gastos hechos en unión de sus amigos, negándose a transigir con cualquier tipo de prebenda, o, lanzando flores al pie de los monumentos, no

puede ser cuerda, no puede ser normal; lo "sensato", lo "juicioso" es abramar al conocido con gallos tapados de relojes pulseras, pisotear los principios para obtener un gaje o utilizar el pedestal del patriota para "darnos un mate" con la novia de turno. Un defecto capital del personaje que nos ocupa es su tendencia a la poesía, ¿cómo concebir tal cosa si el tipo de verso que gusta es aquél que leímos una vez en el servicio del cine de barrio y que dice más o menos: En este lugar sagrado, adonde acude tanta gente...

El "Caballero de París" es tan típico del folklore nacional que si algún día —¡Dios no lo quiera!— dejásemos de verlo, nos haría el efecto del desplome del Morro o la supresión del Prado. ¡Qué sería de los vendedores de postales para turis-



tas sin la farola del Morro o de los pájaros del Prado sin el tradicional Paseo! Una Habana carente de todo esto es tan inconcebible como un solar sin chancletas de madera. La chancleta de madera, pariente pobre de la chinela de andar por casa, lo mismo sirve para ir al baño que a la vidriera de apuntación de la esquina a ponerle una peseta a la cachimba. Con pase para el ratón. Porque anoche tuvo una terrible pesadilla. Iba a sacar la cachimba del marido de la gaveta donde la guarda y al meter la mano le saltó un guayabito. No hay escache; el parlé está claro.

Es de notar en "El Caballero de París" su acendrada convicción religiosa. Fe pura que le induce a referirse a Dios en frecuentes ocasiones. A propósito de esto conozco de él una anécdota que ilustra hasta qué punto lleva su devoción. Cierta domingo por la mañana, a esa hora temprana en que le tiran el periódico y va a caer en el balcón del vecino de abajo, estaba "El Caballero de París" disponiéndose al baño. Salvo la palabra "baño" asociada a nuestro amigo nada anormal hay en lo dicho. Ahora bien, lo despampanante del asunto es el instrumento escogido para la ablución: un hidrante de la vía pública. Comenzó a despojarse de sus prendas y al ir por la camiseta intervino un policía. Que el agente del orden era recién llegado a La Habana, se puso de manifiesto cuando se hizo necesaria la explicación de los curiosos ocasionales para evitar que el "... de París" fuese a dar con sus huesos a la cárcel. Interesados todos (principalmente el vigilante) por conocer la causa de aquel afán de limpieza, el protagonista del espectacular incidente afirmó con voz serena: Esta agua me la brindó el alcalde para que yo me aseara antes de entrar en la iglesia.

Cuántas almas acuden al templo para humedecerse en la otra agua (la bendita) y no llegan ni siquiera como "El Caballero..." en el anterior relato a despojarse no ya de

## EL CABALLERO...

(Continuación)

las piezas exteriores pero tampoco de su equivalencia en el aspecto espiritual, o sea, los prejuicios, vicios y defectos más visibles... o de afuera. De afuera de toda norma ética. Son esos mismos que van a misa a desesperarse porque el sermón se dilata un poco y les demora el viaje a la playa. Ya van con camisas floreadas los hombres y pantalones las mujeres. ¡Qué inversión de sexos! También son los mismos que repiten todos los domingos: Tengo que ir a la iglesia temprano, pero no es el mismo "Tengo" del 'tengo que comer', producido por instinto, sino el del "tengo que pagar", pronunciado mecánicamente por deber. Por deber moral y por deber... lo que se ha comido.

Como colofón de estos ligeros conceptos sobre el iluso cruzado de atildadas maneras y gallardas acciones voy a hacerles una importante confidencia. Pero, proméтанme que no saldrá de los confines del mundo. ¿Convenido? Pues bien, ahí va eso: yo no tengo que envidiarle nada al "Caballero de París" porque soy, nada menos que, Napoleón Bonaparte.





## El Caballero de París

¡Un momento! que ya está aquí el más conocido y el más grande de nuestros personajes. Arrogancia y casticismo. Religión y laboriosidad. El Caballero de París vive de las plumas que teje. Por unos cuantos centavos reparte hilos de colores en el costado de una pluma y forma nombres y banderas o escudos. Ha tenido un fallo que no confiesa por orgullo: la mañana que declaró a Carlos Prío "Rey del Mundo por la Gracia de Dios" y a las 24 horas —madrugada del 10 de marzo del 52— tuvo que revocar el título para hacer Emperador al que madrugaba. Pero todos los grandes hombres tienen sus errores y el Caballero de París no será la excepción.

*Concepto*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



# VIEJAS POSTALES DESCONOCIDAS

## FAUSTINO DIEZ CAVIÑO

Por Federico Villach.

**L**OS «plumíferos» de aquel periodo que demarcan los años de 1887 a 1895, 96, etc., recordaremos siempre con honda simpatía a aquel eúskaro de recio y amplio busto, tez rojiza, barba negra terminada en punta, de eterno buen humor, amigo de todo el mundo, que gozaba fama de poeta fácil y sentido y que se llamaba Faustino Diez Caviño. Sobre todo, los asistentes diarios al teatro Albisu, a su café adjunto y a las corridas de toros que se daban en la Plaza de Regla y en la de la Calzada de la Infanta. Más de una vez ha surgido su nombre en los recuerdos del postalista, con motivo de los trágicos sucesos que se desarrollaban en las provincias vascongadas, durante la reciente guerra civil española; y más también de una vez hemos evocado su Virgen de Begoña, de la que el poeta, ferviente cristiano, era devoto.

Constituían un grupo inseparable Robillot, el popular director y actor cómico de la compañía de Albisu; Inclán, el dueño de la sastrería «La Isla de Yap», de la calle de San Rafael; Paco Cuesta, del almacén de ropa hecha «El Bazar Inglés»; Paco de Oro, repórter y cronista taurómico del periódico «La Unión Constitucional»; y Caviño: algunas veces se les agregaba Ernesto, hermano de Faustino, antítesis en todo, del poeta. Caviño era sobrino carnal, y muy querido, del prócer de la colonia el acaudalado comerciante y agente general aquí en la Habana de la Trasatlántica Española, don Manuel Calvo, hermano de Doña Rosario, la madre del poeta, que residía en la villa de Portugalete, próxima a Bilbao.

No vayas madre a mirar  
cuando triste el sol desmaya  
barco que llega a la playa...

Jamás hizo el inspirado poeta y correcto escritor eúskaro alardes de intransigencia política. Pensaba seguramente que así como ellos los vascos defendían y amaban sus fueros, tenían el mismo derecho los criollos de amar y defender sus libertades. Era amigo y compañero de giras y francachelas de los muchachos de la Acera; sobre todo, de su fraternal casi comprovinciano Saturnino Lastra, que pocos días después de la muerte de Faustino, ocurrida de repente en una casa de huéspedes de la calle del Obispo, el 11 de febrero de 1895, marchó a la manigua, llamado por el Grito de Baire, dado el 24 del propio mes y año. Casi todas las composiciones poéticas de Caviño están dedicadas a alguna importante personalidad cubana: a Montoro, a Enrique José Varona, a Miguel Figueroa, a Pichardo, a Carlos Noreña, etc., y entre sus trabajos escogidos figuran sus preciosos versos libres dedicados «A la Mujer Cubana».



Dirigía Gaviño la revista vasca «Laurac-Bat»; y en el célebre semanario de don Juan Martínez Villergas titulado «Don Circunstancias», llenaba una sección de actualidad con la firma de El A A—el autor anónimo—en la que con soltura y chispa poco comunes hacía el—hoy se llama réclame—juicio de los espectáculos del día. Sus ca'urosas gacetillas sobre la bella actriz de aquellos tiempos, Fernanda Rusquella, contribuyeron en buena parte al nombre y fama de la artista. En cierta ocasión, y con motivo de una velada que daba la citada artista su beneficio en el teatro Albisu, el poeta criollo Manuel Serafín Pichardo le escribió para que la cantara en unos couplets, una cuarteta que el monstruo de las cien cabezas—y ninguna al cabo—interpretó equivocadamente, siendo causa de que le diera a la artista un «meneo» como no lo había tenido aquella jamás en su larga vida de teatro. Gaviño, al día siguiente, le escribió en el propio couplet, otra cuarteta, diciendo que en su corazón tenía:

**En una mitad a España,  
y en otra mitad a Cuba.**

con lo que el monstruo desarrugó el ceño y le tributó a la tiple una ovación formidable, sacando ella entonces a escena a Pichardo y a Gaviño, que fueron ovacionados igualmente.

Durante largo tiempo fué Gaviño gacetillero del periódico de gran circulación «La Unión Constitucional», derrochando en aquella parte del periódico un rico caudal de donosas ocurrencias. La gacetilla era entonces una de las más leídas secciones de la prensa; y en el desempeño de ella se ocuparon acreditadas plumas como las de Casimiro del Monte, a quien siguió su sobrino Antonio; Fernando Costa; Ormaechea; Salvador y Jacobo Domínguez; López Briñas; Gaviño; y el más modesto de todos, un servidor de ustedes. Los reyes magos, en forma de agradecidos y acaudalados comerciantes, llenaban de numerosos y espléndidos regalos, en Pascuas y Noche Buena, la despensa de aquellos gacetilleros; y no es exagerado asegurar que tenían con ellos suministro para todo el resto del año. La gacetilla era una institución. Entonces no había en un periódico más que dos personas de importancia: el director y el gacetillero.

Con el recuerdo de Gaviño viene a la memoria del postalista el de muchas de sus bellas composiciones poéticas; y, sobre todo, el de aquella que titulara «Herencia», y dedicó a su hermano y colega en inspiración Manuel S. Pichardo. Es primordial objeto de estas postales evocar lo bueno y grato de los tiempos idos—que no creemos mejores, desde luego, que los presentes—y los versos de aquel poeta de verdad, sin trucos ni engañifas merecen esa distinción. Dicción clara y limpia, novedad y trascendencia en el fondo, y elegancia en la forma, eran las virtudes que avaloraban las producciones poéticas de Gaviño. Dicen así los versos a que nos referimos:



**HERENCIA**

Dicen, y con razón, sabios autores,  
que ninguno da más de lo que tiene;  
cada cual muestra bien de donde viene:  
de sapos, sapos; y de flores, flores.  
El hijo es siempre lo que el padre ha sido,  
que al darle vida, en él se ha dilatado...  
ni adelante, ni atrás; el engendrado  
es el engendrador reproducido.

Hay excepciones, meras excepciones,  
por el ambiente, la ocasión o el sino;  
no siempre mata el que nació asesino,  
ni roba el descendiente de ladrones.

Mas, del vil, viene el vil; del bravo, el bravo.  
Y por tan dura ley, a que obedece,  
del látigo al chasquido se estremece  
el nieto libre del abuelo esclavo.

Otra de las producciones poéticas más popularizadas, y que más gustaron, de Gavilño, fué la que escribió con el título de «El Correo»—carta íntima. Entonces el vapor correo que procedente de España llegaba a la Habana cada diez o quince días tenía una importancia excepcional. Hoy llegan todos los días por el mar y el aire vapores y aviones de todas partes; pero entonces la llegada del vapor correo de la Península era el acontecimiento del día. En él venían los Índices del Ministerio de Ultramar, quitando y poniendo empleados de la administración colonial; trayendo remesas de periódicos, revistas y libros, que esperaban con febril curiosidad los intelectuales; y sobre todo, aquella correspondencia familiar que el emigrado aguardaba con todas las ansias de su corazón para saber de la madre, de la esposa, de la novia, del terruño, en fin; e inspirándose en ello escribió Gavilño su carta íntima titulada «El Correo», de la que no podemos resistir a la tentación de reproducir algunas estrofas como éstas:

¡Llegó el correo! ¡Bendito día!  
¡Con qué impaciencia yo lo esperaba!  
¡Cuánto tardaba, querida mía!  
¡Cuánto tardaba!

En los antojos de mis deseos,  
un año, un siglo, fué cada instante,  
hasta que vino por el correo,  
tu carta amante.

¡Y no te rias! Guardo los sellos,  
y el sobre guardo con ansia loca;  
porque, sin duda, se hallaron ellos  
junto a tu boca.

¡Dulces mensajes! ¡Cartas benditas!  
Cuando las leo tu voz escucho;  
yo solo ansio que me repitas:  
«¡te quiero mucho!».



**Con estas líneas mi alma recibe.  
Y ¡por el cielo, cumple mi encargo!  
¡Quiéreme mucho, mi bien, escribe,  
largo, muy largo.**

Apenas vió la luz pública en el semanario «Laurac-Bat», que dirigía Gaviño, esta bellísima composición, se hizo tan popular, que la reprodujeron todos los periódicos, y se recitaba en reuniones y veladas de los círculos e instituciones literarias de mayor importancia. Había entonces una joven poetisa, hija de la ilustre escritora doña Martina Pierra y del conocido educador y jurisconsulto doctor José de Poo, que se llamaba Juanita de Poo, y era una de las más entusiastas admiradoras de Gaviño resultando un encanto oírle recitar los versos «El Correo» del genial poeta eúskaro.

El arte de la recitación que hoy, como si dijéramos, se ha puesto al alcance de «todas las fortunas», constituía en aquellos tiempos un don especial del que sólo disfrutaban algunos, muy pocos, iniciados, que casi podían contarse con los dedos de una sola mano. Basábase, no obstante en él, el encanto y la más fina distracción de las reuniones familiares y de las veladas literarias. De aquellos recitadores, figuraban en primera línea, el culto literato Aniceto Valdivia, el príncipe de la clase, al que daba gusto oírle recitar «La Palmada», del escritor portorriqueño Zeno Gandía; y escogidos fragmentos del teatro clásico español; a Pichardo, que decía con acento impecable «El Idilio», «El Vértigo» y otras composiciones de Núñez de Arce, a quien el poeta villareño rendía pleito homenaje; a Lola Rodríguez de Tió y a su culta hija Patria, que recitaban de modo magistral «El Tren Expreso», las más popularizadas doloras de Campoamor y el canto al «Niágara», de Heredia; Casal, que alternaba con sus versos, los de Verlaine, Mallarmé y otros decadentes, y el «Vaso roto», de Proudhon, en la perfecta traducción de José Antonio Cortina:

**El vaso donde yace esa verbena  
de un golpe de abanico fué rajado;  
más golpe que por blando no resuena,  
apenas dejó el vaso lastimado.**

y todo ello sin ese tono quejumbroso y plañidero que se puso de moda más tarde, sino con el robusto, o viril, o tierno, o de elevación patriótica que las composiciones exigían. Más tarde Rubén Darío y Santos Chocano ofrecieron en el Ateneo recitaciones de su «Marcha Triunfal», el primero, el segundo de «Los caballos de los conquistadores»; y el dulce poeta venezolano Florez encantaba en las visitas recitando sus madrigales y sentidas rimas. Calvo, el brillante primer actor español amenizó una de sus temporadas en el Teatro Nacional con recitaciones, en los entreactos, de parlamentos escogidos de las obras de Marquina, Viallespesa y otros autores; y por último, se inició



va definitivamente como «espectáculo público», la recitación profesional, con el debut en los teatros habaneros de González Marín y de la incomparable Berta Singerman. Repasando los títulos de las composiciones poéticas que citamos, y de otras como «La carta», de Peza, y los nocturnos de Acuña y Silva, puede formarse una idea del fondo espiritual de aquella Habana ochocentista...

Gaviño trae a la mente el recuerdo de una Habana plácida y alegre; ignorantonía y feliz; de temporadas de ópera y compañías dramáticas en el viejo Tacón; de alegres charlas en el café de Albisu y en el restaurant El Casino; de bailes de Irijoa; de paseos por la Acera del Louvre; de excursiones nocturnas a la Chorrera; de corridas de toros en las plazas de Infanta y Regla; de cenas bohemias en la bodega de Alonso; de «asaltos» y «noviazgos», de la muchachada en los barrios de Colón, Monserrate, etc.; de bulliciosas redacciones de periódicos sin maquinillas; pero con muchas «plumas»: raro era no encontrar a Gaviño en algunos de estos sitios con su enorme nomenclatura Paragás entre los dedos, y puesto a leerle a algún amigo el último de sus sonetos que había escrito aquella mañana, el «Jay Alay»; «A una criolla»; «A mi madre»; o aquel que se hizo célebre y popular, y que le inspiró «El sitio de la Aduana por el Capitán General Excelentísimo Señor Sabas Marín y González», título de película de una película vivida en aquellos tiempos de «chocolates» y «filtraciones». Y vamos con el argumento de la película.

Nuestra Aduana de la Habana tiene ciertos resabios, de los que al parecer viene padeciendo, desde que en tiempos de Don Diego Velázquez empezó a funcionar la primera, siglos ha. Mas que departamento recaudador del Fisco, diríase una enorme cocina en la que desde antiguo viénense condimentando succulentas cacerolas de chivo asado. En tiempos de la Colonia, y durante el mando del Capitán General de la Isla, Excmo. Sr. Sabas Marín y González, de 1886 a 1889, se denunció un cargamento de seda y otras mercancías, que osaba «pasar la reja» sin abonar los correspondientes derechos aduanales. «La Lucha», «La Fricción», «El Pueblo», de Reyneri, y demás periódicos opositoristas, pusieron el grito en el cielo; y Faustino Diez Gaviño, haciendo uso de su penna satírica, escribió el siguiente oportunísimo soneto que alcanzó, como es de suponerse, la popularidad más completa. Helo aquí:

**MORALIDAD**

(Fábula Administrativa)

En la Isla del Barril, un gobernante  
se sintió tan moral una mañana,  
que pretendió moralizar la Aduana  
de un día para otro y al instante.  
«No ha de quedar aquí ningún tunante  
—dijo— a quien yo no zurre la badana,  
porque no he de dejar costilla sana  
ni a empleado venal ni a comerciante». b  
Y formando marciales batallones,  
gritó: —;Fuera ladrones, y ojo alerta;  
que ni uno quede aquí de esos bribones!  
La orden cumplióse, si la historia es cierta;  
mas dieron en salir tantos ladrones...  
que la Isla del Barril quedó desierta.

Téngase en cuenta que se trataba de la Aduana,  
como si dejéramos, «descolorida», de aquel entonces;  
y de la administración, como es sabido, poco  
recomendable de la Colonia...

Gaviño no se las daba de poeta; pero lo era a  
pesar suyo. Poeta en sus versos; en su vida y en su  
muerte: puesto que expiró inesperadamente de una  
congestión cerebral; que no viene siendo al cabo  
más que una inspiración en grado superlativo.



## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

### LOS NEGROS VIEJOS.

Por Federico Villoch.

**H**AY personas que por sus años, sus íntimas relaciones con sujetos de importancia y renombre en nuestra historia social y política, sus actuaciones, más o menos directas, en acontecimientos de nuestros anales patrios; ya por ser ellos mismos protagonistas de sucesos de gran renombre, se revisten de una excepcional importancia, y pueden considerarse como archivos vivientes y verdaderos monumentos históricos. Existían, hace una treintena de años más o menos, viejos ejemplares de la raza de color que habían sido esclavos de nuestros títulos nobiliarios más esclarecidos, y se tenía la costumbre para averiguar el número de sus años preguntarles qué Capitán General mandaba en Cuba cuando ya ellos tenían uso de razón. Si el interpellado contestaba que Dionisio Vives, ya era sabido: poco más o menos pasaba de los 85 años; si decía que el General Tación, rayaba en los noventa y pico; y así sucesivamente los gobiernos de Roncaly, Someruelos, Manzano, etc., servían de jalones para estimar de un modo aproximado, aunque seguro, la edad del interlocutado.

En nuestra familia tuvimos un ejemplar de esos con la «negra Pilar»—Pilar Peñalver—que murió en 1902, ya para cumplir el siglo. Era criolla; pero hablaba el lenguaje de «nación» de sus padres, que eran carabales. Nuestra abuela paterna, doña Javiera Elorza, se la compró a los Condes de Peñalver, que vivían en la calle de la Amargura, frente a la iglesia del Cristo; era en aquella casa lo que entonces se llamaba la «negrita de abanico», la que le echaba fresco a la señora, y que siempre era escogida entre la servidumbre por su bonito cuerpo y buenos modales. Hasta avanzada edad conservó la negra Pilar la gallardía de su alta estatura y los modos corteses que había adquirido en casa de aquella noble familia. Fué criada de mano de nuestras tías carnales Javiera, Teresa y Cristina, y después, manejadora de los hijos de ésta última, a cuyo arrimo quedó hasta sus años postreros; hablaba de los grandes saraos de aquellos tiempos que se celebraban en el Palacio del Gobernador de Matanzas, y en el del Capitán General de la Habana; del horroroso temporal del 70 en Matanzas daba los más horribles pormenores, los carretones de ahogados por las calles, etc. También hablaba de la muerte del general Etna, en Cárdenas, en un combate con Narciso López; de la prisión de éste y la conducción de los «filibusteros» prisioneros a Matanzas, de quienes decía que era gente lo mismo que le demá. Hablaba de Serrano, de Dulce, de Jovellar, de la caída de Isabel II, del general de aquí Don José de la Concha, que no la aceptaba, y seguía gritando en las paradas: ¡Viva la Reina Doña Isabel!

Ya bastante vieja, fué cuando aprendió a leer en el popular semanario «La Caricatura», como ella decía, teniendo especial encanto en leerles a los hijos de su Señora Doña Cristina las historietas cómicas que, como se recordará, publicaba aquel periódico en sus márgenes. For la noche, terminado su trabajo—sacudir los muebles, barrer la casa, servir la mesa—calábase sus grandes espejuelos de fuertes aros de plata, y se ponía a leer atentamente los sucesos de policía que publicaba el «Alcance» de la MARINA. Ya decrepita, no le faltaron las mayores atenciones y cuidados; y fué llorada y acompañada en su entierro por los supervivientes de la familia; y duerme en el Cementerio de Colón su último sueño, en terreno propio, para que nadie la moleste. Tiene su modesta bóveda al lado justamente, del Panteón de don Antonio San Miguel, fallecido en estos días.

Pasados los ochenta, veíanse a menudo, todavía después de la guerra de independencia, por las calles de la Habana vieja, alrededores de Palacio, antiguo convento de San Francisco donde se halla hoy el Correo, San Ignacio, Mercaderes, Oficios—zona de la antigua nobleza habanera—dos negros vestidos siempre de paño color oscuro, tocados con aquellos bombines que se llevaron hasta últimos del pasado siglo, y finos y correctos en su manera de conducirse y expresarse, respondiendo el uso al nombre de «Diago» y el otro al de «Lombillo», por las antiguas familias a quienes habían pertenecido. Ambos en sus treinta se habían dedicado al oficio de «dulceros de casa particular», retirándose, ya con bastantes años, y con el capitalito suficiente para recordar, sin «amargura», aquellos sus buenos tiempos de magos del azúcar. Cuando se les tocaba la tecla, destapaban el tablero y había que oírles hablar de los banquetes, los saraos y las fiestas de las casas de Ajuria, Fernandina, Montalvo, Calvo, Bayona, Ibáñez, Lombillo, etc., que ellos habían servido; y de los ramilletes tocando de altos con el techo, y con un angelito clavado en la cúspide, que entonces se usaban; y de las fuentes de «bocados de la Reina»; y de las salvias de «piononos», «gazzanigas» y panelitas y yemas dobles, que eran para chuparse los dedos. El cake americano hecho de espuma dulce amarilla, vino a reemplazar el sabroso y alimenticio pudding familiar, que se hacía en casa. «buding» que se decía. A cual de los dos hablaba más «amerengado y meloso», recordando el buen gusto de aquellas familias, y el rumbo de sus bautizos, sus bodas y sus santos.

Aseguraban que la suya era una época más «golosa» que la presente. El criollo típico, «comelón de dulce», había desaparecido a fuerza de cocktails americanos. Dulces que hoy son vulgares, entonces hechos por lo fino, eran según ellos, cosa rica; el cusubé, los platícos de arroz con leche con su canela en polvo por arri-

ba, las tacitas de tembloroso majarete, las dulceras de «mala rabia», la misma «melcocha y raspadura de flor», y hasta la «cantúa», que se daba de contra en las bodegas, y el succulento «pan de maíz...»

Si se le argüía a algunos de ellos, que hoy también se venden, por ejemplo el «pan de maíz», el viejo dulcero, herido en su amor propio, ripostaba en el acto con el calificativo aplastante: — Sí, señores; pero ese de hoy es un pan de maíz... comercial.

El negro Lombillo, ya en sus postrimerías, usaba una frase para justificar el «triunfo de lo moderno», y por lo tanto la quelebra de su negocio y de su vida, que pronunciaba con el acento del pesar más profundo:—¡La química! ¡La química!

Diago se hacía lenguas hablando de la Infanta Eulalia, a la que tanto le agradaban los dulces del País, sobre todo, el dulce de leche a la criolla, que según ella, no lo había conocido hasta venir a la Habana.

Hablando de aquellos hombres de color, hay que destinarles un puesto honoroso en la lista a aquel que todos querían y respetaban, que se llamaba Genaro Laza, también gran repostero y cocinero, en 1890, que lo fué más tarde del Presidente Don Tomás Estrada Palma, después de servir, antes de la guerra, en casa de don Francisco Rodríguez Acosta. En 1895, Genaro fué de los primeros en irse a la manigua. En la Paz trabajó en su oficio en una popular dulcería que abrió en la calle de la Zanja, y luego en «El Anón del Frado», reuniendo al cabo de una vida laboriosa un buen dinero con el que levantó en la calle 9 del Reparto de Almendares una bonita casa de dos plantas, cuya fabricación dirigió el experto arquitecto Gustavo Urrutia. Genaro Laza estaba casado con la hermana de Estenoz, aquel rebelde que le dió tan serios disgustos a José Miguel. Genaro no llegó a viejo, puede decirse, porque murió años después de cumplir los cincuenta; pero fué su vida tan laboriosa y rica de experiencias, que pudo ilustrar a sus conculdadanos acerca de muchos pormenores, referirles muchos incidentes pintorescos de nuestra alocada vida criolla, y hablarles largo y tendido sobre muchas personas y sucesos.

—¡Ah, Don Tomás!—solía decir Genaro—. ¡Las veces que yo ví al pobre viejo sentarse pensativo a la mesa, y no probar un bocado!...

Tenemos la sinceridad de confesar que hemos experimentado siempre por esos «monumentos» la más profunda simpatía, no exenta de interés práctico. Supóngase la gran admiración, y el profundo respeto que hacía fines del pasado siglo experimentaría un visitante del Hotel de Inválidos de París, por los viejos veteranos de Napoleón I, que allí se hospedaban aún, y podían referir interesantes detalles de las hazañas de aquel genio militar. Lo propio acontecía aquí cuando un veterano del 68 nos refería detalles de las principales batallas de aquel período glorioso, como el rescate del general Sanguily, por aquel centauro inmortal

tal que se llamaba Ignacio Agramonte...

Ahora acaba de derrumbarse otro de esos monumentos históricos nuestros, Antonio San Miguel, que ha muerto a los 86 años, guardador de las historias más interesantes que puedan referirse a nuestro último ciclo revolucionario. Llegado a Cuba a los 16 años, cuando mandaba, según sacamos en consecuencia el general don José de la Concha, podía contar cosas interesantes de aquel período. De vuelta de nuestro primer viaje a España, y con motivo de un capítulo titulado «Barcelona», de nuestro libro de viaje titulado «Por Esos Mundos», que vió la luz en 1892, San Miguel nos demostró afecto y simpatía, visitándolo nosotros cuando se curaba de la herida que le produjo en un brazo su rival Santos Villa, director de «La Discusión», en el duelo a sable que sostuvo con este periodista. Muchos e interesantes detalles nos contó de la vida política de aquella época—el Intendente Olivares, Secretos del Bandolerismo, Marín y la Aduana, etcétera—, que serán motivo de futuras «Viejas Postales Descoloridas».

Nuestro querido tío político, Francisco Menéndez, de quien recientemente nos hemos ocupado en nuestra postal sobre pesca «La Puntilla», también era allí en sus últimos años una postal histórica que consultamos a menudo con la curiosidad e impaciencia de un chiquillo que le gusta que le hagan cuentos. Nuestro tío llegó a la Habana procedente de Asturias a los diez y ocho años de edad, y precisamente el año 1851, en cuyo mes de septiembre, como es sabido, fué agarrado en la explanada de la Punta uno de los primeros y más decididos precursores de

la libertad de Cuba, el General Narciso López. Ya puede suponerse la encendida atmósfera moral que se respiraba en la Habana el día 10. de septiembre de dicho año 51, con motivo del terrible acto que iba a tener lugar, y que se esperaba con la natural curiosidad y zozobra tratándose de un hombre de aquella importancia. Narciso López había sido traicionado en las Pozas por un tal Castañeda, quien pagó más tarde su villana acción muriendo de un tiro que le dispararon por la espalda a la sazón que jugaba una partida de billar en el café Marte y Belona, situado en la calle de Amistad frente al Campo de Marte. Un público enorme corrió a la citada explanada para contemplar el agarramiento del valeroso revolucionario y Menéndez, que era un joven, como dijimos, de diez y ocho años, ávido de emociones, se fué «con Vicente y con su gente», a ver aquello...

Ya con años, y emparentado con nuestra familia, cuando le consultamos como una postal histórica, Menéndez nos refirió varios detalles del suceso. Narciso López marchaba al suplicio rodeado de frailes, hermanos de la Paz y Caridad y de tropes, sereno, paseando una mirada altiva sobre la multitud que había ido a verle morir, y entre la cual él suponía que estaban muchos de los que le prometieron—de boquilla—ayudarle en su empresa. Subió los escalones del fatídico tablado; y ya en el banquillo siniestro, oestás





las manos del verdugo en la palanca... el joven Menéndez experimentó una horrible angustia, y cayó al suelo desmayado; siendo conducido por varios de los presentes, para que le prestaran los auxilios del caso, al café más próximo. Cuando volvió de su desmayo, ya terminado el acto del garrote, se encontró en un cafetín que se llamaba «El Alba», situado en la calle de la Cárcel esquina a la del Morro.

—¿Y después?—le interrogamos, cuando acabó de referirnos el interesante suceso.

—Después...

La segunda y última parte del cuento no nos la pudo hacer nuestro tío: le estaba reservado hacerlo a su sobrino el postalista. Justamente cincuenta años más tarde, una mañana del mes de junio de 1901, Menéndez sufría otro desmayo en el Paseo del Prado, a pocos metros de donde en 1851 se había levantado el cadalso para Narciso López; y también fué auxiliado por unos amigos, y llevado sin conocimiento a aquel mismo café «El Alba»,—que ahora en 1901 era de su propiedad—con la sola y triste diferencia que esta vez no volvió de su colapso; y se quedó en él para siempre. ¿Puede haber algo más novelesco, misterioso e interesante que el desenvolvimiento de los años...?

Un negro llamado «Nongo», durante mucho tiempo «amasador» en la antigua Panadería «El Diorama», sita en la calle de Consulado, y propiedad de don Manuel Torafío, fué uno de los que ayudó a conducir al joven Menéndez, desmayado, en 1851, al cafecito «El Alba»; y también, dos años más tarde, fué testigo del agarramiento en el propio lugar de la Punta, del igualmente célebre revolucionario Don Ramón Pintó. Ya pasados sus ochenta, «Nongo» refería interesantes detalles de las ejecuciones de Narciso López y de Pintó, y de ésta última decía que el reo iba vestido con pantalón de dril color de ceniza con rayitas negras y levita color lila; y que de vez en cuando, según avanzaba hacia el garrote miraba para el lugar de la Plaza de Armas, como si tuviera que hacerle inculpaciones al general Concha que lo ocupaba.—agregando, con marcada intención—y que son su compadre».

«Nongo» acostumbraba a obsequiar todos los años, el día 31 de agosto, San Ramón, a la familia de Pintó, con una gran coca amasada por él con todo esmero, recibiendo su correspondiente regalo. Igual hacía en Año Nuevo con varios Manueles, entre ellos, su amo, el señor Torafío, y don Manuel de Coro, rico comerciante importador con Gratarós, Barraqué, Pepe Cano y otros, del tasajo que se recibía de Montevideo.

Cuando allá por el año 80 y pico se decretó la abolición de la esclavitud, la Habana se inundó de pobres «negros viejos» que, en su abandono, se veían en la necesidad, para sostener la vida, de implorar la caridad pública. Algunos de ellos pensarían acaso en el amo generoso que abre

la jaula, y le da libertad a sus pájaros, exponiéndolos a la inclemencia del tiempo, la lluvia, el granizo, la tempestad; y a las persecuciones y los ataques del cernícalo, el buitre, el gavilán y sus demás enemigos naturales. Allá por los «almacenes» no se podía dar un paso sin tropezarse con enormes caravanas de ellos; entonces los comerciantes movidos de un alto y noble impulso de piedad, se reunieron y fundaron el «Asilo de la Misericordia», detrás del Centro de Dependientes; y allí fueron aquellos infelices recogidos y auxiliados con largueza, ayudando todo el comercio mensualmente unos con dinero en efectivo; otros con ranchos de víveres; aquéllos con remesas de ropas, frazadas, etc., al sostenimiento de la piadosa obra.

También hasta 1917, 18 y 19, etc., veíanse aún por las calles comerciales de allá abajo, frente a la Lonja, cerca de los muelles, alrededores de la Aduana, algunos «negros viejos» que hablaban con encomio y respeto de las grandes razones sociales, algunas de las que ya habían desaparecido, tales como: J. Rafecas, Alonso Jauma, Villaverde, Larrea, Lastra, Muñíz, Lezama, Juan Loredo, Garín, Elías Miró, Coro y Quesada, Antonio Chicoy, Menéndez, Mantecón, Torregrosa, etc., en cuyas casas habían servido como caleseros, carretilleros, cocineros, cargadores, criados de mano, teniendo no pocos reservados, en su ancianidad, un plato en aquellos almacenes, mientras se sostuvo en los mismos la costumbre de comer en ellos su empleomanía y dependencia; y había que oír la disputa en broma que sostenían al encontrarse, sobre quién era más viejo, si el dueño o el criado, el primero asegurando que cuando vino de España ya se había encontrado al segundo un negro «chévere con su cumbila» y todo; aseverando el segundo que era todavía un «negrito bitongo» cuando el caballero ya se ensortijaba el bigote. Y aprendía la danza en casa de Pastora, en la calle de Crespo, con lo que ambos se remozaban el espíritu...

En nuestra postal sobre pesca, en que hablábamos de Menéndez, también lo hacíamos de su amigo y compañero de afición Pablo Orella, que era asimismo otra «postal histórica»; y de las más interesantes por cierto. Orella era, el año 1871 al que nos vamos a referir, un joven navarro de veinte a veintidós años que se había dedicado al oficio de marinero y tripulante en aquellos bergantines y goletas que hacían el servicio de cabotaje en nuestras costas. Siempre tuvo fama de mozo, de rebelde, y de hombre de ideas independientes. Había escogido aquella profesión de marinero para «vivir libre de los compromisos y de las ideas de tierra»—reproducimos sus palabras—«Cuando los amigos y paisanos le tenían a mal su benevolencia con los separatistas y autonomistas cubanos, más de una vez le oímos contestar con los sinceros arranques de su tierra, su pintoresca pronunciación vascuence, y su concordancia vizcaína:

—Pero ¡Otra!... ¿No están allá «chal-



pelgortis» por Somorrostro, Elorrio, Bilbao, Eibar, Luchana y más, a balas y cañones, para defender fueros y libertades?... Pues, ¿por qué no luchar ellos también aquí por Independencia? ¡Pues...!

Fué también otra fecha de luto y dolor para la Habana, el 25 de agosto de 1771, día en que fué pasado por las armas en el Foso de los Laureles de la Cabaña el poeta cubano, complicado en la revolución, Juan Clemente Zenea. La gente acudió en grandes masas a aquellas alturas, a contemplar el espectáculo. Era una «fiesta» que se celebraba bastante a menudo. Orella recordaba y describía aquel cuadro, veinte años después, como si hubiese tenido lugar el día antes, y aún lo estuviere viendo ante sus ojos. Zenea abandonó la capilla ante un ensordecedor redoble de tambores. Se le veía sometido a su destino. Caminaba con seguro paso. Al enfrentarse con el numeroso grupo que había acudido a la Cabaña a contemplar su suplicio, se fijó, insistentemente, en Pablo Orella, colocado en la primera fila ante aquella masa conmovida y silenciosa. ¿Qué vió el poeta en el rostro de Pablo Orella, que le inspiró confianza? ¿Qué secreta voz le habló en aquel supremo instante y le animó a desprenderse de sus gafas, y entregárselas a aquel mozo, para él desconocido, diciéndole:

—Toma, muchacho; haz por que lleven estas gafas a poder de mi esposa, que vive en Nueva York. Gracias; y hasta el Valle de Josefat. (Auténtico).

Orella guardó las gafas debajo de la pechera de su camisa, y se juró cumplir al pie de la letra el sagrado encargo del poeta-mártir. La triste comitiva continuó su marcha hasta el lugar en que se hallaba formado el cuadro siniestro. Se le extimió al reo arrodillarse, porque presentaba varias llagas en las rodillas...

Entre las goletas y bergantines que hacían el viaje de Nueva York y atracaban a los muelles de Paula y San Francisco, Orella, ayudado por el negro «Dingo», viejo cocinero de la goleta en que él trabajaba, y que hablaba de corrido el inglés por haber sido mucho tiempo estivador en Pensacola, lograron encontrar un hombre de confianza que se hiciera cargo de la misiva, ya cerciorados de la dirección en Nueva York, de la viuda de Zenea. Orella no descansó hasta no tener en su mano las pruebas de que su sagrada misión se había cumplido.

En el «Diario de un Mártir», escrito por Zenea durante los días de su cautiverio, se leen unos versos que el poeta promete corresponder con el amigo o la persona que después de su muerte tienda su mano, o le haga un favor, a su hija o a su esposa; y dice

... ..  
Yo saldré del sepulcro solitario;  
y al buen amigo le daré las gracias.

Pablo Orella—imbuido en sus creencias,—juraba y perjuraba, hasta el día de su muerte, ocurrida el año 1921 que, después de cumplir su sagrada misión... Zenea había venido muchas veces a darle las gracias.

x x x

Todavía hasta el año 1920, existían, y se veían por ahí, aunque en escaso número, dado el peso de los años, algunos de aquellos «negros viejos» que podían habiarnos de Plácido de Narciso López, de Pintó, de Zenea; de la que se llamó la «Batalla de Ponche de Leche»; del ataque y asalto a la casa de Aldama, donde se instaló la Audiencia, y después la fábrica de tabacos «La Corona»; del motín de los Voluntarios contra el General Dulce; de cuando empezó el periódico «La Lucha», que tuvo varios nombres, entre ellos el de «La Palanca»; de cuando fundó «La Discusión» el popular periodista y gran abogado don Manuel Márquez Sterling—abuelo del Presidente de la Constituyente—, el de las cáusticas «Actualidades» célebres en la historia del periodismo habanero; y aun conocimos algunos que recordaban la proclamación, aquí en la Habana, de la Constitución Española del año 1836...

Claro que a viejos llegamos todos; pero ellos tienen más vigor, y pasan la línea de los cien sin gran esfuerzo. ¿Qué familia cubana de mediano pasar, no ha tenido uno en su servidumbre, que deje de recordar con cariño? Esos NEGROS VIEJOS son guardadores, cursos vivientes de nuestra Historia Cubana antigua, ante los cuales debemos descubrirnos con respeto.



## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

### MODOS DE VIVIR.

Por Federico Villoch.

**U**NO de los artículos más vigorosos, y plenos de atinadas observaciones, y que más han perdurado en el recuerdo de sus lectores infinitos, no cabe duda que es el titulado «Modos de vivir que no dan de vivir», del genial costumbrista y satírico español «Figaro», Don Mariano José de Larra, el cual nos ha inspirado este nuestro titulado «Modos de vivir que daban para vivir», y que, como todos los que incluimos en estas colecciones de postales descoloridas no llevan otro propósito—no siempre logrado—de despertar, en lo posible, en la memoria de nuestros benévolo lectores, los gratos recuerdos de nuestra pasada existencia. Aparte los profesionales, los potentados, los artistas y artesanos, los empleados del gobierno y particulares, los sablistas y vagos de oficio—que son los que han encontrado el «modo de vivir» más fácil y cómodo—ha habido siempre una serie de pequeñas profesiones que han llenado los anhelos de un gran número de mortales. No hay nada más relativo que las necesidades de los hombres, ni tampoco se reconoce mayor dicha que la de aquel que se conforma con poco; aunque el credo de los ambiciosos le haya hecho creer lo contrario: también tiene su poesía la pobreza.

Fuimos compañeros aquí en la Habana, en el «oficio» de autores teatrales, de un nieto del ilustre «Figaro», de Luis de Larra, hermano del notable actor cómico D. Mariano, hijos ambos del aplaudido y fecundo autor don Luis Mariano de Larra, y primos de los hermanos Montemar, corredores de Bolsa, dos caballeros muy conocidos y apreciados en nuestro viejo mundo bancario—menudos de cuerpo, muy simpáticos, vestidos corrientemente de impecable traje blanco—hijos de Baldomera, la única hija que dejó Larra, y que también residió aquí en la Habana algún tiempo. También cultivamos la amistad del actor Don Mariano, cuando estuvo entre nosotros como director de la compañía Larra-Balaguer, que funcionó en el teatro Nacional, y después director de una Academia de Declamación que duró poco. A todos estos Larra, lo que les faltaba de estatura, les sobraba de simpatía y talento.

Entre las obras teatrales de Luis de Larra, se destacó su zarzuela en un acto «La Trapera», en cuyo desempeño se hacía aplaudir aquí en la Habana la artista Luisa Obregón, que no habrá ciertamente olvidado nuestro público: puede decirse que el nieto copió de su abuelo, para asunto de su obra «La Trapera», aquellos párrafos en que el genial escritor la describe en su artículo «Modos de vivir que no dan de vivir», y entre los

que se destacan estas observaciones que revelan la pluma fácil del autor de «El Castellano Viejo» y tantos famosos artículos de costumbres. «La Trapera», por lo regular, decía «Figaro», antes por supuesto de serlo, ha sido joven, y aun bonita; muchacha, fría buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera obscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un «lindo» de la calle de Toledo se encargó en sus verdores, de hacerse creer, etc., etc. La vejez por fin vino a sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades; el hambre le puso el gancho en las manos, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana: ¡Ay infeliz, de la que nace hermosa!

Aquí no se conocía «La Trapera», pero sí «El Trapero», por lo corriente un chino, que iba con su gancho y su saco al hombro revolviendo los cajones de basuras, y llamando en las casas para comprar los trapos viejos y venderlos después en las fábricas de papel de Puentes Grandes. Las mamás asustaban a sus muchachos majaderos, diciéndoles que «el chino se los iba a llevar en el saco», así que los chiquillos huían, medrosos, al verlo llegar por la calle.

Muchos de los modos de vivir que según «Figaro» no daban de vivir, subsisten aun en Madrid; pero nosotros, en lo que a lo nuestro atañe, vamos a referirnos especialmente a aquellos que ya han desaparecido; por ejemplo, al italiano calderero, especialista en «remaches». Desde que los congresistas los hacen y los legislan a su antojo, y cuando les conviene ¿qué iba a hacer el infeliz pailero napolitano, sino retirarse, en vista de su inutilidad, modestamente por el foro? El italiano pailero se anunciaba por las calles, repicando con un martillo, unas veces sobre un sartén viejo que llevaba, otras, sobre una paila de las que entonces se usaban, cuando se hacía en casa el lavado de la ropa, para hervirla. Por lo general estos italianos eran calabreses, a diferencia de los que vendían estatuitas y muñecos de yeso—«¡Santi, Boniti y Barati!»—que eran florentinos. Pareja con el pailero existía «el componedor de bañeta», que llevaba una colgada al hombro, repicando sobre ella con un palillo; desapareció cuando los trenes de lavado al vapor hicieron innecesarios sus servicios.

Un modo de vivir que daba más que otros, según el crecido número de sus adeptos que se veía en la ciudad: «El Barquillero». ¡Qué contento entre los niños chachos, cuando sobre las cinco de la tarde, oían aproximarse el alegre repicar del barquillero en su triángulo anuncia-

dor! ¡Qué cuadro más animado en el Farque, cuando la turba infantil rodeaba la roja caja de los barquillos, y se los ponían en las puntas de los dedos, para comérselos uno a uno! Los más gritaban ¡La Ruleta! ¡La Ruleta! Pero también los había que no confiaban el medio de la mamá o la abuelita a los caprichos de la fortuna, sino que lo gastaban con cautela: seguro que éstos llegaron a alguna parte. Los vendedores de duro frío y de indigestas torticas de Morón, acabaron con los barquilleros.

Aunque subsisten en la actualidad, queremos también cederle un hueco en esta postal a dos modos de vivir que daban de vivir, en aquel tiempo: al botellero, y al amolador, que llevaron a la escena vernácula aquellos dos inolvidables artistas del género, fallecidos ambos, Arquímedes Pous y Raúl del Monte; este último lo sacaba en la obra de Saragacha, «Mefistófeles», que se ponía en el teatro Irijoa; y el primero en sus trabajos de variedades, en Alhambra y otros teatros. Raúl cantaba al son de una cadenciosa música:

El amolador  
muele navajas,  
que sí señor,  
cuchillos de mesa  
y de lo mejor.

Arquímedes, empujando su carretilla de botellas vacías, cantaba:

Compro botellas  
casco e ginebra,  
pomo de duse  
melocotón.

Con uno y otro alternaba en el favor del público, y se buscaba la vida a su modo, aquel negrito «Serafín», que iba por las calles en un tricículo, adornado de banderitas, cintas y otros colgajos, y llevando en unos cajoncitos, adosados a la máquina, ejemplares de décimas callejeras, estampas, almanaques y novelas policíacas de Conan Doyle, Salgari y otros autores del género. «Serafín» vestía un saco color gris, y se tocaba con un bombín en no muy buen estado. Aseguraba tener una pensión de Menocal, que estaba entonces en la Presidencia, por «difundir la ilustración entre el pueblo». Llevaba delante del tricículo un cartón con un letrero en grandes y negros caracteres que decía: «La Biblioteca Ambulante». Existían entonces dos fábricas importantes de dulces: «La Alianza» y «La Fe»; y se llamaban «particulares» los vendedores callejeros de dulces que no procedían de esas fábricas, sobresaliendo entre ellos un

dulcero muy popular llamado «Cucharita», un moreno que siempre vestía de blanco, algo barrigón, y que hacía cuentos en alta voz, simulando que lloraba porque «la mujer lo había dejado por otro que tenía más dinero»; y terminaba cantando: «Tanto tienes tanto vales» — «El amor entra por la cocina». Su pregón, muy característico, decía: «Aquí está «Cucharita», que vive en Jesús del Monte, donde cantan los sinsontes». No hay que olvidar los burreros que paseaban sus burras de leche por las calles, comiéndose aquéllas los papeles y cuanto les tiraban los muchachos. Era frecuente que los pillos callejeros al verlas, dijeran: —Ahí va la directiva del... Y al punto, la contestación obligada del burrero.

Otros modos de vivir que fueron el sostén de varias familias, hasta que las industrias, en mayor escala, las obligó a sucumbir con su despiadada competencia: las fábricas, domésticas, de escobas, plumeros de pita, cajitas para fósforos, y caramelos para uso de las farmacias. Era conocida una familia muy hacendosa a la que se le llamaba «las carameleras», que hicieron un buen dinero con esa industria. Hasta hace poco existió el vendedor a domicilio del «jarabe de güira cimarrona, para el pecho». El carro de los panes ya no se ve por las calles, y el que desee algunos de ellos tiene que irlos a comprar a ciertos y determinados cafés que son ya los únicos que los venden. También han desaparecido los vendedores de bastones, o sea, los que vendían escogidos troncos de madera del país, para fabricarlos; pero quedan en cambio los «paragueros», quizás como una velada alusión en ciertos casos. El «zapatero remendón» aun existe; pero ha cambiado de nacionalidad; antes, casi siempre, era gallego, o del país—como el de la obra bufa de Sarachaga «El Baile por Fuera»—hoy indefectiblemente es polaco. Ningún inmigrante como éste para adaptarse a los usos y costumbres del país, con mayor rapidez y perfección; de tal modo, que a los dos o tres años de residencia entre nosotros, habla y discute de pelota como el más acabado beisbolero criollo; y ellas cantan sones y bailan la rumba, como cualquiera Rita Montaner de casa.

Un tipo muy popular y corriente en la Habana de aquellas épocas, era el «aguardador de barrilito», que vivía de despachar el entonces precioso líquido de Vento, en algunas casas, cuando aun no se había inaugurado el Acueducto. Asturiano o gallego, más bien lo primero, vestía burda camisa de grueso hilo; pantalones de pana de color indefinible, los mismos acaso



que había traído al desembarcar en la Habana; ancho y mugriento sombrero de fieltro; envuelto el vientre en una faja de seda que había sido roja, y media lo menos par de kilómetros de larga. Llevaba el barrilito al hombro, del carretón a la tinaja de la casa, cubriendo el agujero por donde salía el agua con un tapón que se ajustaba a aquél mediante un cuadrado de negro cuero, ya casi destruido por el uso. Además de aguador, era garrotero al cinco y diez por ciento mensual, según el pelaje del deudor. Manuel Mellado, autor y actor bufo de fama y gracia, sacaba a escena este tipo en una de sus obras, interpretándolo él mismo, y presentándolo en una casa cuyo inquilino le había solicitado un préstamo de diez pesos. Convenida la operación, en principio—como cualquier empréstito de millones al Estado—el aguador iba lentamente, vuelta tras vuelta, desprendiéndose de la mugrienta faja, entre cuyos últimos pliegues guardaba la no menos mugrienta cartera de los menudos, preguntándole al necesitado, antes de sacarlos a luz:

—Bueno, amijo, y ¿esto, quién lo jaran-tiza.

—Hombre—contestaba el otro—yo tengo un sueldo en el Municipio, y...

—¿Monectio?—saltaba rápido, *The Export and Import Bank*—no me conviene.

Y volviendo a enrollarse la faja, esta vez más de prisa, se echaba de nuevo el barril al hombro; y se iba por el foro con su acostumbrada pachorra, entre las maldiciones del empleado y las carcajadas del público, que se reía a mandíbula batiendo del aguador, del infeliz chasqueado y del Monectio.

Otro busca vidas de aquella época muy pintoresco, y que seguramente recordarán muchos lectores: *El Catalán de las Butifarras*. Muy aseado y limpio, con su eterna americana de alpaca y su bombín a la moda, llevaba su mercancía al resguardo de un maletín de mano, convenientemente envuelto en una blanca servilleta, sirviéndolas y cortando las ristras con limpios cuchillos y tenedores de brillante plata. Se anunciaba pregonando con su discreta voz de barítono, y cerrado acento provincial:

**Butifarras catalanas  
bonas, bonas, bonas,  
de Vich y de Tarragona.**

Contaba con una escogida y fiel marchantería, entre la que despachaba sus exquisitas butifarras en unas pocas horas de la mañana; hasta un día en que, sino rico, bien forrado, al menos, se embarcó para su tierra, «a beber el agua al pie del coco».

Buenas se las fiamos a los postalistas del futuro, para el día que traten este tema de los menudos vendedores y compradores callejeros del presente: vendedores y compradores callejeros del presente: vendedores de lápices, de limones, de duro frío, de almanaquitos del Obispado, de paqueticos de navajas para afeitarse

en casa, de peines que detallan a pares por una nada, de folleticos conteniendo los últimos tangos argentinos de Simona Simon, Libertad Lamarque, Tito Guizar y demás cantantes de moda; vendedores, en fin, de cuanto pueda venderse. Los descoloridos de la primera intervención recordarán a muchos que empezaron vendiendo lápiz y cabos de pluma, por la calle del Obispo; y años después estaban en condiciones de comprar la dicha calle de punta a cabo, y no de pluma.

El «copista de teatro», cuando los había, era también otro modo que ayudaba a vivir a algunas personas, destacándose entre ellas el viejo Castel, que era apuntador y copista al mismo tiempo. Sacaba copias de los libretos de los autores vernáculos, con sus papeles, y también de partichelas para las orquestas teatrales, siendo en todo ello una notabilidad por su magnífica y clara letra española. A esta especialidad se agregaba la de los pintores de cartelones y letreros, entonces no tan abundantes como al presente, destacándose en esos menesteres el viejo actor cómico vernáculo Enrique Castillo, que los hacía primorosos, así en lienzo con tintas de colores, como con yeso, en los escaparates de los cafés. Los pintores de ínfima clase que hacían los cartelones, reproduciendo, como anuncio llamativo, alguna culminante escena de la obra, ganaban por su trabajo hasta tres pesos, de modo que con tres o cuatro cartelones a la semana, reunían un jornal aceptable.

Y ya entre carteles y telones, un recuerdo amable para aquellos modestos hijos de Talía que, ora tomando parte en las funciones dramáticas con que obsequiaban algunas sociedades de recreo y adorno a sus asociados; ora, sumándose al cuadro que iba de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, recreando a sus moradores con escogidas interpretaciones de dramas, comedias y juguetes; ora, «haciendo un bolo» en alguna compañía de importancia, a causa de la repentina indisposición de algún artista de la misma; un recuerdo, decimos, para el actor profesional, bueno o mediano, al que en aquel tiempo no le faltaba nunca un pedazo de pan que llevarse a la boca, ganado con el noble desempeño de su arte...

Nos viene a la memoria, envuelta en un hábito de poesía y ternura, la viejecita vendedora de muñecas, hechas por ella misma con perfección y elegancia, y las que iba proponiendo a su infantil marchantería, de casa en casa y de paseo en paseo. Lo más atrayente de ella era su sonrisa de resignada, su vocécita suave, respetuosa, reflejo de la buena educación que había recibido en sus buenos tiempos, y la pulcritud de su pobre, viejo traje, que denunciaba un bienestar pasado, destruido por la desgracia. Según los trajes y atavíos de sus muñecas, así las llamaba por los nombres de Panchita, Margarita, Pepillita, la Señora Condesa, la Señora Marquesa. Las vestía con telas del tiempo antiguo que le regalaban y recogía por las casas, foular, sedas rameadas, gros,

nipes, y otras que ya no se usaban. Ninguna muñeca de París de Francia, del más puro biscuit, igualaba la gracia y la consistencia de las suyas. Tenía un tino tan delicado y certero para dibujarles el rostro, que, con unas solas puntadas de hilo de seda rojo, negro, o verde, las hacía sonreír o mirar altiva o dulcemente. En nuestra obra vernácula «El Encanto de las Damas», llevamos a escena el tipo de la «viejecita vendedora de muñecas», interpretándolo aquella genial e inolvidable artista nuestra, Eloísa Trías, de tan acertado modo, que le arrancaba al público lágrimas y aplausos. Los que conocieron el tipo en la realidad, lo veían

exactamente reproducido, resucitado, con todos sus más pequeños detalles, en la genial creación de la artista vernácula, que nunca será bastante llorada por los amantes de nuestro viejo teatro criollo. Vamos a reproducir algunos fragmentos de la escena entre el dueño de la tienda y la viejecita vendedora de muñecas, para completar en lo posible la evocación de esa figura, tan popular en aquella Habana ochocentista, que, los que la conocieron y amaron, no olvidarán tan fácilmente:

—Buenos días tenga usted.

—¡Más muñecas!

—Sí señor;

pero éstas son un primor

de gracia.

—Si ya se vé.

—Y baratas.

—Claro está;

sino no las vendería; porque las niñas del día no quieren muñecas ya.

—Sin embargo, antes de ayer le traje algunas docenas, y ya le quedan apenas cuatro o cinco.

—Puede ser.

—Que las niñas me decía no quieren muñecas?

—No.

—¿Y qué quieren?

—Qué se yo.

—Modernismos.

—¡Qué herejía!

—Aunque sea extraordinario no he dicho una extravagancia.

—¡Qué va!... La infancia es la infancia,

aunque digan lo contrario. Puedo con datos cabales hablar de los niños.

—Ya.

—Tengo nieta.

—Mas será...

—Igual, todas son iguales.

—Mas deje que le demande dos o tres más pesetitas; con las muñecas chiquitas he de vestir a la grande.

—No han valido mis desvelos; pero si no puede ser, ¡paciencia! ¿qué se va a hacer? ¡le compraré caramelos!...

Aquí la concurrencia aplaudía con fuerza y entusiasmo. La artista saludaba emocionada. Pero el aplauso era en ocasiones tan insistente, que la intérprete se veía en el caso de sacar al autor, quien salía de su mano, a saludar a su público... Como «el barquillero»; como «el italiano remachador de pailas y calderas»; como los «fabricantes domésticos de escobas»; como «el preparador de jarabe de güira cimarrona»; como «el catalán de las butifarras», y demás recursos y ocupaciones que hemos descrito anteriormente, el oficio de autor teatral cubiche ha desaparecido; y de él no quedará en breve ni el más borroso, «descolorido» recuerdo: he ahí también otro modo de vivir que daba para vivir, en aquel tiempo, con desahogo y decencia.

Ahora tenemos un nuevo modo de vivir, con el que no habíamos contado nunca: «los vendedores de Constitución». Una cosa que nos costó un ojo de la cara; y ya la están pregonando por las calles a diez centavos...

En nuestra anterior postal MODOS DE VIVIR, entre otros populares vendedores de aquella época, a que hacíamos referencia, citamos al conocido en toda la Habana por el «Catalán de las butifarras», de cuyo nombre no nos fué posible acordarnos en el momento de escribir dicha postal. Por teléfono, una amable señorita nos participa, desde Puentes Grandes, donde vive, que se trataba de su padre don José Grau, quien además tenía un puesto de aves, que atendía con su consorte, en la Plaza del Vapor. Nos complace esta aclaración, por la que verán nuestros lectores que nuestras postales se inspiran siempre en hechos y personajes de la realidad.—F. V.

# El Yerbero

por Federico VILLOCH

**A** HORA, que por circunstancias del momento, el precio de la mayor parte de las medicinas se ha puesto por las nubes y que, además, se duda de la veracidad de muchas de ellas, el yerbero y sus yerbas curativas están imponiéndose otra vez al público, como en aquellos «tiempos de antes», en que le hacían a la farmacopea tan ilícita como—para ellos—provechosa competencia. Todo vuelve. Ha vuelto el negro viejo «ño Nicanor», vendedor especialista de la «doradilla» para curar los males del hígado, portando su inseparable paraguas blanco, nuevo Hailé Selasié, a recuperar su imperio callejero de Abisinia. Ha vuelto el apergaminado pardo Don Evaristo, último ejemplar de su raza india de Oriente, a ofrecer de puerta en puerta sus macitos de «guisazo de Baracoa», y sus botes del maravilloso jarabe de güira cimarrona para curar la «tisis del pecho». Ha vuelto la parlanchina vieja isleña Doña Guadalupe, nueva Reina de Saba, a ofrecernos sus resinas olorosas, sándalo, etc., y sus fantásticos tesoros curativos para dominar las más rebeldes dolencias. Han vuelto, en fin, a florecer en los mercados—Único, Vapor, Polvorin—como jardines babilónicos de profusos y complicados enramajes, los puestos de yerbas medicinales, orgullo de la botánica criolla y sonrojo de la química moderna...

A lo que diría un sabio yerbero:

—Verdad que de esos yerbajos salen las más acreditadas patentes farmacéuticas. Venas inagotables de las boticas; pero, «el agua hay que beberla al pie del coco; el calamar hay que comerlo en su tinta, y la cimarruda hay que aprovecharla en su propia selvática bejuquera».

Cada época cubana ha tenido su yerba específica determinada, de moda, como si dijéramos: el caisimón, la yerbabuena, el bejuco ubí, la peonía, la yagruma, etc.; como cada período político su caudillo: Masó, José Miguel, Menocal; todas y todos prometiendo curar los males de la patria y de sus ciudadanos. A veces, una circunstancia afortunada pone en auge una yerba, y ya «en el grito», se aplica sin resultado favorable a todas las dolencias, venga o no a cuento; y lo propio sucede con el político de cartel, cuya plataforma no suele responder siempre a las verdaderas necesidades del «cuerpo» social, porque, como decía el sabio Don Felipe Poey: Bueno es el culantro, pero no tanto...

De yerberos populares recordamos el negro viejo conocido por «Pata de Palo», que acostumbraba a hacer su recorrido por los barrios de Colón, La Punta, San Lázaro, en los que contaba con una buena marchantería. Hablaba de sus curas famosas, como un médico o curandero de nombre de las suyas. De algunas aseguraban sus admiradores que eran milagrosas. Los bodegueros de esos barrios y abonados a sus quintas regionales, cansados de los fracasos que en ellas sufrían, a última hora se refugiaban en la ciencia de «Pata de Palo», y ellos eran los primeros en propalar que habían obtenido resultados a todas luces positivos.

Por «allá abajo», «por los almacenes», la que tenía más fama era «la Mulata Isidra», que vivió toda su vida—1885, 90, 93, etcétera—en una accesoria de la calle de Curazao, próxima a la de Luz, detrás del Colegio de Belén; pero ella, además de yerbera, era curandera y preparadora de las «chichas», «beberajes» y «tisanas» que les recetaba a sus enfermos, no pocos de las clases más elevadas y pudientes: se asegura que una muy alta autoridad de la Colonia le prestó oídos para curarse de un eczema rebelde que padecía en una pierna. Llegó a los ochenta años, y se dice que cuanto ganó, y ganó mucho, lo distribuyó en limosnas; siendo ferviente devota y gran protectora de San Lázaro; y se decía en su abono que nunca entró en ninguna «cura fea». Refiérense de «la Mulata Isidra» frases ingeniosas y pintorescas. Cuando se hablaba de que una persona era algo alocada, fantástica, proyectista, decía «que con unas hojas de higuera en la cabeza se le curaba la locura». De ella es la frase que los antiguos empleaban como el único remedio para curar el catarro: «Sebo y rincón».

En una época—1889, 90-92—la visitaba con frecuencia el simpático médico bohemio, de nuestro grupo de «El Figaro» y «La Habana Elegante», doctor Benjamín de Céspedes, quien en vista del gran éxito de su libro «La Prostitución en La Habana», pensó escribir «La Brujería en La Habana»—que no llegó a terminar—para documentarse, pero acabó por suspender sus entrevistas, diciendo que nada sacaba de ellas porque la curandera le había resultado muy «científica». Benjamín era tan ocurrente como culto: encantaba oír sus diálogos con Ramón A. Catalá, el inolvidable compañero de «El Figaro», fallecido recientemente, y también como Benjamín, dado a la broma y al chiste,

como lo demostró en los principios de aquel semanario y durante largo tiempo, escribiendo la crónica de entrada del mismo, con el título de Cris-Cris, al estilo de Luis Taboada, del «Madrid Cómico». En su obra incompleta «El Gorrion», Benjamín hablaba de los infinitos menurjes y brebajes que se hacían en aquel tiempo con yerbas—romerillo, cundiamor, euca-liptus—para curarles el vómito a los españoles recién llegados. Otros yerberos conocimos, como Don Frollán, un pardo dominicano abastecedor de los laboratorios clandestinos donde se fabricaban, entre otras patentes acreditadas y de gran consumo, la «Zarzaparrilla de Bristol», el «Licor de Brea»—no el acreditado del doctor González—, hecho a base de distintas resinas, quinas y vinos curativos, productos de infusiones de «Palo de Campeche» y otras raíces, e infinitas variedades de tinturas para el cabello y ungüentos maravillosos que hacían crecer el pelo; siempre se le veía con un gran lío de papel de periódicos debajo del brazo: «la materia prima», decía él.

Barrido por una «razia» que llevó a cabo el gobierno de la intervención americana de Magoon, contra esos embaucadores—atendiendo quejas de los droguitas extranjeros—desapareció de Cuba Don Frollán, juntamente con algunos de aquellos droguitas de pega que lo favorecían: en una de las plazuelas más céntricas de La Habana existió por largo tiempo un laboratorio, bajo la dirección de un doctor profesional, harto conocido, que ni los más renombrados de Nueva York, París, Londres, etc., en cuyas paredes exteriores leíanse en grandes cartelones, a ciencia y paciencia de las autoridades sanitarias, los nombres de los artículos farmacéuticos que allí se fabricaban, en colaboración con el yerbero Don Frollán y otros; al doctor se le siguió un proceso, y el laboratorio fué clausurado...

No sabemos si aún viven y pregonan sus bejuco y yerbas salutaríferas por Vives, Pefialver, Gloria, Omoa, Pila, Estévez, Domínguez y otras calles de Jesús María, Tallapiedra, El Matadero, etc., el «negro Lino», que contaba con una buena clientela entre los bodegueros jóvenes de aquellos barrios, por su especialidad en yerbas amorosas y su fama de experto «componedor de bilongos». El casi centenario «Calunga», oriental, del valle de San Luis, que vivía en Concepción de la Valla, y se vanagloriaba de haberles «cortado la fiebre» en el monte a Masó, Cebreco, José Maceo, Periquito Pérez y otros libertadores conocidos. El negro setentón «Nicasio», que con sus débiles piernas en paréntesis recorría a diario las barriadas de Monserrate, Colón y Punta, conduciendo a ambos lados de las caderas sendas canastas cargadas de yerbas, mientras lanzaba al aire su pregón característico: —¡Mejorana!... ¡Yerbabuena!... ¡Doradilla!...

Corrientemente, todos estos yerberos, con el peso de las canastas, tenían las piernas cedidas.

Durante años fuimos fieles devotos de Nuestra Señora la Doradilla, que bebíamos como agua común, y gracias a cuyas probadas virtudes medicinales logramos sanar de una molesta afección hepática que padecimos en los comienzos de nuestra juventud, favoreciéndonos, al desaparecer, con este buen humor, fuente de tolerancia y paciencia, de que hemos disfrutado, a Dios gracias, y esperamos seguir gozando en lo que nos resta de vida: creemos en la doradilla, como aquel personaje de una comedia de Vital Aza «creía en Dios; y en el bicarbonato de sosa»...

Hasta hace poco existió en el patio de la Estación de Cristina, del Ferrocarril del Oeste, un mercado único de yerba, frente al otro Mercado Único de todo, con sus «filiales» por aquellos alrededores, al que acudía todas las mañanas La Habana entera a hacer sus compras: las ciguateras e indigestiones que el uno procuraba, el otro las extinguía con sus higueteras y culantros: no obstante, la Sanidad ordenó su desalojo, «para que no dijeran los turistas».

El más exquisito té del mundo no puede compararse con una infusión de yagruma y caña santa—y mejor si se le añade unas gotas de limón—muy recomendable, además, para combatir la presión arterial. Entre los antiguos era grande el número de los que sustituían el café con infusiones de yerbas aromáticas, la de la «caña santa», sobre todo; y al presente algunos lo hacen con la del anís, gran estimulante de las funciones digestivas; ni nada hay tan sabroso y reconfortable como una taza de cocimiento de hojas de naranja. En los ya lejanos días en que dialogábamos con la musa y escribíamos versos, abusábamos del café de tal modo que nos vimos en la necesidad de abandonarlo por completo, así como el cigarro y el tabaco; sin que en lo adelante notásemos su falta; si bien nos agrada estar al lado de un buen fumador, para aspirar el rico aroma de la hoja vueltabajera. Como se dice vulgarmente, «nos conformamos con el olor».

Nuestro pariente, el rico comerciante Francisco Menéndez Pérez, de quien por distintos motivos nos hemos ocupado varias veces en estas viejas postales descoloridas, curó radicalmente en su juventud de una rebelde enteritis que lo tenía al borde del sepulcro, gracias a una cazuela de cimarruda, o cimarruba, que le compusiera la parda Tomasa, esclava cuartada, a la que, agradecido, le regaló cuatrocientos pesos para que acabara de obtener su libertad, consignándole, además, en su testamento, un buen legado.

Pepe Cano, antiguo y rico comerciante importador, tasajero, también curó de una tenaz afección a la vejiga con unas tomas de «pelusa de maíz» que le recomendara otra yerbera famosa; y así muchas personas conocidas, entre ellas, el renombrado médico Benito Valdés, que vivió largos años, 1880, 89, etc., en los altos de la casa Amistad, esquina a San José, quien se hacía lenguas proclamando a los cuatro



vientos las virtudes de la «manzanilla romana», estomaquicas y febrifugas. Para el gran clínico cubano, natural de Islas Canarias, doctor Cabrera Saavedra, no había como la infusión de raíz de altea—baños, enemas, etc.—, de la que se extrae el malvavisco, planta histórica a la que en un tiempo se le atribuyó la «curación de la tisis»; y aquí del guachinango: —Pues, ¿y quién sabe, señor?

El puro yerbero es el de la ciudad; el del campo cae generalmente en los dominios de la brujería.

Hay yerbas que parecen benditas por las mismas divinas manos del Señor: en casa de nuestros abuelos—los nuestros y los de ustedes—no faltaba nunca el «agua de grama», que se tomaba por agua común; ni en los canteros del jardín del patio el jazmín de cinco hojas, cuya infusión aleja el pertinaz insomnio; ni en los muros de la azotea, los cajoncitos de tierra colorada con la mata de albahaca, de la yerbabuena, de las hojas de yantén; yerbas familiares que nos acompañaban en sus macetas y recipientes hasta en las mudanzas de casa, como un mueble más, y con todos los cuidados de un miembro querido de la familia... ¡Aquellos antiguos patios criollos, fantásticos jardines de ensueño, donde se respiraba el aroma

mezclado de todas estas yerbas y flores: el de nuestro amigo Juan Gratacos, en su casa de la calle Real, de Guanabacoa; el de Francisco Gimeno, en la suya de la calle del Río, en Matanzas; el de Pepillo Montalvo, en la calle de las Virtudes, en La Habana; los de Jorrín y Fernández de Castro, en el Cerro, y tantos que recordarán nuestros lectores!

En el trayecto de Playita a Dos Ríos—12 de abril—17 de mayo de 1895—cuenta Máximo Gómez en su diario, que le iba mostrando a Martí el sinnúmero de yerbas medicinales que producen los campos de Cuba, a las que sólo se atienden nuestros campesinos para la curación de sus enfermedades. Como hombre de campo, tanto como de guerra, que era, Máximo Gómez las conocía todas, y se las iba citando a Martí en sus marchas a pie y a caballo, en una larga lista en la que, entre otras, figuraban: el itamo real, la yerbaluisa, la cimarruba, la yerbabuena, el rompezaragüey, la caña fístula, la malva, la vicaría blanca, el romerillo, la yagruma, el cordobán, el tomillo, la mejorana, la salvia, el saúco, la caña santa, la dora-dilla, el guisazo de Baracoa, el perejil, el cundiamor, la artemisa, la grama, el yantén, la higuiereta, el palo de Jaboncillo, el tilo verde, el bejuco ubí, el bejuco de boniato, la fruta bomba, el marañón y sus semillas, el culantro, la yaguama, la sabina, el braslete, las hojas de sen, la yerba mora, para las afecciones de la garganta; el mastuerzo, para los riñones, etcétera.

Después, Martí, tiene ocasión de citar algunas de estas yerbas en su diario, con sus aplicaciones correspondientes, como se verá a continuación:

«Va y viene ligera—dice, refiriéndose a Caridad Pérez y Piñó—le chispea la cara; de cada vuelta trae algo más, café, culantro de Castilla, para que cuando tengamos dolor de estómago por esos caminos, mastiquemos un grano y tomemos agua encima. Trae limón».

«En un grupo hablan de los remedios de la nube en los ojos: agua de sal—leche del itamo, «que le volvió la vista a un gallo»—la hoja espinuda de la romerilla bien majada—«una gota de sangre del primero que vió la nube»—. Luego hablan de los remedios para las úlceras: la piedra amarilla del río Jojo, molida en polvo fino; el excremento blanco y pelado del perro, la miel del limón: el excremento cernido y malva».

«Vi hoy la yaguama, la hoja fénica que estanca la sangre, y con su mera sombra beneficia al herido: «machuque bien las hojas y métalas en la herida, que la sangre se seca». Las aves buscan sus sombras».

«Que la sabina olorosa como el cedro, da sabor y eficacia medicinal al aguardiente. Que el té de yagruma, de las hojas grandes de la yagruma, es bueno para el asma».

«Está muy turbia el agua crecida del Cen-tramaestre, y me trae Valentín un jarro hervido, en dulce, con hojas de higos».

«Artigas, al acostarnos, pone grasa de puerco sin sal sobre una hoja de tomate, y me cubre la boca del nacido».

«Preparan purgas de higuieretas para los enfermos».

«A César le dan agua de hojas de guanábana, que es pectoral bueno y cocimiento grato».

—Como ve usted—le dijo Máximo Gómez a Martí al dar por terminada aquella instructiva e interesante excursión herborística—los pródigos campos de Cuba ofrecen las más variadas yerbas medicinales para sanar cuantas dolencias puedan atacar a sus hijos.

Le faltó al buen viejo—nuestro Yerbero amado—dar con aquella que logre curar el afán politiquero y el ansia febril de enriquecerse a toda costa y sin escrúpulos, que domina a no pocos de ellos.

Hoy, el pacífico y buen yerbero que nos brindaba la salud y la vida con sus cargas de mejoranas, romerillos, yagrumas, etcétera, va desapareciendo lentamente, desplazado por ese competidor avieso y solapado que se interpone en su camino para vender la yerba siniestra del crimen, del suicidio, de la locura, esa yerba maldita que está acabando con nuestras juventudes; cuyo solo nombre horripila pronunciarlo, y que ni una sola vez menciona el dulce Apóstol en su diario; porque ella, y otras yerbas malas, vinieron después...

## Vive en la Indigencia y con las Piernas Anquilosadas el Andarín Félix Carvajal

Por CELSO T. MONTENEGRO

Un hombre modesto que en un tiempo, a su manera, supo darle días de gloria al nombre de Cuba y ponerlo muy alto con sus triunfos internacionales, vive hoy en la indigencia librando el diario sustento con las limosnas —pues más que propinas son limosnas— que alguna que otra alma caritativa le hace a cambio del pobre servicio que su cansada humanidad presta a los concurrentes a la Acera del Louvre, abriendo portezuelas de autos y trayendo y llevando algún que otro recado.

Nos referimos al otrora célebre andarín Carvajal, cuya resistencia y ágiles femos le captaron varios primeros premios en más de una capital europea. Félix Carvajal y Souto el héroe olvidado, vive en la indigencia, y carece de los recursos más necesarios para su subsistencia; el hombre de las piernas de hierro, no podrá exhibirse más por las calles habaneras, como lo hizo 59 años, durante los cuales, más de una generación de cubanos, le contempló y aplaudió; los músculos anquilosados de sus piernas y la fractura de una costilla mal compuesta, le impiden definitivamente continuar su larga carrera.

¡El andarín Carvajal, que ganó grandes carreras de resistencia en los Estados Unidos, Alemania, Francia, España, Italia y que fue condecorado personalmente por el ex rey de España Alfonso XIII, se encuentra demandado en desahucio por no haber abonado el alquiler de una habitación por la que sólo paga cinco pesos mensuales!

### Caballos que no Resistieron

Deseosos de conocer sus actividades hablamos con Carvajal, que nació en 1866 y cuenta 76 años. Cuando aún no había cumplido los 16 años, en San Antonio de los Baños, en una típica fiesta criolla, co-

rrió por primera vez, con un caballo. El equino después de varias horas no pudo aguantar y desfallecido se rindió; así fué como Carvajal descubrió que había nacido para andarín.

Después de ganar unas competencias con el cubano Palmer, el primero de los Presidentes de Cuba, Don Tomás Estrada Palma, de su peculio particular, le sufragó los gastos para que fuera a competir por Cuba a Estados Unidos, y, efectivamente, ganó la famosa carrera de San Luis; de ahí partió a New York, marchando a Alemania donde se vió sometido a una de las pruebas más difíciles. Se habían inscripto 33 corredores. Toda la alta sociedad de la Alemania de entonces, se había dado allí cita, y ante el asombro de los espectadores Carvajal, que lucía una pequeña bandera cubana adherida al brazo derecho llegaba el primero a la meta.

De nuevo en la patria recibió de sus compatriotas todos los honores a que era merecedor. Hizo una prueba más; dos de los mejores caballos del comandante Menéndez, fueron seleccionados para una carrera de resistencia con Carvajal. Los muchachos de la Acera del Louvre prepararon la pista: de La Habana a Gijónes. Para los habaneros no era posible aceptar que Carvajal pudiera salir airoso de esa prueba; empero la famosa Loma de Candela, hizo desistir de la veloz carrera a los dos caballos que destrozados físicamente no pudieron subir la cuesta; mientras, Carvajal los observaba atentamente y reía... había obtenido otro de sus grandes triunfos.

Los mejores periódicos de Cuba reseñaron el éxito de nuestro compatriota, y lo relacionaron con el que obtuvo en Alemania.

En la Exposición de Milán ¿Cuántas medallas y copas tiene, señor Carvajal? preguntamos.

"Medallas, muchas. Por cierto que no las uso ya, porque algunas personas se rien de mí, cuando me las pongo. Así es la vida. Ahora, bien, no se lo diga a nadie, tengo una famosa copa de plata, empeñada; la necesidad hace esas cosas".



¿Qué lugares de Europa recorrió?

"Estuve en la Exposición de Milán, Italia. Por primera vez un atleta cubano se inscribía en esas competencias; y triunfé ampliamente. Obtuve una respetable cantidad de dinero en metálico y una copa. A esas justas concurrieron grandes corredores, pero tuve la suerte de ganar el primer gran premio. Así recorri la mayor parte de Italia, en exhibiciones". Cuando nos habla de esta etapa de su vida, en las pupilas del gran Carvajal, se asoma una lágrima, que trata en vano de disimular.

¿Existía mucho entusiasmo por las carreras?

"Aún más que hoy; eran un verdadero acontecimiento".

**Un Gran Triunfo en España**

Estamos en el interior de una reducida habitación en el interior de un garage de la calle de Virtudes, donde vive Carvajal. En el centro una amplia cama de hierro, dos sillas y un pequeño escaparate, pero se observa verdadera limpieza. La cama está cubierta por una enorme bandera; nuestra enseña nacional. Carvajal sabe lo que vamos a preguntarle y nos dice: "Pese a mi miseria, aunque esté muerto de hambre o frente a un garrote, yo siempre seré cubano" y nos muestra una medalla del Ejército Libertador.

¿Peleó usted por Cuba?

"Soy Emigrado Revolucionario Cubano".

¿Tendrá entonces su pensión?

"En lo absoluto. No recibo ninguna pensión del Estado. Dicen que en los libros del Registro Civil donde estaba inscrito fueron destruidos por un incendio y ni siquiera eso tengo..."

¿En qué lugar de Europa estuvo usted después de Italia?

"En España. Fui condecorado en persona por el Rey Alfonso XIII, y por esa condecoración el Gobierno español debía de pasarme una pensión vitalicia de veinte pesos mensuales, pero nunca las recibí".

¿Por qué lo condecoraron?

"Por haber ganado las grandes carreras nacionales de Valladolid. Estuve corriendo muchas horas contra grandes y poderosos rivales, pero al fin, vencí; siempre con mi pequeña bandera cubana adherida en el brazo derecho".

**Sufrió Grave Fractura**

Félix Carvajal nos relata cómo hace algunos meses, resbaló por sus pies y cayó al pavimento, sufriendo la fractura de un brazo y una costilla. "Estaba aquí" nos dice, "en esta habitación, sólo y desesperado, cuando un automóvil me vino a re-

coger llevándome a un hospital. Estaba sorprendido, no sabía cómo era aquello, hasta que me enteré: un alma caritativa, toda bondad, Don Julio Blanco Herrera, enterado de mi difícil situación, dió las órdenes pertinentes para que se me atendiera. Don Julio es un gran hombre," nos agrega Carvajal.

**Su Última Carrera...**

"Podía decir muchas cosas de mi vida", explica el andarin, "pero ya ve, todo se ha ido; nada tengo, sólo la miseria me rodea".

¿Cuándo corrió por última vez?

"Lo recuerdo perfectamente. En el Parque Central, el día 17 de mayo de 1941".

¿No piensa en continuar sus actividades?

"Lo creo ya difícil, no soy el mismo Carvajal; puedo caminar, pero correr, no."

¿Y el aluminio para los americanos? preguntamos a nuestro interrogado.

"Le diré. Siento vivas simpatías por los Estados Unidos; primero, Cuba, luego los americanos. Ha poco dejé de transitar por la ciudad, debido a mi enfermedad, con un carrito pintado de rojo, en el cual recogía "aluminio" para los americanos. En la Acera del Louvre, lugar donde acudo diariamente, nació esa idea, y créame que recogí mucho aluminio. Antes traté con ese pequeño vehículo de buscarme la vida, arreglando cocinas de gas, y haciendo trabajos de electricidad, pero todo resultó inútil."

"Ya ve, debo dos meses de la habitación en que vivo, no cuento con medios para mi subsistencia, y sin embargo, sigo pensando en Cuba y deseo de todo corazón que salga airosa de los graves momentos que vivimos".

*M... 22/42*



# LUSTRO LOS ZAPATOS DE 5 PRESIDENTES

**Pasaron por su Sillón: Estrada Palma, Gómez, Menocal, Zayas y Machado.**

**LIMPIO 150,000 PARES**

**Narra un Limpiabotas los más Emocionantes Hechos de la Acera del Louvre.**

**Por CELSO T. MONTENEGRO**  
Eligic Bernabeu Duarte, "Decano de los Limpiabotas de La Habana", ha vivido todos los sucesos importantes acaecidos en la "Acera del Louvre" durante los últimos cincuenta años. Entre esos acontecimientos se cuentan el asalto al café que le dió nombre al lugar, el 11 de diciembre de 1898, en el que salvaron milagrosamente la vida los generales Manuel Sanguily y José Lacret Morlot; y la destrucción de los talleres del periódico "La Discusión", en el que fallecieron algunos cubanos distinguidos en la justa independentista.

En esos cincuenta años de frotar pieles, han pasado por las manos de Bernabeu Duarte no menos de ciento cincuenta mil pares de zapatos de todas clases de ciudadanos; pero, generalmente, de figuras prominentes, pues ha caldeado con su badana los pies de casi todos los presidentes que ha tenido la República, cientos de legisladores, políticos y profesionales distinguidos. En su modesto sillón se sentaron don Tomás Estrada Palma, los generales José Miguel Gómez, Mario García Menocal y Gerardo Machado, así como el doctor Alfredo Zayas Alfonso. Todos, por supuesto, antes de ocupar otro sillón de más prominencia: el presidencial.

Bernabeu, pues, aunque es un modesto ciudadano, anciano ya, puesto que cuenta 65 años de edad, puede decir, orgulloso, que ha endomingado a casi todos los protagonistas de la Historia de Cuba republicana, conocido de alguna de sus íntimas coquetearías, cual es la del calzado, y escuchado no pocos de los secretos de la política nacional; pero nunca se ha mostrado arrogante por estos títulos; todo lo contrario: su filosofía profesional es muy modesta y es-

tricta, y la resume declarando sencillamente, que su virtud cardinal es la de no molestar a los clientes con charlas insustanciales e imprudentes, ni con la pretensión generalizada entre otros de su oficio, y oficios similares, de discutir y resolver las más graves cuestiones nacionales e internacionales.

### Los Sillones Presidenciales

—Cuando sólo contaba quince años comencé, en unión de mis dos hermanos, ya fallecidos, a lustrar calzado en esta acera. Usábamos entonces 1892, unos cajoncitos de madera, con los cuales nos situábamos ante el café "El Louvre" (donde está hoy el hotel "Inglaterra"), o ante "Los Helados de París" y allí esperábamos a nuestros clientes. Los muchachos de la "Acera" eran muy bromistas, y, en cuanto nos descuidábamos, desaparecían nuestros cajones o algunos de los instrumentos, y se divertían contemplando nuestra búsqueda argutiosísima hasta que nos los restituían y nos pagaban su importe.

—En 1903 colocamos frente a "El Louvre", cerca del teatro "Taóón" (hoy "Nacional"), tres sillones a los que el público dió en llamar "Los Presidenciales". Lo curioso del caso es que efectivamente se parecían al entonces recientemente instalado en Palacio para el Presidente, pero el tiempo demostró luego que merecían ese título, también, por el desfile de futuros presidentes que hubo en ellos.

—El primero en ocuparlos fué don Tomás Estrada Palma; más tarde pasaron por allí los generales Menocal Gómez y Machado, así como el doctor Zayas.

Interrogado acerca de los resultados de su tarea en aquella época, nos dijo:

—Entonces era muy distinto a hoy. En todos los tiempos anteriores se hacían dos o tres pesos diarios, y los sábados hasta cinco. Pero ahora, mire —nos dice señalando a un reloj vecino— son las cinco de la tarde y sólo he ganado diez centavos.

### Clients de Cuarenta Años

—Sí al comenzar este oficio hubiera presumido los sinsabores actuales, puede estar seguro de que no lo hubiera seguido.

—Pero usted debe tener ya una clientela fija, le decimos.

—Efectivamente, tengo algunos marchantes de hasta cuarenta años pero son muy pocos. Hay mucha competencia. Días tengo en que no gano para el desayuno. Los materiales están muy caros, sabe... ¡Debería dictarse un decreto señalando un precio mínimo a la limpieza...!

### El Batallón de Colón

Con el ánimo de sustraerle de las



2

tristezas presentes y sumergirle en el placentero revivir de los recuerdos, llevamos la conversación a la época heroica de la acera, cuando era un centro de conspiración patriótica.

—Aquello era algo conmovedor. Todos los días, a las seis de la tarde, —nos dice— llegaban a la «Acera» los miembros del Batallón de Colón No. 23, con el exclusivo objeto de perseguir a los «muchachos». Se oscurecían todos los alrededores y cada soldado se parapetaba detrás de una columna. Poco después comenzaban los tiros. Algunos jóvenes perdieron la vida. Algunos en esas refriegas, otros en el campo de la revolución. Entonces se le llamaba «ocós» a esos «muchachos» pero yo creo que por algo tienen hoy esa tarja de bronce donde figuran cuarenta nombres.

—A veces me entretengo en leer ese bronce y me parece ver a aquellos jóvenes, charlando, riendo y peando. De entre ellos me son particularmente interesantes Carlitos Macías, Ramón Hernández, al que luego sería coronel Alfredo Anango, y Soto, pues con ellos tuve mayores relaciones.

#### Tres Expertos Espadachines

—Pamosa fué, también ésta «Acera» por los dueños, entre cubanos y españoles. Aquí conocí a Agustín Cervantes, a Alberto Jorrín —muerto por un oficial español—, y a Pancho Varona Murjas.

—No es que aquellos jóvenes fueran camorristas —nos dice al interesarnos por la razón de tales combates—. Lo que pasaba era que en el Teatro Tacón se reunían los oficiales del ejército español, algunos de los cuales eran intransigentes integristas, mientras los jóvenes de la «Acera» eran separatistas. Naturalmente, cualquier frase, dicha por unos u otros, era siempre interpretada en el peor sentido y la cuestión se resolvía al estilo de la época: mediante la espada, el sable o la pistola.

#### Se Salvan Dos Generales

—Otro episodio que jamás se borrará de mi memoria fué el del 11 de diciembre de 1898, cuando en horas de la tarde llegó el Batallón de Colón en busca de los generales Julio Sanguily y José Lacroix Mor-

lot. En el tiroteo que se originó pereció el joven Jesús Sotolongo, defendiendo a Sanguily.

#### «El Reconcentrado»

—Poco después de aquel sangriento suceso realizó otro similar el «Batallón de Colón», cuando penetró en la redacción de «La Discusión» disparando sus armas de fuego a diestra y siniestra. Varios distinguidos cubanos murieron ese día, y otros resultaron gravemente heridos. Según parece, los soldados buscaban a los redactores de «El Reconcentrado», que suponía se tiraba clandestinamente en los talleres de «La Discusión».

—Mucho más pudiera contarle señor periodista; pero, en verdad, no me sobran ánimos. Me abruma demasiado el problema inmediato de vivir. Soy un pobre obrero independiente, pero no tengo ni jornada máxima, ni salario mínimo, ni descanso, ni retiro... todo lo contrario, apenas gano para subsistir.

Y, sumido de nuevo en la realidad de sus dificultades actuales, dejamos al humilde ilustrador de zapatos Eligio Bernabeu Duarte, testigo excepcional de medio siglo de vida habanera, observador de la vida diaria, desde un ángulo ignorado por los historiadores, pero sin duda interesante, que él ha aprovechado con singular espíritu inquisitivo y expone con la sencillez y veracidad de una pupila popular, no lastrada por prejuicios técnicos, culturales o sociales.

## Vive en la Habana el Barbero que Arregló a los Ultimos Capitanes Generales de Cuba

Durante 55 Años trató con Muchos Prohombres de los Tiempos de la Colonia y de la República.— Tiene su Barbería en la Casa Donde Nació José de la Luz y Caballero.

### Por CELSO T. MONTENEGRO

En un pequeño salón de barbería, en los bajos del hotel "Luz", la vieja casona de la Alameda de Paula, en que nació don José de la Luz y Caballero, conocimos a don Lorenzo Pérez, habanero auténtico, que fuera en su tiempo uno de los más notorios figaros de nuestra capital.

Don Lorenzo, en tiempos de la colonia, arregló el cabello y rasuró la barba de los capitanes generales, y entre sus clientes figuraron los más rancieros títulos de la nobleza criolla, tales como los Marqueses de la Real Proclamación, de la Real Campiña, Núñez de Balboa, y otros.

Este laborioso y modesto cubano, padre de respetable familia, hace nada menos que cincuenta y cinco años que se dedica, en el mismo lugar, al oficio que aún desempeña con igual maestría y la misma entereza que cuando peinaba la marcial cabeza de Martínez Campos y las repulsivas patillas de Valeriano Weyler.

En aquella época más de un parroquiano del aristocrático figaro pagó "por un pelado y un afeitado" una reluciente moneda de oro, el clásico centén. Claro que, entonces, el hotel "Luz" era uno de los primeros de La Habana, lugar de reunión de nuestras "mejores familias". Hoy, a la entrada de la barbería de don Lorenzo se advierte un pequeño cartel: "Pelado, 30 centavos; afeitado, 20 centavos". Como tantas cosas y tantos hombres de antaño, nuestro entrevistado ha venido a menos. Suerte para él que por disposición testamentaria del propietario del hotel, no se le cobra renta por el local que ocupa, ya que es el vecino más antiguo del inmueble.

Por su vetusta silla de trabajo pasaron Gobernadores de la "siempre fiel isla de Cuba", como los generales Calleja, Blanco, Hernández, Martínez Campos; los más afamados toreros que en los últimos tiempos de la colonia visitaron La Habana; y ya en la República, una profusión de cubanos notables: estadistas, banqueros, comerciantes, industriales, etc.

### ¡Aquellos Buenos Clientes...!

—No es fácil hacer un buen pelado, nos dice don Lorenzo. Muchos se figuran que son maestros en este arte; pero, se equivocan. No basta mover las tijeras; es preciso saber dar los cortes... y, sobre todo, conocer el gusto del cliente y tratarlo con gentileza. El barbero demasiado charlatán, está perdido. El cliente debe hablar primero e, indudablemente, siempre tiene la razón.

—¿Su clientela...?

—Fue muy buena. Recuerdo, entre otros, al señor Rocio de Morales, Marqués de la Real Proclamación, que residía en Cuba y Merced; al Marqués de la Real Campiña; al de Núñez de Balboa; al capitán Baker, de la marina mercante; a Antoñico del Valle, Juan José Arica, don Carlos de la Rosa, Vidal Morales, Manuel Despaigne, Monsieur Gay el coronel Pepe Lamas, Antonio Masferrer, el millonario Cañizo, que fue secuestrado años más tarde por "Arroyito", el coronel Mendizábal y ¡cuantos más!

—Y, ¿en tiempos de España...?

—Le diré. El hotel «Luz», en el siglo pasado, fue uno de los primeros, si no el primero de Cuba. Aquí se hospedaban todos los generales, coroneles y comandantes del ejército español destacados en La Habana. Por eso, de 1894 a 1898 destilaron por mi barbería los últimos capitanes generales que gobernaron a Cuba: Calleja, Blanco, Martínez Campos... y hasta Weyler. Pelé, también, a no pocos toreros famosos que actuaron en Cuba. A la mayor parte de ellos hay que hacerles un arreglo especial, pues usan unas pequeñas patillas y les gusta el corte andaluz. ¡Cosas de fuera!, ¿comprende? A la sazón no bastaban mis tijeras solas para hacer frente a toda la clientela. Tenía, pues, cuatro operarios a mis órdenes...

### Un Ruidoso Proceso Judicial

—Uno de mis clientes —continúa don Lorenzo, tras breve pausa— era Florentino Villa, que se vió complicado en el famoso crimen de Casademunt, ocurrido en 10 de Octubre y Colina, en la Vibora, en las postrimerías del siglo pasado. Proceso célebre y ruidoso del que se ocupó la prensa largo tiempo.



—Me han dicho que usted no paga alquiler...

—No le han engañado: don Florentino Menéndez, propietario del hotel y de la casa, pidió en su testamento a sus herederos que no me cobraran renta mientras yo viviera; y va hace algunos años que no la pago, cosa que agradezco mucho porque los tiempos han cambiado.

**«Ya no Respetan a Nadie»**

Nuestro entrevistado conoce muchas anécdotas interesantes de algunos de sus clientes que en Cuba republicana ocuparon altos cargos.

—En cierta ocasión —nos dice— el doctor Juan Bautista Hernández Barreiro, el presidente del Tribunal Supremo que le tomó juramento a don Tomás Estrada Palma, asistió a una fiesta en la iglesia de la Merced: la coronación de Ramona García como Reina del Carnaval. Media ciudad de La Habana se había dado cita en el templo de los paúles. Al terminar el acto, el doctor Hernández, uno de los invitados de honor notó que le habían sustraído el



Don Lorenzo Pérez, el figaro que peló y rasuró la barba de Capitanes Generales y de muchos prohombres de Cuba, cuando hacía el interesante relato a nuestro compañero Celso T. Montenegro

reloj y la leopoldina de oro. Al día siguiente, mientras lo arreglaba, después de relatarme el suceso, comentó: «Ya no respetan a nadie; ni siquiera a la autoridad judicial». Como usted recordará, el doctor Hernández Barreiro era padre del distinguido abogado doctor Hernández Cartaya.

**“El Sumario es lo Primero”**

—¿Qué cubano no recuerda al doctor Felipe González Sarrain, abogado y criminalista? —prosiguió don Lorenzo, emulando el “barbero silencioso” de “las Mil y una Noches”. Pues éste era otro de mis clientes. Todas

las semanas lo pelaba y afeitaba. Aquella era una de las épocas más brillantes del insigne abogado. Mientras lo arreglaba, él no cesaba de trabajar.

—¿Cómo era eso...?

—Pues verá: a cada momento llegaba uno de sus auxiliares para consultarle sobre alguna causa y recordo una frase suya que repetía con frecuencia: “El sumario es lo primero; sin un buen sumario no puede haber absolución”.

Por cierto que una vez, siendo Sarrain Director de la Renta, me dieron una broma pesada. Un día recibí un nombramiento de oficial de la Lote-

IPD

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

2

3

rja, firmado por el doctor Sarrain, inocentemente, me presenté a tomar posesión; pero, resultó que el papel era falso. Me habían tomado el pelo, a pesar de ser barbero! Al enterarse el doctor Sarrain de la pesada broma, exclamó: "¿Conque bromas contigo? Pues desde ahora estás nombrado de verdad". Y, así, llegué a ser empleado de la Lotería.

**Un Centén por un Pelado**

—Aquéllos sí eran tiempos...! Más de un marqués del pasado siglo me pagaba por un afeitado y un pelado nada menos que un centén: ¡cinco pesos treinta centavos, oro! No olvidaré, tampoco, al doctor Carnot, que fué alcalde de Matanzas y senador, y que venía expresamente a La Habana para arreglarse conmigo. Me pagaba tres pesos.

—Y ahora, ¿cómo lo tratan?

—¿Ahora dice usted? ¿Ahora? Bueno: el cambio ha sido general, muy grande. Fíjese usted —y nos señala para un extremo del saloncito—lea aquel cartel. Cobro por el pelado treinta centavos, y veinte por el afeitado.

Quando nos despedimos de esa reliquia histórica que es don Lorenzo Pérez, nos damos cuenta de que, a pesar de sus once lustros de trabajo, con lo que hoy gana apenas si tiene para comer...

42





# VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

## EL MÉDICO CHINO

Por Federico Villoch

**S** IEMPRE que la situación política, social o económica de Cuba se pone mala, se oye decir corrientemente: —«Esto no lo salva ni el médico chino»; —hoy mismo, todos tenemos el nombre en los labios y el recuerdo en la mente de uno que hizo época en nuestra historia y que se llamaba Chambombian.

Mucho se habló y escribió en los periódicos de aquella época sobre este interesante personaje, y el doctor Armando de Córdova y Quesada le dedica algunos párrafos en su amena y leída obra *La Locura en Cuba*, que recomendamos a nuestros lectores por la gran cantidad de datos y noticias que contiene acerca de ese y otros personajes. Algunos creen que Chambombian, como se llamaba el tal médico chino, fué un héroe de leyenda, un ser creado por la fantasía popular; y nada más erróneo: Chambombian vivió y existió en Cuba, como existió Chilampín y Fu Manchú y el Chino de la Charada; y otros chinos que también han conquistado la celebridad en nuestra patria.

El doctor Chambombian llegó a Cuba en el año 1858, coincidiendo su arribo a ésta con la gran inmigración china que comenzara el año 1847, promovida para fines agrícolas y que estuvo a cargo de la Real Junta de Fomento. Alrededor de esta inmigración china se promovió un gran comercio, y se crearon gran número de agencias de inmigración denominadas *Ohu Chay Tan*, que traficaron con los chinos, contratándolos en ingenios, ferrocarriles y sitios de labranza, en los que se les utilizaba especialmente para el cultivo de las huertas en que eran expertos. Chambombian era un apuesto ejemplar de su raza, alto, delgado, adornado el rostro de bigote y larga pera, de exquisita cultura y corrección: hablaba varios idiomas. Se estableció primero en la ciudad de la Habana, y más tarde en Cárdenas y Matanzas, en cuyas provincias, por su extensa zona agrícola, se agrupó el mayor número de la población china. Se habló mucho sobre su gran desinterés, asegurándose que curaba sólo por vocación y altruismo, poniéndose en su boca estas palabras: —«Si tiene dinero paga pa mí; si no tiene no paga; yo siempre dá medicina pa gente pobre».

En aquellos tiempos, y en éstos, parece que sucede otro tanto de lo mismo, la gente inculta, sobre todo la de los campos, creía más en los curanderos charlatanes que en los médicos de profesión. Se llamaba, desde luego, al médico, en cuanto un miembro de la familia tenía alguna indisposición, por ligera que fuese; pero así que el galeno entraba en el cuarto del

paciente, todos eran a discutirlo y a poner en tela de juicio su sapiencia, sobre todo «las viejas de la casa», la abuela o la suegra, quien en tanto el doctor estaba escribiendo la receta, ella por detrás de él, hacía visajes y señas significativas de que no creía nada de aquello, y que su parecer era no darle al enfermo nada de lo que el doctor estaba formulando; y lo de menos era que tal pensara la «docta señora»; lo importante era que el mayor número de la familia pensaba lo mismo, y que la medicina se quedara en muchas ocasiones tal y como había venido de la botica; lo más que se le concedía era, que si el doctor había recetado dos cucharadas cada dos horas, se le administrase al enfermo «por vía de precaución», una cada tres; con lo que dicho se está que la

dosis perdía toda su eficacia. De este y otros detalles del caso ya escribimos con toda amplitud en nuestra vieja postal descolorida «El Médico de Campo». No tiene de extraño, pues, que el Médico Chino, del que se contaban tantas maravillas, cayera en ciertos ambientes como un mago bajado del cielo, mejor dicho del Imperio Celeste.

Nada más original y pintoresco que aquellas farmacias chinas que se veían en la antigua calle de la Zanja, cuando transitaban por ella los trenes del Ferrocarril de Villanueva: veíanse en pequeños armarios, cajoncitos y estantes, infinidad de pomitos, conteniendo raros y misteriosos líquidos de todos los colores; largas barritas envueltas en papel rojo, con caracteres chinoscos impresos en tinta dorada; botes de nauseabundos ungüentos, según nos explicó una vez un asiático que lo sabía, extraídos de la grasa del tiburón y otros peces voraces; cajitas de píldoras verdes, rojas y amarillas, de todos los tamaños; sobre todo, el público iba en gran número a comprar aquellos pomitos conteniendo una esencia de penetrante perfume que, untada en las sienes con la yema del dedo índice, servía para quitar el dolor de cabeza; y también unos largos y temblorosos filamentos llamados «velitas chinas» que al prenderse producían un fuerte olor exótico que servía de desinfectante; y una infinita variedad de tubitos de cristal y de cajitas de cartón, conteniendo diminutas grageas que encerraban el secreto del sistema homeopático, del médico alemán doctor Hahnemann, tan en boga en aquellos tiempos, etc. etc.

Pero según lo que se contaba, Chambombian usaba poco estos ingredientes. Curaba tanto con máximas extraídas de la filosofía de Confucio, como con medicinas productos de la farmacopea china.



ca. Cuantas veces le venía a la mano, aplicaba uno de esos sabios aforismos que deíatan la antiquísima cultura del Imperio Chino, y con tal acierto, que influenciados por ellos, muchos enfermos, si no se curaban, experimentaban en la mayoría de los casos un inmediato alivio en sus dolencias. Muchos viejos cardenenses descoloridos conservaban hasta hace poco un buen número de esas máximas y refranes, y los empleaban en la diaria conversación, sin sospechar que el famoso médico chino, del que aún se hablaba con frecuencia en aquella región las había regado y repartido entre sus antiguos clientes de la comarca; entre otras, recordaban éstas:

Madera podrida no puede ser tallada.

Un viaje a mil millas principió con un paso.

La plática no cuece el arroz.

El mármol no es menos duro ni menos frío porque esté pulido.

Témelo todo de los hombres, y más que de ellos, de tí mismo.

Come poco siempre, y siempre comerás.

También se habló mucho por aquella época de Charito, la Curandera de Ranchuelo que fué la sensación de la Habana y de gran parte de la isla, allá por los años 1864, 65, etc., en los que la prensa periódica la hizo objeto de sus preferentes informaciones a causa de las milagrosas curas que de ella se contaban, entre otras, la de Gobel y la del dueño del ingenio «Santa Inés», en Nueva Bermeja. En la mañana del 13 de Abril de 1864 pasaban de mil las personas que invadían el local de la fonda «El Telégrafo», y hay que tener en cuenta, para apreciar la magnitud del hecho, la poca densidad de la población habanera en aquella época. La fotografía de Cohner, situada en O'Reilly 62, esquina a Compostela, no daba abasto para reproducir la bella efigie fotográfica de Charito que se disputaban sus numerosos simpatizadores, con la misma avidez de hoy por las de las estrellas cinematográficas. En los teatros, en las tertulias y en todos los corrillos, Charito era el tema obligado de las conversaciones. Acerca del caso sostuvieron acaloradas polémicas los periódicos de aquella época La Prensa y El Moro Muza que dirigía el gran satírico D. Juan Martínez Villergas. Charito se trasladó de Ranchue-

lo para la Habana, instalándose en una casa en la calle de Amistad, frente al Campo de Marte, a la que acudía el público cada día en mayor número, siendo atendida por la famosa curandera.

Parece que esto de la incultura y de las creencias erróneas es cosa de todos los tiempos, así de los antiguos, como de los modernos; y aun de los propios días actuales que vivimos, y no nos costaría ningún trabajo para demostrar este aserto, si de mayor espacio dispusiésemos, que copiar a la letra los mil y un anuncios que se leen en la prensa diaria, ofreciéndose al público «La adivina que lee las manos», «El indio de Bagdad, gran astrólogo», «Elena de Troya, cartomántica infalible», «Dr. checoeslovaco, que lo cura todo sin medicinas», «Si sufre usted de caspa o caída del cabello, solicite detalles a la calle tal o al apartado número tantos», si bien es de confesar que cada día se publican menos anuncios de esta clase a lo que parece, porque el público, escamado con los desengaños políticos, no cree ya en programas, ni en específicos, ni en adivinos, ni en indios de ninguna parte...

El Médico Chino apareció una mañana muerto en su lecho, en su casa de Cárdenas, de una manera misteriosa, no arrojando la autopsia señal alguna de enfermedad, ni de lesiones violentas: murió en la más absoluta pobreza y soledad; y esta fué una de las páginas más interesantes de su vida en Cuba; el único que le ha sobrevivido, y está cada día más rozagante, es el Chino de la Charada.

Ya otro Chino Viejo, de grata memoria para los cubanos, y también famoso médico de almas, probó curarnos de ciertos males que padecíamos; y fracasó en su generoso deseo; así que aunque Chambombian hubiese podido llegar hasta nuestros días, de igual modo hubiese resultado inútil toda su ciencia, porque al punto a que han llegado nuestras dolencias, no nos salva ya... ni el Médico Chino...

Federico VILLOCH.





El Dr. Chambombián («El Médico Chino»). «El Moro Muza», 1868.



Charito la Curandera. «El Moro Muza», 1864.



VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS *La Peonia* Por FEDERICO VILLOCH



El paraguas de Novak, una caricatura publicada por «La Política Cómica».

**E**N la interesante obra «La Locura en Cuba», del doctor Armando de Córdova y Quesada, aparecen datos muy interesantes sobre aquella peonía que tanto ruido armó en la Habana. Con ellos y buena parte de nuestros recuerdos personales, vamos a compaginar nuestra vieja postal descolorida de esta semana. De la peonía y de los sustos y sudores que sus siniestros presagios ocasionaron en Cuba, se han cumplido ya 37 años y «parece que fué ayer», como se cantaba en «La Bruja», en el teatro Albisu, de tan agradable memoria. Por cierto —y permítasenos este aparte— que todavía vive, en su casa del barrio de Luyanó, cargada de años y de recuerdos, y dedicada al amor de su nieta, una de las más aplaudidas y gentiles artistas de aquella célebre e inolvidable compañía de zarzuela española, Carmen Duatto, la bella y escultural creadora de «El tambor de granaderos», de la Araceli de «La buena sombra» y la Rosa de «El rey que rabió», en unión

de su esposo, el señor Sauri, otro aplaudido artista que también fué del mismo grupo. Hasta hace poco, según nos dicen, aún cantaba Sauri en las fiestas de iglesias... Pero sigamos con lo nuestro, que es lo que importa hoy.

En febrero del año 1906 hizo su aparición en La Habana el profesor Nowack, provisto de una recomendación especial del Departamento de Estado de Austria, y acompañado del cónsul de su país, señor Berndes, se presentó en la Secretaría de Agricultura—era por el mismo mes de abril del mismo año—exhibiendo documentos auténticos demostrativos de su personalidad científica y de las experiencias hasta entonces realizadas, entre otras, sus predicciones sobre el horrible terremoto de San Francisco de California, que en aquella época conmovía al mundo entero. Pero el extremo realmente sensacional de su visita a la Secretaría lo constituyó su terrible predicción de un terremoto que iba a ocurrir en Cuba sobre el 15 de mayo de aquel año, en virtud de observaciones que había realizado sobre plantas de peonías silvestres en la Quinta Tariche, de Guanabacoa, y de las manchas del sol en aquellos momentos. Como consecuencia de ello las azoteas de las casas se llenaron de astrónomos circunstanciales, que se pasaban el día «mirando al sol», a través de cristales ahumados...

Por aquellos días La Habana vivió cuarenta y ocho horas bajo torrenciales aguaceros que produjeron inundaciones de muchos barrios y multitud de derrumbes de edificios, y también se presentó un temblor de tierra que causó gran alarma entre los vecinos de Santiago de Cuba, y finalmente ocurrió la terrible catástrofe de la Fábrica de Tabacos de la Vda. de Gener, con un crecido número de víctimas. La alarma crecía por momentos y se extendía a toda la Isla, como demostraban los telegramas que los corresponsales dirigían a sus respectivos periódicos, entre ellos, el de Camagüey, que denunciaba el 5 de mayo el hecho de que muchos propietarios remataban sus fincas en condiciones deplorables para ausentarse del territorio nacional. Lo mismo sucedió en Las Villas y Matanzas. El periódico «La Discusión» provocó en su redacción una reunión del profesor Nowack y los doctores Carlos de la Torre y Santiago Huertas, profesores de Biología y Geología, respectivamente, de nuestra Universidad, la que se llevó a cabo en la mañana del día 2 de mayo de 1906.

Ya puede suponerse la expectación que tal entrevista produjo entre los habitantes de Cuba. Nowack declaró que el día 21 de abril había observado en Guanabacoa signos exteriores en la citada planta «peonía», reveladores de un movimiento sísmico de grandes proporciones, sin poder precisar el punto de mayor intensidad, ni si el fenómeno ocurriría en

el mar o en tierra. La entrevista terminó con esta declaración de los doctores de la Torre y Huerta, que se publicó en todos los periódicos:

«Creemos al doctor Nowack un investigador tenaz y apasionado, aunque no hemos logrado de él la presentación de pruebas afirmativas de sus afirmaciones; y por tanto, ningún juicio hemos podido formar respecto a la certeza de las mismas». En resumen: «que el perro podía estar rabioso, y podía no lo estar».

Hallábase por entonces el teatro Alhambra en los comienzos de su gloriosa y fructífera carrera artística, y no hay para qué decir que los autores que llevaban su programa empezaron a escribir sainetes y pasillos cómicos basando sus argumentos en la preocupación que a todos dominaba: «Los efectos de la peonía»; «La peonía y el amor»; «Por causa de la peonía»; «Huye, que te coge la peonía», etc., etc. De la primera era autor el postalista, en colaboración con el maestro del género Ramón Morales, y el escenógrafo Miguel Arias. Ankerman, Simón, Romeu, Fablito Valenzuela, etc., hicieron la «Rumba de la peonía», el «Bolero de la peonía», la «Guaracha de la Peonía»—la «Conga» estaba aún escondida detrás de la puerta, y allí debió quedarse para siempre—y puede decirse, en fin, que la peonía era la obsesión nacional de músicos, autores y políticos, y por descontado, que los periódicos satíricos, entre ellos en primera línea «La Folletica Cómica», la hacían objeto de sus mejores caricaturas, así como el famoso paraguas del que jamás se separaba el doctor Nowack.

Poco a poco, por fortuna, empezaron a presentarse pruebas contrarias a las predicciones del doctor Nowack, hasta el grado de que un día, hallándose en el paradero de los tranvías de Guanabacoa, se le acercó un nutrido grupo de individuos que se había reunido en un café cercano, injuriándole y amenazándole con armas que portaban; actitud que fué condenada por la generalidad de las personas que consideraban al profesor austriaco, más que un impostor, un fanático de sus doctrinas.

Y no se diga que sólo en Cuba suceden estas cosas: un fenómeno análogo se registró recientemente en los Estados Unidos, desde New York hasta los Estados del interior y el Canadá, al interpretar por la radio el notable actor Orson Welles el libro «La Guerra de los Mundos» o «Marte contra la Tierra», o sea, la invasión y ataque a ésta por los martianos. Es increíble cómo una farsa semejante llevara la convicción a miles de habitantes de que se acercaba el fin del mundo. La compañía de teléfonos tuvo que atender a más de cien mil llamadas: los moradores de las casas se lanzaron a la calle presas de terror, y hombres de ciencia como el profesor Buddington, je-

fe del departamento de Geología de la Universidad de Princeton, salieron a la calle con sus instrumentos para observar el fenómeno. En todas partes cuecen habas, y por lo que se ve, en Nueva York, a calderadas.

Cuatro años más tarde, en 1910, volvió a pasar lo mismo con la predicción acerca de la cola del cometa Halley; y la gente volvió a atemorizarse, y a correr, y a hacer locuras, y a meterse debajo de la cama para huirle al «coco»; pero el pueblo seguirá tragando boías toda su vida, y con mayor facilidad, las más grandes.

Esta serie de puntos suspensivos representa una de treinta y seis a treinta y siete años, triturados por la rueda del tiempo. Se confrontaba entonces una situación política semejante a la presente, porque, si, como se dice, la Historia se repite, de la política puede decirse otro tanto. Se cuchicheaba acerca de la probable reelección de Don Tomás; y las aspiraciones y los apetitos burocráticos crepitaban como las sardinas en la sartén electoral, discutiéndose en la prensa y en los cafés, y en los mítines—aquellos últimos que ya se alumbraban con candelillas—las candidaturas de Menocal-Montoro, por los conservadores; y la de José Miguel Gómez y Zayas, por los liberales. En la citada obra nuestra «Los efectos de la peonía», se cantaba por la dulce e inolvidable Pilar Jiménez una rumba de Rafael Palau que se popularizó en el acto; dadas las circunstancias, podría resucitarse de seguro, con el mismo éxito. Decía:

No le fajes tan ligero  
al plato de la comía,  
mira que anuncia aguacero  
la peonía.

Y es bien sabido que el aguacero descargó al fin con su séquito de viento huracanado, truenos, rayos y centellas, y que estuvo a pique de sepultar y ahogar entre sus cenagosas aguas a la República...

Siguiendo el eco de aquella dulcísima voz de la inolvidable intérprete del «Tin Tan», «Napoleón», «La Guabinita», «La Guaracha» y otras aplaudidas obras de nuestro repertorio vernáculo de aquellos tiempos, también podríamos cantar nosotros:

Si hoy vas a Guanabacoa  
puedes salir de estampía,  
viendo lo que nos presagia  
LA PEONIA.



# CHORICERA: EL REY DE LA PLAYA.

M. ag 29/948.

Por **ALFREDO NUÑEZ PASCUAL**

**V**IVE como yo vivo si quieres ser bohemio. De barra en barra, de trago en trago..." Y la tonada se repite una y otra vez mientras los bailarones sudorosos contonean sus cuerpos, con ritmo en las caderas, respondiendo al compás de un instrumento de percusión: unos timbales en cuyos cueros dos palillos manejados por manos privilegiadas marcan las cadencias y los quiebras de la música.

¿Quién es el que así provoca a los bailarones? Nada más que una persona: Choricera, el rey de la Playa, cuyo nombre ha merecido la atención de los mejores magazines norteamericanos. La música lo enerva, pero es necesario acompañarla con licor. Tras una buena dosis de ambos elementos, es capaz de hacer bailar al más rehacio.

Choricera. He aquí un nombre que ningún habanero familiarizado con la vida nocturna de la capital ignora. Son pocos los visitantes

extranjeros que no lo conocen, porque su fama traspasa los límites de la Isla. De Estados Unidos le han ofrecido jugosos contratos, pero todos los ha rechazado. Hizo una promesa de no abandonar a Cuba.

### .. Playa de Marianao

El noctámbulo ciudadano tiene como meta, no importa su rango social, la Playa de Marianao. El deseo de visitar ese lugar está en razón directa al volumen etílico que haya ingerido. Con razón las únicas rutas de ómnibus y tranvías que mantienen un servicio constante durante toda la noche son las que conducen a ese sitio de diversión.

Muchos norteamericanos la comparan con el Coney Island. Es posible que haya en esto algo de cierto, pero viene al suelo cuando se intenta hacer un paralelo con los valores humanos de ambos sitios. La playa neoyorquina tiene cuerpo de multitudes, pero carece del alma que palpita en el rincón del vecino término marianense. al

final de la Quinta Avenida, donde convergen, solamente separados por un amplio bulevard, el más encoquetado y el más humilde de los entes de la sociedad.

La Playa, así se le denomina por antonomasia. Huelga el nombre que le dé ubicación. Su sola mención basta para situarla y es sinónimo de diversión. La rumba al son de tambores y guitarras, brava y rudimentaria como es en realidad, impera en esos lares. Y hay un monarca que gobierna sin más escudos nobiliarios que un par de timbales y dos palillos manejados por sus manos prodigiosas. Responde al nombre de Choricera, Chori en apócope cariñoso.

En busca de ese emperador sin corona se dirigió el reportero una noche a la Playa. Sació de sobra su curiosidad y creyó captar aristas de una singular originalidad, que ahora trata de ofrecer fielmente a los lectores.

### Hay que Coger un Calorcito

A las once de la noche el ambiente es tranquilo. Por las aceras de los quioscos de la Playa pasean las parejas y quienes, solitarios, andan en busca de la suya, sin atreverse a entrar en los lugares de diversión que tanto abundan. Bien dice Clara, la rumbera: "Es necesario entrar en calor para gozar la fiesta".

Efectivamente, pasada la media noche, los tragos han hecho el milagro de elevar la temperatura de la "sangre fría", y la Playa empieza a vivir. Los habitués se despe rezan y se lanzan a la vorágine del baile, para no terminar hasta mucho después que ha salido el sol.

El ambiente se transforma. De la tranquilidad de horas antes se entra en el vértigo. Con las gentes humildes se entremezclan las de alcurnia, y la Playa comienza a ofrecer lo que es muy suyo: diversión, diversión hasta el agotamiento.

Aquí es cuando Choricera, la figura central de este reportaje, comienza a vivir, gracias al milagro que operan en su espíritu varios tubeyes —rones dobles—, que al principio despreció para tomarse un refresco carbonatado.



Bien dice este hombre que la Playa es su mundo. Vive siguiendo el ritmo de las gentes que allí se reúnen, y todavía cuando ellas se retiran cansadas continúa disfrutando su fiesta, la muy íntima, en la que dilapida los dineros obtenidos en la madrugada. El mañana no le importa, vive el momento. Ya habrá en la noche siguiente quien ponga en sus manos lo necesario para librar el sustento.

#### No le Interesa el Mundo

La Playa tiene sus tipos característicos. Escojamos solamente un puñado de ellos para este reportaje que trata de copiar, con la mayor fidelidad posible, el ambiente. En primer término Chori, llámémosle ya por su apócope, la estrella. En un segundo plano la pareja de rumberos Alberto y Clara. Después, para dar ambiente, Gardel, Pancho, el director del conjunto musical; y Chamba, otro rumbero.

Describamos a las segundas partes primero. La estrella merece un aparte. Gardel es un muchacho en apariencia. Lleva más de quince años en la Playa. Siempre anda con su guitarra bajo el brazo. Le llaman por el nombre del gran cantor porteño desaparecido, porque en sus inicios solamente había tangos en su repertorio.

Hoy Gardel entona boleros y canciones sentimentales. Como oímos decir a uno de los visitantes del lugar: "Es bueno para que entre al final, cuando uno quiera ponerse triste". Es amigo inseparable de Chori, pero siempre comienzan la noche rificando, para después hacer las amistades a los albores de la mañana.

Antes de abandonar a Gardel recojamos su gráfica descripción de la Playa, que califica como "el barrio de la Universidad de la vida". Efectivamente, allí aprendió él todo lo que sabe de la Capital, porque en ese lugar ha consumido muchos años, desde que en busca de fortuna abandonó su pueblo natal en el interior de la República para trasladarse a La Habana.

El bailarín Alberto tiene historia deportiva. Su apellido es Torriente. A los fanáticos deportivos la combinación de ambos nombres les será familiar. Se trata de aquel atleta que en La Habana primero, en México luego y por último en El Salvador, defendió los colores cubanos como integrante del team de campo y pista en las Olimpiadas Centroamericanas. Participó con éxito en las competencias de cien y doscientos metros planos, salto largo y relevos.

Pero el baile le atraía mucho más que el deporte. Recuerda que en una ocasión estuvo en una fiesta hasta las cuatro de la mañana y al día siguiente compitió y obtuvo la victoria. (Un milagro deportivo, pero no un buen consejo para los atletas). Ahora está dedicado enteramente al baile. Cuando se le quemó la casa hace años, perdió los recortes donde constaban sus hazafías en las competencias. Con el fuego desapareció el último vestigio del atleta y quedó incólume el artista bohemio.

Ahora Alberto tiene de compañera a Clara, la mulata sandunguera que "vive" el baile, en unión de quien inauguró el Havana-Madrid de Nueva York. La conoció en una casa donde ensayaban los coros para una compañía de Julio Chapottin. Al darse cuenta de sus facultades la convenció para formar pareja. Ella aceptó y a las pocas semanas debutaban en el cabaret Pennsylvania de la Playa. Llevan trece años bailando juntos.

Clara confiesa que para ella ser rumbera es una diversión. Lleva el baile en la sangre. Sentir el ritmo y alegre redoblar de tumbas y

tambores, y recorrerle todo su cuerpo un cosquilleo es una reacción típica en ella. "No está en mí —explica— por un buen toque soy capaz de ir hasta el fin del mundo".

Y llegamos a Chamba, rumbero también y que actúa en otro lugar de diversión de la misma Playa. Se lleva muy bien con Alberto y Clara, a pesar de cultivar el mismo género que ellos. Este Chamba nunca está triste. Tiene una filosofía muy especial de la vida. Después de pedir "un trago del duro" (coñac de la más baja calidad), pronuncia esta pintoresca sentencia dirigida al grupo que le acompaña: "No me interesa el mundo y vivo la vida. Espiritualicense y siéntanla como yo la siento".

#### Un Prolongado Introito

Llegar temprano al Ranchito Nite Club, lugar donde trabaja Choricera, es tiempo perdido si se quiere entablar conversación con él. En esos momentos, aproximadamente a las once y media de la noche, está sobrio. Rehuye de la compañía y se molesta si le invitan a tomar un trago. Prefiere entonces un refresco carbonatado.

Es aconsejable aguardar afuera, en la especie de café al aire libre que hay en las aceras de la playa, para esperar la oportunidad en que Chori sea abordable. Disfruta el reportero entretanto de la compañía de los rumberos, de Chamba y de Gardel. El último entona una melodía para solaz de los ocupantes de la mesa.



Pasa un vendedor de alcancías, cada una de ellas presidida por la imagen de una santa, Chamba trata de adquirir una y le piden un peso cuarenta centávos. No puede comprarla, no le alcanza el dinero que lleva en los bolsillos y comenta: "Tengo que vender muchas papeletas para cargar con ella".

Al referirse a las papeletas se está remitiendo a un beneficio que se prepara en su favor, la venta de cuyas entradas irán a engrosar su peculio. También Alberto y Clara tienen el suyo. Será el cuatro de septiembre, un sábado, en el mismo Ranchito Nite Club.

Los minutos transcurren y el lugar se va animando. Es la hora de pasar al interior del modesto cabaret. Los shows van a comenzar. Ya la orquesta ha iniciado los primeros compases. Aquí es donde encaja la descripción de su director: Pancho Boffil. Pero pongámosla en boca de Clara, la rumbera. Es más gráfico.

"Pancho Boffil. ¡Qué gran tipo! Tiene un apellido francés, símbolo de distinción. Y, ¡qué bien lo lleva! Por eso le decimos Cara Linda. Espere usted a que comience a tocar la tumba. Verá que razón tenemos para llamarlo así. Adopta aires de gran señor, pero la expresión de su cara es capaz de darle un susto al miedo. ¡Pero como toca, mi hermano, es la cátedra!"

**Rumba, Rumba y Rumba**

El reportero ya se encuentra en el interior del cabaret. Es un colgadizo de techo muy bajo, apenas alcanza los ocho pies, adornado con guirnaldas de papeles de colores y de hojas secas. La luz es pobre y al fondo se abre una puerta que comunica con la residencia del propietario.

Todavía el periodista no ha logrado que el genial timbalero se le franquee. Temperamentalmente, como todos los artistas, Chori se niega a brindar información alguna sobre su vida. Pero los tubeyes habían de operar el milagro bien pronto. Por lo menos hubo necesidad de que empujara más de media docena de carreras a base de batazos de dos esquinas, para hacerle hablar.

Primero el conjunto hace música para que bailen los parroquianos. Choricera ocupa uno de los extremos de la tarima, precisamente aquel situado junto a la pared. Los palillos que maneja con habilidad inusitada van marcando los ritmos cubanos al golpear sobre el cuero de los pequeños timbales.

Pero no le basta con eso. Gusta combinar también sonidos metálicos y, para obtenerlos, pega contra los costados de cobre de su instrumento de percusión y contra una pieza de la rueda de un fotín que hace tres décadas, de la que consigue los agudos colgándola de una de las llaves de los timbales, y los graves, poniéndola de plano encima del cuerpo del de la izquierda.

Hay algo más todavía. Un puntal de la pared produce un sonido seco que no desperdicia Choricera. De ahí que se le vea en alguna que otra ocasión incorporarse y tocar con los palillos en ese madero. Generalmente en tal posición y con ese toque ejecuta los últimos compases de todos los números.

**El Número Central**

El Ranchito Nite Club se ha ido animando. Son varias las mesas que están ocupadas por parroquianos que han ordenado botellas enteras de whiskey escocés y de coñac español de la mejor calidad. Es indudable que ha llegado el instante propicio para presentar el primer show.

La misma rumbera Clara es la encargada de advertirlo al conjunto de Pancho Boffill. Utiliza un conmutador eléctrico por el que enciende momentáneamente las amarillentas luces que iluminan, para sus presentaciones, el salón con piso de cemento pulido que será el escenario del baile.

Los músicos se ponen en movimiento y sacan tambores y tumbas para la Quinta Avenida, donde con papeles viejos forman una fogata a cuyo calor son templados esos instrumentos de percusión. Un perro amarillo, achacoso por los años, entra en el salón y se echa junto a una de las mesas centrales. Es Hatuey, la mascota del cabaret, que no pierde uno de los shows.

Choricera, Chori baja con su instrumento de la tarima y se sitúa en el mismo plano que los bailarines. Boffil cambia su guitarra por una tumba, tambor alargado que llevan los conguceros colgando de los hombros.

Clara viste ya su bata de rumbera, amarilla y verde. Alberto su camisa de vuelos, con un pañuelo policromo, en el que predomina el rojo, por el cuello; pantalones oscuros y sombrero de jipi. En esos atuendos permanecerán toda la madrugada. Los shows son tantos como merezca la pena hacerlos, ya que por regla general los parroquianos permanecen en el lugar el tiempo suficiente para ver el baile y luego se marchan. Es una clientela que cambia constantemente.

Comienza el baile. Clara es la primera en salir al ruedo. Su cuerpo se contorsiona al compás de la música semisalvaje. Su carne carnal, bañada de sudor, es lustrosa. Hace un alto en sus giros para que Alberto entre en escena. Este ensaya varios pasos, se quita el pañuelo del cuello y lo lanza, hecho una bola, al suelo.

Ese gesto es señal para que Clara se acerque bailando a la prenda multicolor y empiece a rodearla, como adorándola. A ratos se aleja ella, para volver a acercárcele. Parece como decidida a lanzarse al suelo para recogerla, pero a última hora se arrepiente. La rutina se repite, aunque siempre con pasos diferentes.





4

Al fin viene la recogida del pañuelo. No se hace violentamente, porque la mulata se arrodilla ante el mismo y casi lo toca con la boca, contoneándose todo su cuerpo en lúbricos movimientos, pero no lo recoge, sino que se echa hacia atrás y de rodillas pega contra el suelo su cabellera.

Entretanto mueve los hombros desenfrenadamente y en esos movimientos arrastra los esnos, al compás de una música que la enardece. Vuelve hacia adelante, con rotar de las caderas y al fin aprisiona con sus dientes el pañuelo. Se echa de nuevo hacia atrás y al fin se incorpora con un salto felino.

Unos cuantos giros rápidos y el pañuelo sale de sus manos hacia Choricera, quien en un alarde de pelotero experimentado se incorpora para atraparlo con una mano. Repiten varias veces la suerte sin una sola falla. Apenas el timbalero se sienta, la rumbera viene hacia él y en un rápido paso de baile le pasa su pie derecho por encima.

Entra de nuevo Alberto en acción y el número termina con una rumba que baila la pareja, ejecutando los más originales movimientos. En el bailarín se combina lo que le resta de agilidad al atleta de otrora y su fino oído para la música, que le permite hacer quiebros a contracompás, que es precisamente donde radica la habilidad de un buen rumbero.

Choricera sigue actuando. Ahora viene su exhibición. Se va a entonar un son que lleva su nombre y cuya letra se improvisa en cada ocasión que se ejecuta. El fondo musical, cadencioso y lento para solaz de los bailadores, permite esa innovación.

Se reproduce el diálogo de un juicio correccional. Uno del coro comienza diciendo: "Llegó la hora, guardias", y entonces Choricera hace como si llamara a acusados, acusadores, testigos y vigilantes: "Emilia Pérez Pedroso", el conjunto le responde "No ha comparecido", "La Negra Paula",—"Certificado Médico".—"Florindo Briso" —"Aquí", y siguen los nombres hasta que son llamados los vigilantes Filiberto Lazo y Chamiso.

Viene entonces el juicio propiamente dicho y Choricera es el juez que pregunta. Los del conjunto le responden. De ese modo inventan los más inverosímiles relatos, que muchas veces tiene de protagonistas a los mismos bailadores. Desde luego, que aluden a los de confianza, "para evitar tragedias".

### La Playa es su Mundo

Tras de cantar Frutas del Caney, que lo hace con voz de bajo y una entonación sui generis, Chori, que en su físico remeda al protagonista negro de la película inglesa Atavismo, recién estrenada en La Habana, se decide a contar su historia.

Vino a La Habana por primera vez en 1927. Formaba parte de un conjunto denominado Los Campeones del Son, que dirigía Aurelio Miró. Hacían la propaganda del entonces gobernador de Oriente, Gabriel Barceló.

Estuvo una noche en la playa y le gustó el ambiente. Supo de la experiencia de las noches enteras en vela, libando bebidas alcohólicas y cantando, para esperar el amanecer y entonces irse a la cama. Esa vida le fascinó, tanto que decidió abrazarla y lo hizo con tal decisión que todavía sigue en ella, gozándola más cada día, léase noche, que transcurre.

Su nombre es Silvano Schuegg Echevarría. Nació y se crió en Santiago de Cuba. Desde muy niño advirtió su inclinación a la música afrocubana. Tiene en la actualidad 48 años. Hasta el final de sus días, que no le importa cuando sea, continuará en la playa. Le interesa ganar buena plata por la noche, para gastarla al amanecer del día siguiente, hasta que el sol comienza a quemar, en su propia fiesta, reuniendo a su alrededor al grupo de gentes de la Playa que han sido a través de los años sus mejores amigos.

Las ofertas, con jugosos contratos, le han llovido de Estados Unidos. Muchos agentes teatrales han ido a buscarle para llevarlo a Nueva York. Pero siempre se ha negado. No puede salir de Cuba. Poco antes de abandonar a Santiago, y ante una imagen de la Virgen de la Caridad, hizo la promesa solemne a su abuela moribunda, Encarnación Echevarría, que nunca pasaría de La Habana. Todo el dinero del mundo no le haría faltar a ese voto.

La Playa es su mundo. Allí ha pasado ya dos ciclones. En el últi-



mo, que comenzó a batir con más intensidad con el nacimiento del día, había estado tocando hasta cerca de las cinco de la madrugada. Velas de sebo sustituyeron en esa oportunidad a los bombillos eléctricos. Como los parroquianos continuaban llegando la función no podía interrumpirse.

Ya solo con el dueño del lugar, la familia de éste y los rumberos, no hacía más que pedir tubeyes. De ese ron que se echa sobre el mostrador, se le acerca un fósforo y arde como el mejor de los combustibles. A cada trago formulaba el comentario siguiente: "Sigamos tomando, pues si el viento tumba esto se lo llevará todo, con excepción de lo que tengamos entre pecho y espalda. No serán tantas las pérdidas a lamentar mientras más tomemos".

Así pasa la vida de Chori, espíritu bohemio sin par, que vive su propia existencia sin importarle las de otros. Está orgulloso de haberle tocado a lo mejor de La Habana, incluyendo a embajadores y ministros extranjeros, y de que lo invitaran, conjuntamente con la pareja de rumberos, para actuar a bordo del yate en que vinieron a La Habana Wally Simpson y el Duque de Windsor.

Sostiene, con razón, que el son y la rumba auténtica se mixtifican

al ejecutarse con otros instrumentos que no sean los que tiene el conjunto de Pancho Boffill. Está condenando, cuando así habla, a la trompeta y al piano.

"Está bien, —dice— que el son se vista de etiqueta para ir a Palacio, pero aquí no hace falta, por eso tenemos más y mejores clientes. Sentimos de verdad lo cubano".

Y al decir esto movía la cabeza hacia un lado, inclinándose para alcanzar con su mano el tubey que descansaba junto a su pie derecho.

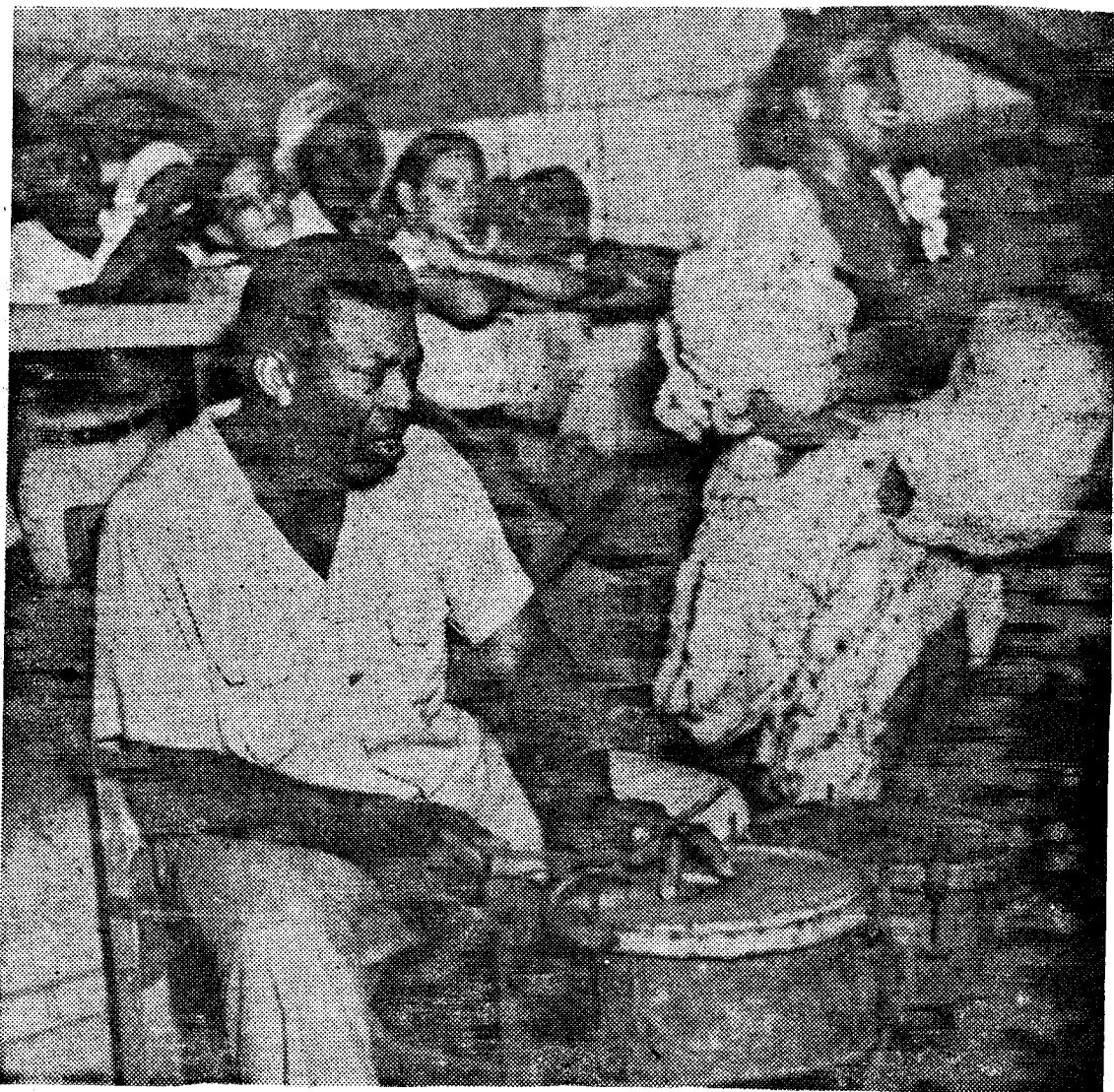
"Mi historia no es interesante, —fué su sentencia final— es una de tantas. Aquí en la Playa he echado la mayor parte de mi vida y tenga la seguridad de que echaré el resto. Vivo feliz. No puedo quejarme. Tengo amigos y éstos no me olvidan. Una vez que me conocen no pueden olvidarme. Usted va a ser uno de ellos —se dirigía al periodista—, ya lo verá. He de verlo por aquí de nuevo".

Y diciendo esto volvió a sumirse en sus malabarismos musicales sobre los pequeños timbales, cuyo alegre repiquetear se escucha en casi todos los ámbitos de la Playa, como el de un toque de santo y un símbolo de que quien lo ejecuta bien se ha ganado la denominación de Rey del lugar...

1

278



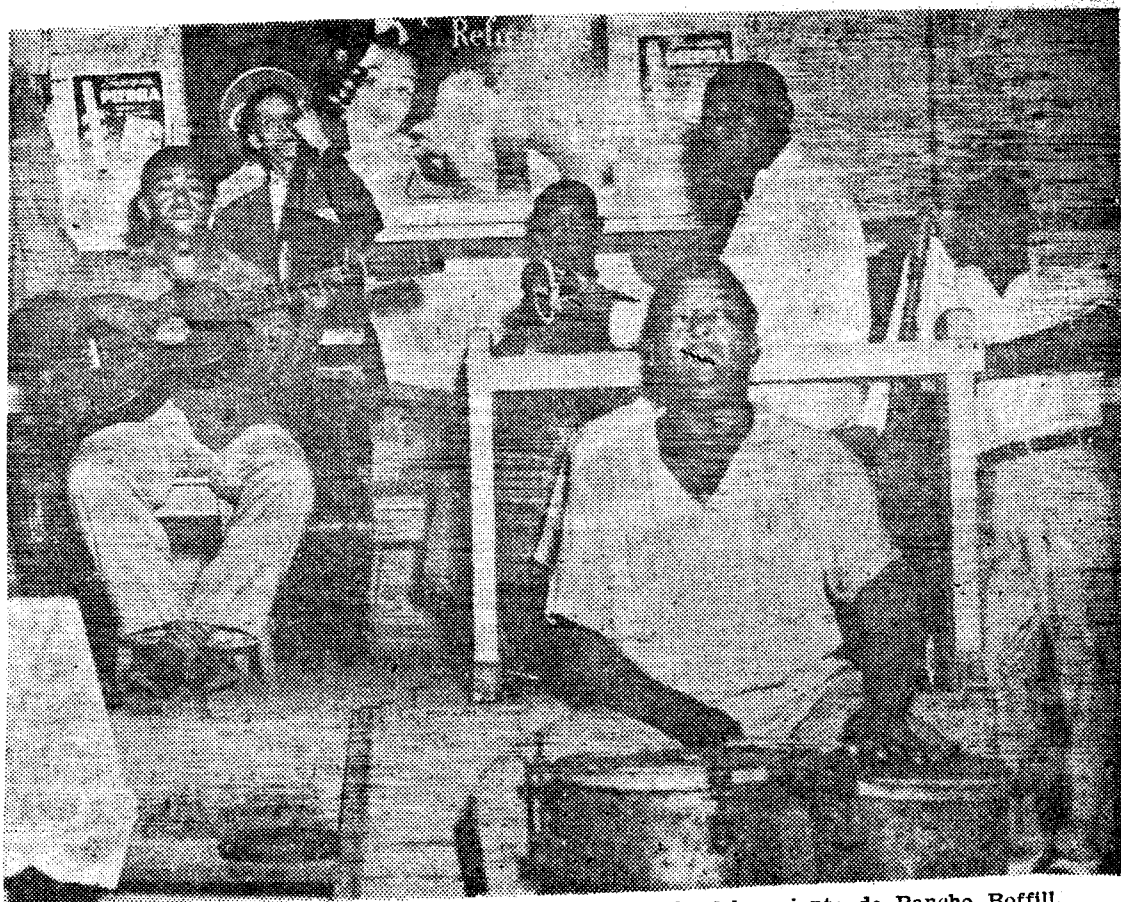


**Choricera expresa su alegría musical con un gesto de dolor...**



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



La voz grave de Choricera, en primer plano, se une a la del conjunto de Pancho Boffill.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Enardecida por la música, sudoroso su cuerpo, Clara responde al reclamo de Alberto, el bailarín.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

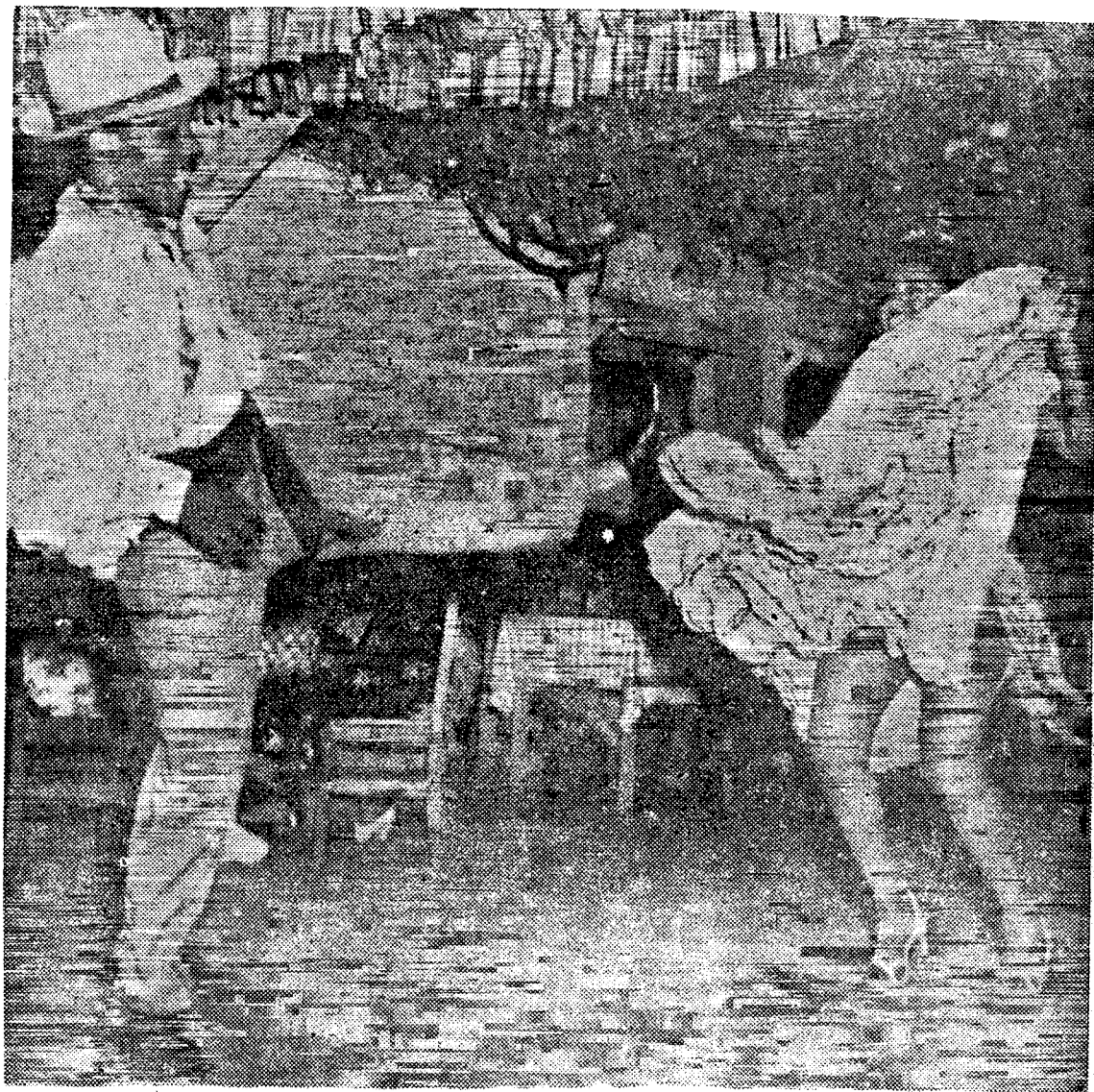


Los tubeyes han hecho su efecto, Choricera goza con el toque.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



La rumba, como baile, permite toda clase de libertades, pero hay que saber.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## El Hombre de los Parques

Por G. RODRIGUEZ MOREJON

**I**NVARIABLEMENTE rodeado de niños y ajeno por completo a las peculiares actividades de la ciudad; como si permanentemente estuviera abstraído en las suyas propias, se encuentra todos los días en algún parque de la ciudad, a un hombre de alguna edad, de regular estatura y complexión fuerte que viste pantalón y camisa de caqui y usa un quepis por sombrero. El sujeto en cuestión no es otro que Federico Julián Rodríguez y Padrón, a quien por su singular dedicación, casi todos llaman **El Hombre de los Parques**.

Este individuo —rara avis en estos tiempos de imperio del egoísmo— nació en Guía de Gran Canaria hace sesenta y cinco años, y lleva en Cuba cuarenta y tres. Aquí constituyó su hogar, y actualmente se vanagloria diciendo que tiene siete hijos y ocho nietos.

Como si obedeciera a una ingénita predisposición, se dedicó a la enseñanza; y andando el tiempo llegó a ser propietario del colegio "Gertrudis Gómez de Avellaneda", en el cual tuvo hasta quinientos alumnos internos.

Realmente este hombre integralmente bueno, merece reconocimiento y apoyo. Por lo menos, esta fué la conclusión a que llegamos cuando conocimos algunas cosas en relación con su obra y sus propósitos.

Por ejemplo, hablándonos con acento que revelaba una absoluta sinceridad, nos dijo que si le pagaran los veintidós mil pesos que le adeuda el Ayuntamiento por concepto de becas utilizadas

en la época en que tenía el colegio a que hemos hecho referencia, dedicaría ese dinero a comprar una finca de cinco caballerías, cerca de La Habana, para instalar en ella un asilo para niños y ancianos, el cual estima que podría sostenerse con lo que produjera la explotación del propio inmueble.

Además, merece una detenida observación, el hecho cierto, de los resultados prácticos que en el mejoramiento de la educación de muchos niños ha ofrecido. Para no citar más que uno de los distintos casos de que nos habló, señalaremos sólo el relativo a los muchachos concurrentes al parque de Teniente Rey y Mercaderes, los que al principio de sus periódicas visitas al mismo se mofaban de él, le robaban la bol-

sa y hasta le tiraban piedras, y, sin embargo, poco después, y seguramente por virtud de sus perseverantes lecciones de moral cristiana, se habían transformado hasta el extremo de que en cierta ocasión, espontáneamente le recogieron, le guardaron y le

devolvieron, una corneta que dejó olvidada sobre un banco.

En otro orden de cosas, demuestra tener un concepto muy amplio respecto al alcance que debe tener su obra; y en tal sentido, se ha preocupado siempre por extenderla sin más limitaciones que las que pudieran imponerle las circunstancias. Y así vemos, que la comenzó por el Parque de Pueblo Nuevo; que luego la fué extendiendo poco a poco a los de La Fraternidad; la Plaza Vieja; la de Armas, Dragones, etc hasta llegar a los cuarenta parques en que actualmente celebra sus singulares y útiles reuniones infantiles.

Durante casi todo el año 42, pudo servir diariamente desayuno a unos sesenta niños y ancianos necesitados, con los aportes que él mismo gestionó y obtuvo de algunas instituciones privadas; y hubiera podido —según nos dijo— incrementar mucho más este benéfico servicio si una grave enfermedad no la hubiera obligado a abandonarlo por completo.

Como **El Maestro** —pues así

le dicen también algunos niños— es Ministro Bautista, le dedica especial atención a la enseñanza a sus discípulos de la moral cristiana; lo cual, desde luego, no es óbice para que también se preocupe por enseñarles cultura física y un poco de música.

La voluntad del hombre hace milagros, por eso este filántropo ha podido, contando para ello únicamente con su vehemente deseo, organizar y constituir cuarenta bandas de música cuyo instrumental completo ha ido adquiriendo con tenaz esfuerzo.

Al presente pasan de cuatro mil los niños que en total asisten a las clases que semanalmente ofrece en los distintos parques que visita y las cuales sabe hacer más atractivas con el estímulo de los premios que ofrece a los niños y las frugales meriendas que reparte.

A despecho de su despropósito en ese sentido, este isleño moral y bondadoso, no ha podido evitar que su tan rara como loable conducta lo haya hecho popular; y no son sólo los habaneros los que conocen de su noble dedicación. En el interior de la Isla también se le admira





2

y consecuentemente, en distintas oportunidades ha sido invitado a pronunciar conferencias, por los municipios de Batabanó, Jovellanos, Tapaste y San Antonio de Río Blanco.

Por otra parte, siempre está concibiendo proyectos encaminados a darle más alcance y mayor efectividad a su obra. Ahora ocupa toda su atención lo que pudiéramos llamar la meta de sus aspiraciones, y que no es otra cosa que la construcción de un Centro Juvenil en cada uno de los barrios de la Capital.

Estos Centros Juveniles, tal como los concibe, tienen que ser completos; es decir, que cada uno debe contar con una biblioteca adecuada, y hasta con un comedor dotado de lo necesario para poder servir comidas diarias a todos los niños y los ancianos necesitados de la barriada.

Así es como desenvuelve su vida este sujeto singular que, sin que sobre esto quepa el menor género de dudas, es uno de los tipos más característicos de La Habana de nuestros tiempos.

*Antonio Muro  
Dic 1978*





Más de cuatro mil niños se reúnen en unos cuarenta parques habaneros con sus propias bandas.

resolver si son esas o no las meras a realizar. Holguín, embargo, es lo más importante que tenemos en Oriente en lo económico como en lo industrial y territorial.

**Siente Orgullo**

El doctor Arturo Illas de nuestra conversación con las siguientes palabras: "Me siento orgulloso de integrar la Cámara de representantes que ha demostrado a plenitud su celo y capacidad de trabajo en el poco tiempo que le ha correspondido estar constituida. En verdad, ha merecido el prestigio y la fama que le corresponden en la nación en bien de la ciudad."

Pese a su juventud, es un legislador; tiene en su haber una interesante ficha biográfica en su vida pública: miembro del comité gestor del partido Revolucionario, que ayudó a fundar; miembro del ejecutivo provincial de Oriente, con el cargo de vicepresidente; delegado en la asamblea nacional y administrador de la Aduana de San Juan de Cuba. Durante su permanencia en este cargo, rompió los records de recaudación que se establecieron en la dependencia.

Entrevistó: JORGE HOERNER MANN.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Más de cuatro mil niños se reúnen en unos cuarenta parques haba neros para ejecutar ejercicios físicos y marchas al compás de sus propias bandas



...se les enseña cultura física y un poco de música...



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Federico Julián Rodríguez Padrón, "El Hombre de los Parques"



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# MADRUGON

## AL CABALLERO

### DE PARIS

Por CASIMIRO HERNANDEZ VALDES  
De la Redacción de ECOS

*En el mundo de la quimera y la fantasía, un simpático noctámbulo se eleva por encima de sus congéneres, mediante una hiperbólica exaltación.*

**M**I NOMBRE es don Antonio Alvarez Valerino I —comienza diciendo al periodista este anciano pequeño, cuyos ojos, gastados de tanto mirar en horizontes oscuros de su atrofia mental, dan la sensación de que, en efecto, “ve” todas las cosas que dice, y agrega:—Mis títulos puede anotarlos si le place. Son como sigue: Su Majestad Emperador del Universo, Comodoro de los Balcanes, Jefe Supremo de Aire, Mar y Tierra de todas las Naciones, Jefe Supremo del Buró de Investigaciones del Mundo entero y además poseo todos los títulos habidos y por haber sobre la faz de la tierra”...

Nuestro distinguido jefe de Redacción, el compañero Roberto Pérez de Acevedo, se nos había acercado una noche para sugerirnos una entrevista con este tipo, tan característico y conocido de toda la muchachada alegre de La Habana de noche, quienes le rinden las pleitesias y homenajes que en su mundo de quimeras cree vivir este viejo que cuenta, según confesión propia, 71 años de edad. Nació en Manzanillo, es barbero de profesión y casado, aunque no tuvo descendientes; es además agricultor, práctico y teórico.

COMO EMPEZO “AQUELLO”...

“El día 16 de Agosto —dice sentándose a nuestro lado, a una gentil invitación a tan destacado y extraordinario personaje que lleva en sí todo

el poder que jamás un humano soñó— de 1942, estando en Manzanillo, mi ciudad natal, primero se comentó por todos los radios, que el extinto Franklin Delano Roosevelt (que en Gloria esté) en re-

presentación de las Naciones Unidas, me había nombrado ministro de la O. N. U. Más tarde se ratificó el susodicho nombramiento por los mensajes que llegaron procedentes del Gabinete de la Guerra radicado en Washington, D. C.”.

“CASADO OBLIGATORIAMENTE”...

En su desquiciamiento, este noble anciano que se cree tener tan omnímodos poderes, asegura al reportero que “en esas condiciones, fué “casado obligatoriamente” (por méritos de guerra) con la Virgen de Fátima, que ha pasado a ser Valerina I del Mundo”. Y cuando tal dice, con una unción rayana en lo sacrosanto, saca de un sobre de Manila, cuidadosamente doblado, que tiene junto a su corazón, una gran lámina de la linda Virgencita, y nos la muestra.

USTED ME MERECE  
CONFIANZA...

Quizás el hecho de que por primera vez se encontraba frente a una persona que de veras le atendía con la distinción, respeto y curiosidad con que lo hacíamos nosotros, nos escruta a través de sus espejuelos —una de cuyas pa-

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

tas está atada con un pedazo de "tape"— y nos dice: "Usted me merece confianza y es por ello que le voy a mostrar el documento más extraordinario que jamás haya poseído humano alguno en la vida". Y diciendo y haciendo, nos muestra, en efecto, un pergamino —cuya fotografía reproducimos en este reportaje—, en el cual se le reconocen todos los derechos y blasones de que hemos hablado anteriormente.

#### SU TOMA DE POSESION.

Le preguntamos, de acuerdo con el rango altísimo que ostenta, cómo será la ceremonia de su toma de posesión y cuáles sus atribuciones, conferidas por todo el universo, y "Valerino I" fija su mirada en lo ignoto, en la lejanía —docenas de curiosos nos rodean, pero nosotros" permanecemos ajenos—, para decirnos:

"Mi toma de posesión será en Columbia —según mensajes recibidos recientemente—; me dicen que asistirán a la misma los Ministros de Estado de todas las naciones del mundo, con un séquito integrado por 25 miembros de sus respectivos ejércitos, con alta graduación, los que les presentarán sus cartas credenciales y sus respetos, en uno de los más extraordinarios actos que jamás se hayan registrado en la historia del mundo.

#### EL TRONO O RESIDENCIA...

"Mi trono, periodista amable —dice Valerino, sin que en sus palabras denote su delirio— será un Palacio Aéreo, que tendrá exactamente cinco perímetros más grande que el Palacio de Bellas Artes que se construye en La Habana; será blindado, por supuesto —agrega—, y funcionará por medio de oxígeno, eso que llaman propulsión a chorro, para poderme trasladar, en el momento deseado, de un país a otro, en solo cuestión de minutos, allí donde mi presencia y mi palabra sean menester para dirimir cualquier cuestión de gobierno. Constará de ocho escaleras y ocho alas que serán las que lo transportarán de un sitio a otro.

#### COMO VESTIRA EL EMPERADOR...

Mi ajuar será verde... sí, verde oscuro. El pantalón tendrá dos anchas franjas de terciopelo rojo a cada lado y la guerrera, bordada por las mejores orfebreras de la China milenaria, tendrá entorchados de oro y 153 —¡añótelo, señor periodista! — y 153 medallitas de oro también,

con incrustaciones de brillantes. Mi sable —¡oh, mi sable!— será del mejor acero toledano y también su empuñadura será una obra maestra de los repujadores más famosos, con brillantes, amatistas, esmeraldas y rubies en su extensión.

Hacemos una pregunta al "emperador", y nos dice: "no me fijé, no me fijé en ese detalle", dándonos la sensación de que cuando nos "describía" tanto su palacio como su vestuario, "veía" todas esas maravillas.

#### BATISTA, HASTA QUE SE MUERA DE VIEJO...

"Batista —dice a nuestra próxima pregunta—, ha sido elegido por mí para que me represente, como Emperador de Cuba, en mi Consejo de Ministros Mundial, y su mandato, señor periodista, no terminará sino cuando muera de viejo, como yo.

#### LOS VICIOS... LA ESCASEZ DE LA CARNE...

"Los vicios serán erradicados de la faz de la tierra, porque ellos son los que corrompen la "masa encefálica" de la humanidad, produciendo lo que los latinos dicen "Trastornitis Cabecitis"; que es trastorno mental". No se podrá matar, porque no es imprescindible dar muerte a ningún semejante. Pero en mi gobierno mundial, se fusilará a quien atente contra la vida de su hermano. El problema de la carne será solucionado importando ganado de aquellos países donde sobra, porque en mi gobierno mundial todos los pueblos serán uno solo, para el bienestar de los demás.

#### UNA SOLA DIVISA MONETARIA...

Y sigue diciendo: "No habrá escasez de nada, periodista, porque todo el mundo ganará lo suficiente para vivir y tendrá, no importa lo remoto se viva de su país de origen, todo lo que sea menester para vivir. Además, una sola divisa monetaria regirá en mi gobierno y ella tendrá la efigie mía y será valedera en todo el mundo. Mis representantes, o sean los jefes de los Gobiernos, serán personas idóneas, ecuanímes y aptas para gobernar, y es por ello que todo el mundo será feliz.

#### EL CABALLERO DE PARIS, UN IMPOSTOR.

Ya casi nos estábamos "contagiando" con el "Gran Emperador", cuando hicimos una



3

pregunta que produjo un gesto de indignación de nuestro interrogado:

“Ese señor, como todos los hombres del mundo, pueden decir lo que quieran. Puede decir que es Emperador de París, de Francia, o de donde sea; pero será menester demostrarlo como lo demuestro yo, con mis documentos y pergaminos, que usted ha tenido el honor de ver. El “Caballero de París no es más que un impostor y no me interesa siquiera comentar su actitud arrogante, porque lo que ha sucedido es que al efectuarse en el mes de Abril mi coronación, quedará destronado y sin poder recurrir a nada ni a nadie”.

**OTROS PERSONAJILLOS...**

La “Marquesa”, “El Coronel Caimán” y otros tipos singulares que todos los habaneros conocemos, son, para el “Emperador”, *personajillos* sin linaje ni prosapia, que no

han podido, como él, tener el privilegio de que le confirieran, en cónclave suprema de la O. N. U. la Inmortalización ante la Historia del Mundo Moderno Universal y el derecho de intelectualidad mundial” —dijo, al tiempo que se despedía de nosotros, para dirigirse a un puesto de frutas y chuparse unas cuantas naranjas, que es el “elixir de la vida”, momentos en que Gort, nuestro fotógrafo, aprovechó para tomar la foto que haciendo la seña o “clave”, como llama él al signo de la V de la victoria— sonreía a la cámara en tanto, quizás, soñaba con su próxima coronación de don Antonio Alvarez Valerino I, Su Majestad Emperador del Universo, Comodoro de los Balcanes, Jefe Supremo del Aire, Mar y Tierra de todas las Naciones, Jefe Supremo del Buró de Investigaciones del Mundo Entero, y además, de todos los títulos habidos y por haber, sobre la faz de la tierra...”







...El pecho lleno de medallas —distintas a las que recibirá el día de su coronación, que serán de oro y brillantes—, don Antonio Alvarez Valerino I, hace su señal de "clave", al despedirse del periodista...



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



## CRONICA HUMORISTICA

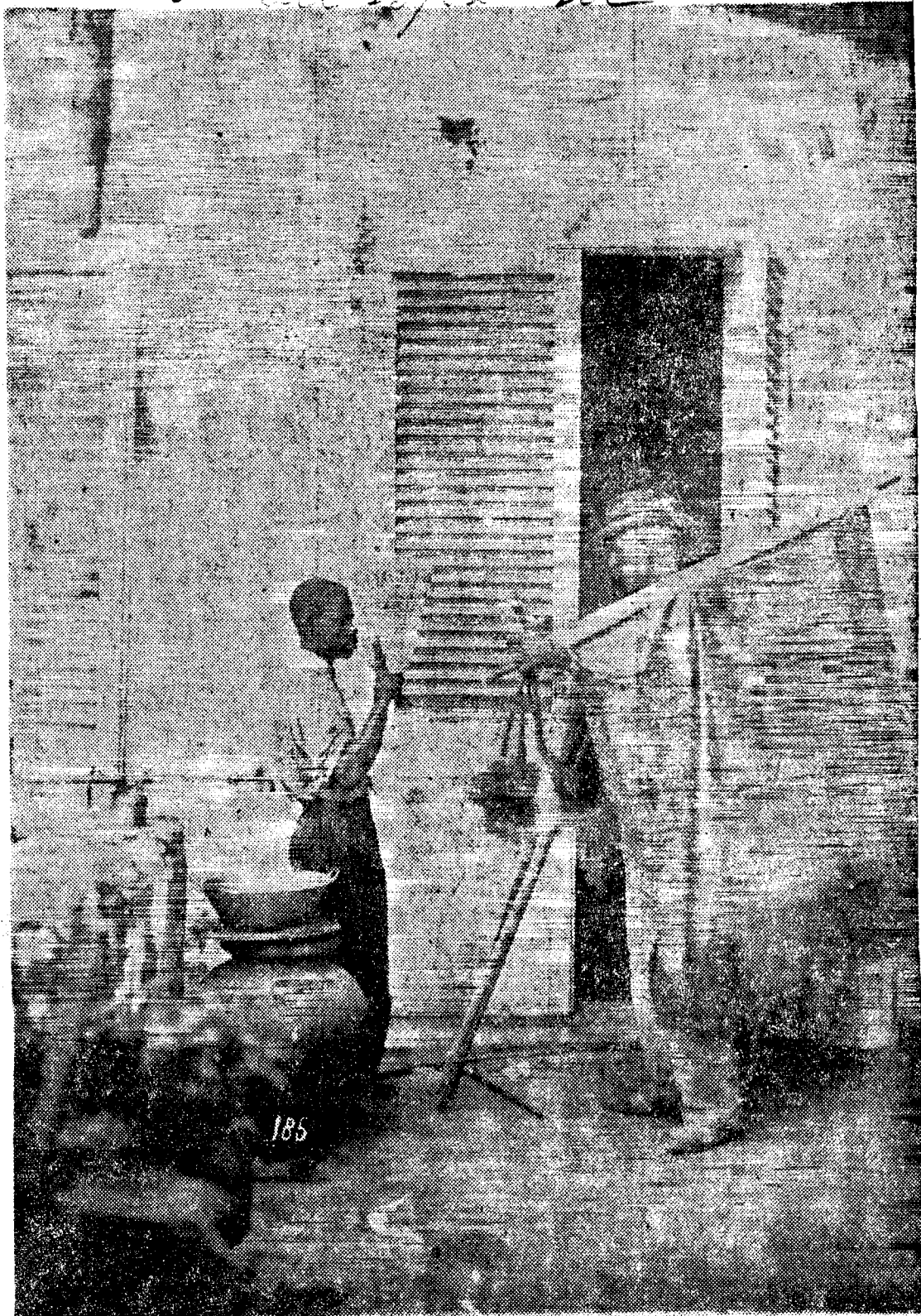
...y como quien enseña documentos que jamás se podrían enseñar, don Antonio Alvarez Valerino I, muestra a nuestro compañero Casimiro Hernández, sus títulos y correspondencia que le dirigen los más poderosos hombres del mundo...



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# Gráficas de Antaño: Vendedores



Los vendedores ambulantes han existido siempre, por lo menos entre nosotros. Que han sido, incluso, figuras características lo demuestra el hecho de que nuestra música propia ofrezca toda una serie de "pregones" callejeros. Porque el vendedor ambulante cubano es casi siempre un bohemio metido a comerciante, un artista frustrado, al extremo de que hemos conocido casos de individuos que, decididos a vender por las calles para ganar el sustento diario, han demorado dos o tres días el inicio de sus operaciones mercantiles porque no acababan de musicalizar un pregón adecuado. La foto, tomada cincuenta años atrás, muestra los pioneros de los vendedores de escobas y de los polacos expendedores de alfombras.

UNA ESTAMPA COSTUMBRISTA QUE SE PIERDE.

Emigran los amoladores de tijeras, obligados por la competencia mecanizada de sus colegas



Los amoladores de tijeras emigran de Cuba. Ya no volverán a sentirse por las calles habañeras la musicalidad tonal de sus silbatos acompañada de los gritos de "Amola-door..." que conjuntamente con sus artefactos primitivos constituían toda una estampa costumbrista que llenaba de colorido el escenario ciudadano. Junto a su carro se amontonaban los chiquillos para ver como su piedra de amolar impulsada por rústico pedal sacaba chispas azulosas y fugaces a las tijeras, los cubiertos de mesa y el pavoroso cuchillo de cocina de las amas de casa. Los amoladores emigran porque no pueden vencer la competencia mecanizada de sus colegas en motonetas, en "jeeps" y quien sabe si un día también en "auto-giros"... La foto es nostálgica y sugerente y nos muestra a dos hijos de Orense, Dámaso Novoa y Ventura Morandeira, cuando se disponían a trasladarse a Ciudad Trujillo en uno de los aviones de la Compañía Cubana de Aviación, porque ya no pueden vivir en Cuba. Al emigrar los amoladores de tijeras, desaparece toda una época y va cayendo en el olvido un girón de La Habana de antes, más pintoresca y más criolla...

*Orense, marzo 11/55*

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

*Caras baratas y caras:*

# LOS TURULATOS

por **BERNARDO VIERA TREJO**

*1950, 1951, 1952, 1953*

LOS CAMBIOS constantes en nuestro lenguaje—mezcla chabacana de lo pintoresco y lo vulgar—han bautizado a las figuras populares de La Habana con otro nombre: Los Turulatos. Como si la Real Academia de Llega y Pon no hubiera encontrado otro puñado de letras mejor repartidas para calificar a las únicas personalidades populares que no tienen aspiraciones políticas.

Los Turulatos deben ser reivindicados. ¿Por qué? Por la honestidad con que cargan su estilo. A cada rato surge en la vida pública una figura pintoresca, populachera y de vulgar simpatía. La voluptuosa gente que forma nuestro pueblo se olvida inmediatamente de La Marquesa o de El Caballero de París y se entrega por completo a su nuevo personaje. ¿Y qué sucede...? Pues, la traición a la fe del pueblo. Estos sujetos terminan rechazando su origen y se meten en la política. O en el periodismo. O en la televisión. O en la tres cosas.

En premio a su recta conducta, AVANCE ofrece estas dos páginas como homenaje de desagravio a Los Turulatos.





## EL EMPERADOR

El refinamiento hecho persona. Gallarda y parsimoniosamente, Antonio Alvarez Valeriano pasea su turulaterancia Prado bajo y San Rafael arriba, ante las miradas asombradas de turistas y primerisos. El Emperador del Mundo —como se hace llamar— corresponde a la dádiva generosa con el gesto gentil de su jerarquía. Y mira los periódicos. Y lee la crónica social. Y comenta ante el último escándalo de los que tienen sangre azul: "¡Qué vulgaridad! Como maltratan el linaje estas personas".



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



## LA MARQUESA

La Marquesa también ha sido víctima de la vida nebulosa en que caen algunos de su linaje. Una mañana apareció ante los asombrados habaneros con una redonda barriguita que provocó los más escandalosos comentarios. Se pudo librar del traspies y volvió a su cotidiana vida de grandes restaurantes. "¿No tiene una pesetita?" y lleva nerviosamente el cigarro extranjero a la boca. La Marquesa hizo sus primeros pininos publicitarios en el anterior gobierno: Paco Prío la sacó del anonimato y la llevó al refinado Prado 86 por primera vez.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



## BIGOTE DE GATO

Todos los turulatos no viven de la ayuda pública. Este ha combinado la excentricidad con el sentido comercial y ya es propietario de un gran bar y restaurant bohemio que se aburre en la Habana Vieja. "Bigote de Gato" —de boina roja y melena negra— ha sabido sacar dinero a su popularidad. También ha puesto mecanismo a su exhibicionismo, y pasea —orgullosamente— un vetusto y descolorido cacharro del 1923. "Bigote de Gato" es un turulato bastante cuerdo.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





## EL CHARRASQUEADO

Juan Charrasqueado ha sido el único de estos personajes con seintido americanista: huyó de los títulos de nobleza, de los grandes salones europeos y ha convertido sus seis pies de huesos y cicatrices falsas en lo que ustedes ven: Juan Charrasqueado, personaje mexicano llegado a nuestras playas por obra y gracia de un guionista malo de cine. Recorre los clubes y bares cantando y escenificando la canción ranchera de melodía pegajosa. El Don Juanismo de su personaje lo obliga a brindar con Olga Guillot, la gran cancionera de América latina.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Por Cristóbal Martin

Por Raúl Roa

NUESTROS entrevistados, señores Justo Vega, Chinito Isidró y Evelio Orta, personalidades de singular relieve dentro de la muy numerosa familia decimera, inician el diálogo con expresiones de sincera gratitud para EL MUNDO, y la generosa acogida que, en lugares preferentes de sus páginas, ha concedido este periódico a la Décima, en su manifestación vernácula de la improvisación cantada.

Justo Vega, sin lugar a dudas un verdadero idolo de la afición y director de "Patria Guajira", vence su modestia característica a requerimientos muy insistentes de sus compañeros, y nos dice de su ardua labor en el pasado, para erradicar del ámbito decimero la deprimente modalidad juglaresca de los trovadores trashumantes que actuaban a discreción, obligados por la falta de otros medios.

Vega vió en el radio un factor cohesivo donde apoyar su innata capacidad pa-

dad, fens Déci el m

Domingo 10. de Diciembre de 1957

(Termina en la Pág. 19). herética. Lo cierto es, sin em- cluso contra la nueva perspectiva, os proselitios. Muchos de ellos se nética cuenta aún, desde luego, en la leyenda. La vieja y artum- ento griego, hasta ahora emborad- ntera impidez, el trastorno social la espíritu que lo nutre y modela, bro- sis sociológico de la estructura his- os nueva óptica se la pule y completa to. s- ill griega. mo forma específica de expresión to de la autocracia y el eclipse de a- rta, Tebas y Macedonia, por el en- nales, por luchas sangrientas entre vastas y profundas agitaciones poli- le su decadencia histórica, caracte- del pueblo griego en la hora cre- tino. El ritmo donisaco volvera a deración de lo humano y de su con- los sistemas racionalistas de filosofía órica, singularizada por la estatutaria social, rige en el apogeo de su ple- to gozoso sobre los instintos y la cr- apolíneo, la concepción de la vida co- pararse de las manos de sus fautores. irracional de una realidad que pa-

RESULTA hoy sobremanera fácil advertir la trayectoria solar del proceso histórico. Jorge Guillermo Federico Hegel, en soberano arranque, lo intuyó hace un siglo. En ese sinfónico desfile de pueblos y culturas, Grecia constituye el primer centro universal del espíritu europeo, convirtiéndose en punto de partida de toda evolución espiritual ulterior. La importancia y el interés que tiene para nosotros la antigüedad griega estriba, justamente, en esta vinculación suya al devinir de la occidental, a la que lega un profuso semillero de conquistas y un horizonte en perpetuo renuevo.

No se logra, sin embargo, hasta tiempos muy cercanos a los nuestros la pulcra determinación de las relaciones entre la cultura griega y la occidental y la aprehensión rigurosa de la compleja realidad histórica que la sustenta y conforma. Esta dilatada demora en la comprensión de lo griego es uno de los más peregrinos acaecimientos de la ciencia histórica. Su explicación ha de buscarse, por una parte, en la deshistorización de la antigüedad grecolatina por el espíritu renacentista, y, por la otra, en el cultivo romántico de las humanidades, que da pábulo a la mística exaltación de sus valores y a la creencia de que la cultura occidental es mero trasunto de la clásica, que agota en sí misma la capacidad humana de creación y decanta, en su propia esencia, la esencia de la vida.

La beatería de lo griego, definida por Ortega Gasset como "tendencia al deliquio y al aspaviento", es el gran obstáculo que ha entorpecido un certero entendimiento de la cultura clásica, contribuyendo a forjar de la misma un concepto falaz. Muestra de esa "postura de ojos en blanco" la ofrece Alemania, en la que se llega a sostener que "entre el espíritu helénico y el alemán existe un sagrado vínculo nupcial". "Tierra del ideal", llamó Winckelmann a Grecia. Lessing, Vos, Goethe y Schiller se produjeron en idéntico lenguaje. No anduvo Francia muy en zaga de ese sentimental dretimiento. ¿No creyó descubrir el siglo XVIII francés, con enternecido alborozo, en el sentido griego de la vida el arquetipo de la vida humana? En la centuria subsiguiente, Hipólito Taine y Ernesto Renán, críticos e historiadores ambos de afilada pupila y cernido saber, hablaron, con admiración patidifusa, del milagro griego, del don divino que fué Grecia. Maestra de ciudadanía, corporización impar del gobierno del demos, dechado único de nivelación social, refugio del espíritu humano, incitación al retorno, la proclama Henri Beer. "Muerta es la vieja Grecia—escribió José Martí, nada sospechoso de grecofilia—y todavía colora nuestros sueños juveniles, calienta nuestra literatura, y nos cría a sus pechos, la hermosa Grecia artística. Con la miel de aquella vida nos ungemos los labios aún todos los hombres". Y. son todavía muchos, los que, en esta coyuntura de universal palingenesia, se agarran conmovedoramente, como náufragos, a la imagen que dejó Tucídides de la democracia ática en la deslumbrante madurez del siglo de Pericles.

¿Marca Grecia, en verdad, la curva más alta de la capacidad humana de...

# LOS DECIMEROS CUBANOS

Por Cristóbal  
Martín

NUESTROS entrevistados, señores Justo Vega, Chinito Isidró y Evelio Orta, personalidades de singular relieve dentro de la muy numerosa familia decimera, inician el diálogo con expresiones de sincera gratitud para EL MUNDO, y la generosa acogida que, en lugares preferentes de sus páginas, ha concedido este periódico a la Décima, en su manifestación vernácula de la improvisación cantada.

Justo Vega, sin lugar a dudas un verdadero ídolo de la afición y director de "Patria Guajira", vence su modestia característica a requerimientos muy insistentes de sus compañeros, y nos dice de su ardua labor en el pasado, para erradicar del ámbito decimero la deprimente modalidad juglaresca de los trovadores trashamantes que actuaban a discreción, obligados por la falta de otros medios.

Vega vió en el radio un factor cohesivo donde apoyar su innata capacidad para la organización, y así surgieron aquellos "Bandos" cuyos colores distintivos establecían la pugna que culminaría en el triunfo artístico de los grupos más destacados, con el correspondiente beneficio para el género, en la emulación ascendente de los artistas; actuaciones que además prestigiaba su fama de repentista con fluidez inigualada, desde Plácido.

Desde entonces, la mención del nombre de Justo Vega ha estado asociada a la idea de organización, responsabilidad y disciplina.

Vega nos presenta a su antagonista lírico actual, y ya de mucho tiempo, el popular Pedro Guerra, nombre que en la historia de la Décima irá unido al suyo, y bardo éste muy pagado de la dignidad artística, cuyo combatiivo temperamento encuentra ideal ambiente dentro de la tónica respetuosamente liberal, que norma a "Patria Guajira".

Chinito Isidró, hombre especialmente dotado para empresas de gran aliento, y consumado maestro con pleno dominio de las diversas motivaciones, que facilita su cultura, nada común, hace cálido recuento de sus luchas por la superación decimera que, naturalmente, necesita también de una afición superada, y de más comprensión de parte de aquellos que subestiman la buena Décima improvisada, sin tener noción exacta de lo que significa, en múltiples aspectos. Y así se dió, en su momento, a la dura tarea (dura por esa misma incompreensión) de elevar el género en disertaciones públicas, conferencias privadas, impresión de folletos y audiciones gratuitas musicalizadas con instrumentos de cuerda.

Al conjuro de la charla— en la que interviene apasionadamente Evelio Orta— brotan los recuerdos, y la evocación grata de los hombres



APARECEN DE IZQUIERDA a derecha los decimeros Pedro Guerra, Justo Vega, director de la hora "Patria Guajira", Evelio Orta y el colaborador de EL MUNDO Cristóbal Martín.

dados al apostolado de la defensa constante de la buena Décima improvisada trae, en el más amable y emocionado de los desfiles, los nombres de Jesús Pérez Delgado, Pedro Mantilla, don Carlos Salazar, José Hernández García, Ceferino Tirado, Ismael González, Manuel y Eusebio Tejera ("Gareo y Onicajina, respectivamente), Manuel Colón, Francisco Díaz Figueroa ("Guamacaro") Adolfo Alvarez ("El Gigante de la Idea"), Joaquín Cruz Alvarez, Humberto Galbán, Patricio Lastra, José Marichal, Jesús Hernández ("Carenó") Nicanor Cabrera, Urbano Pérez Casas, Leoncio Sosa, Eduardo García ("Ardilla"), Santos Isidro Oliva, Camilo Domenech, Luis García, Jesús Gárciga, Marcelino Ortiz, Luis Gómez, Ernesto San Juan, Mario Gárciga, Cecilio González ("Siragüel"), Nicolás Martínez, Jorge Quinta-

na, Roberto Villaurrutia, Felipe Rodríguez (de La Salud), Juan Guerra (hermano de Pedro), Juan Verde, Sergio Rodríguez, Alfredo García Lassale, don Santiago Valera, Joaquín Roque, Inocencio Valdés, Reinerio Hernández, Víctor Fuentes, Alfredo Lefont, Eulalio González, Fernando Lozano, Diego Marrero, Jesús Quesada, Adalio Rodríguez Díaz, Olegario Cervera, Julio del Corral, Carlos Ortiz (La Bija), Jacinto G. Abad y González Quevedo, José Antonio y Balbino Milán, Angel Núñez, Ramón Cabezas, Pedro Leal (El Tesorero), Daniel Falcón Bolaños, Octavio Hernández, Nito Lorenzo, Ofelio Horta, Carlitos Hernández, Juan Sotolongo, Remigio (Quivicán), Jacinto Martínez, Casimiro Alvarez, Lucio Cabezas, José Manuel Peguero, Rodobaldo Acosta, Egberto Nodal y... centenares de millares más,

porque cada aficionado es un militante de la causa decimera.

Intelectuales como el doctor Raúl Ferrer Gutiérrez.

Periodistas como Hilario Martínez.

Industriales con mentalidad de verdaderos Mecenas de la Décima, tal el doctor Luis A. Kouri.

Funcionarios constructivos como el doctor Osvaldo Valdés de la Paz, quien desde el Ministerio de Agricultura realizara ensayos, muy estimables, en relación con la Décima y una fecunda utilización de su mensaje.

Evelio Orta, aunque el más joven de los entrevistados, pero ya todo un veterano de la Décima desde 1942 (año en que, neófito aún, alcanzara el honor de controvertir con José Marichal) señala el potencial existente en la Décima radiada, como vehículo idóneo de ilustración popu-

lar, mediante la organización de *Programas Especiales*, dirigidos en la parte pedagógica por personas profesionalmente capacitadas al efecto, los cuales *Programas Especiales* llevarían el mensaje aureolado del gran prestigio que la Décima y sus cultores consagrados, disfrutaban hasta en núcleos de población (población también cubana!) radicados en lugares, digamos muy distantes de las escuelas, y donde se carece en absoluto, desde siempre, de la más modesta biblioteca pública.

Esa idea de canalizar hacia fines más elevados aún, de los que tradicionalmente han guiado a los cultores de la buena Décima cantada, es tan antigua como el Cuca-lambé y Fornaris (dicen Chinito y Justo Vega) y ha sido la preocupación constante de hombres que como nosotros, llevamos más de veinte años en estos cubanos empeños; y que no nos conformaremos jamás con el limitado papel asignado a un género que es inseparable de la historia cubana. Pero nuestra larga experiencia, (añaden), en la dirección de programas decimeros, nos dice de las dificultades económicas que habrán de afrontarse todavía, para la mera supervivencia de lo que, por supuesto, se niega a morir y... no morirá!

Nosotros, que sabemos de los anhelos y propósitos (exentos de toda bastarda intención) de estos celosísimos guardianes del legado patriótico de Nápoles Fajardo, Fornaris, Teurbe Tolón, Palma, Mendive, Calcagno, Vélez Herrera, Luis Victoriano Betancourt, Roa, Varona, y tantos otros próceres que harían interminable la ilustre lista de la época de oro decimera, interpretamos los sentimientos de quienes personifican, manteniéndola, la purísima tradición de esa Décima que, nacida andaluza, ha sentido siempre tan en cubano, que el propio pueblo le honró, prohijándole "guajira".



UN GRUPO DE cultivadores de la décima que actúan en el programa radial "Patria Guajira", que dirige el señor Justo Vega.

# Los Tipos Populares

Por SANTIAGO CARDOSA ARIAS

- "El Caballero de París"
- "Juan Charrasqueado"
- "El Emperador"
- "La Marquesa"
- "La Mujer de los Gatos"



"...Juan se llamaba y lo apodaban Charrasqueado"... Pues "Luisito" Díaz, este simpático "tipo popular", se adueñó del nombre y el apodo del Don Juan Azteca y por ahí lo tenemos disparando "tiros" que sólo matan de risa a los transeúntes. Uno de los tantos temas que produce una mente desquiciada.



Erguido, y con tras principal llero de la M sus título

La vida es baja. "Un ext una película agua", otra y borracho", ot

Esas expri esas incohere do por todas capital un ti decir un borro obstante ser t ese ingenio n y de filosofía cusarse ante tas palabras: tión de "honc a la bebida; mi padre"...

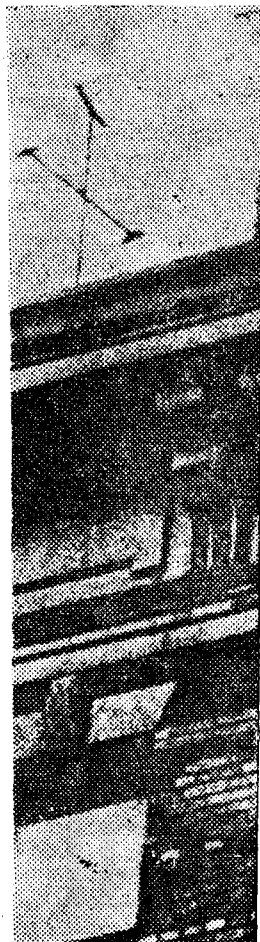
Pues bien, ciudad que t tipos popula lio casi oblig interior, cuer ya se hacer las crónicas revistas, sob jeras, visto e tipos popula mente los li.

# TOCA

junio, especialmente los los martes, entre las d mañana y las dos de la tas curiosas consecuen desprenden de las est

Parece singular, a pri ta, que los hombres ter dencias mayor a ponerle vida en un día y en un determinadas. Pero ello gún el doctor Kern, una ción científica. Es en el en que el sol brilla y el tro „sube cuando el ho fermo, física o moralm encuentra más acabar caúsa del contraste que duce entre la noche de zón y la claridad radi cielo. Al principio de lo el pusilámine halla may tivos de temor pensand días que siguen.

Como ustedes ven, los tras lo explican todo.

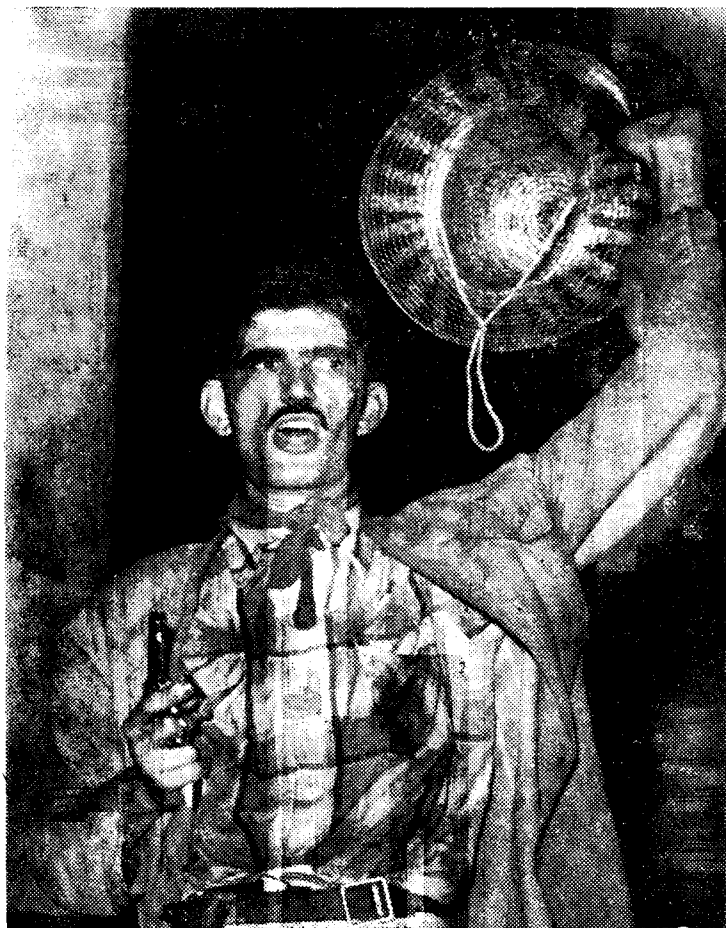


Una forma de suicidarse se lanzará cuando h

# Los Tipos Populares

Por SANTIAGO CARDOSA ARIAS

- "El Caballero de París"
- "Juan Charrasqueado"
- "El Emperador"
- "La Marquesa"
- "La Mujer de los Gatos"



"...Juan se llamaba y lo apodaban Charrasqueado"... Pues "Luisito" Díaz, este simpático "tipo popular", se adueñó del nombre y el apodo del Don Juan Azteca y por ahí lo tenemos disparando "tiros" que sólo matan de risa a los transeúntes. Uno de los tantos temas que produce una mente desquiciada.



Erguido, y con aire principesco, "El Caballero de París" recorre nuestras principales calles proclamándose "Príncipe de la Paz" y "Caballero de la Mesa Redonda del Rey Arturo". Y es que S. M. concibe sus títulos debido al mundo brumoso y oscuro de su mente.

La vida es un telón: sube y baja. "Un extraño en la escalera", una película; "Algo flota en el agua", otra película; "Yo soy un borracho", otra película.

Esas expresiones, más bien, esas incoherencias, las va diciendo por todas las calles de esta capital un **tipo popular**. Por no decir un borracho. Y es porque no obstante ser un dipsómano, posee ese ingenio mezcla de humorismo y de filosofía que le permite excusarse ante la sociedad con estas palabras: "Lo mío es una cuestión de "honor". Tomo para matar a la bebida; ya que ésta mató a mi padre"...

Pues bien, no existe una sola ciudad que no posea uno o más **tipos populares**. La Habana, exilio casi obligado de la gente del interior, cuenta con muchos que ya se hacen imprescindibles en las crónicas de los periódicos y revistas, sobre todo en las extranjeras, visto el hecho de que estos **tipos populares** buscan precisamente los lugares donde comun-

mente acuden los turistas que nos visitan, para allí hacer gala de su "retentiva mental" o de sus dotes como "poeta", "actor de cine o de teatro", y no faltan los que haciendo derroche de buena memoria, recitan párrafos escritos por ilustres literatos académicos.

Entre los **tipos populares** que padece La Habana, hemos escogido al azar unos pocos que bien merecen un comentario de simpatía y de penoso afecto por nuestra parte. Porque no hay que olvidar que estos **tipos**, en su gran mayoría gente mentalmente desequilibrada, han hecho de su mundo brumoso y oscuro un teatro donde grandes y chicos encuentran esa ingenua y sana gracia que los cuerdos prodigan con manifiesta hipocresía, y son elementos que saben impartirles a sus conversaciones las frases más sutiles y puras, a más de incoherentes. Gustan de atraerse el aprecio de las mejores personas y se esfuerzan por ser útiles. Sin reclamar nada y sí rehuir cual-



Las medallas esas que luce "El Emperador", han sido ganadas en buena lid en los campos tenebrosos de su desorganizada mentalidad. "Saludos, Su Excelencia", le dice uno. Y él, con aire de monarca, contesta con la cortesía y el respeto que le han hecho merecedor del aprecio de todos.

quier tipo de ayuda que se les quiera dar, argumentando a veces cosas que nos hacen dudar sobre quiénes son en verdad los cuerdos. El siguiente caso es un exponente.

#### EL CABALLERO DE PARÍS

Erguido, con aire principesco, y como escapado de una estampa del Romanticismo español, "El Caballero de París", deambula por las principales calles de la Capital provocando las risas de los demás, y la pena de los menos, que lo saben soñando con una ilusión que sólo una mente en tinieblas concibe. Sostiene en sus hombros una vieja y raída capa construída con trapos de paño o de seda, y luce una bronda caballera plateada por los años, que bien sería la envidia de Yul Brynner. Bajo el brazo izquierdo, un rollo de viejos papeles que él

afirma son los títulos que posee. Y claro, es un rollo de ¡nada! Pues resulta que este tipo popular, mejor, este tipo novelesco, goza de doble simpatías por parte del pueblo. Primero, porque no son pocos los que se han enterado de hechos remotos e ignorados, y que él, en instante de lucidez y debido a los estudios que parece sufrió, narra entre los contertulios que siempre le asedian, los más disímiles temas, ora de historia universal, ora de leyes, etc. Y segundo, porque el "Caballero de París"—fiel a su tradición "principesca" ¿o a su demencia?—no acepta un solo centavo de aquellos que viéndolo andrajoso y sucio, lo consideran un pordiosero. Es propio en él pagar todo lo que toma de cualquier establecimiento, pese al expresado deseo de los dependientes de obsequiárselo. Este colaborador recuerda cierta ocasión en que ante la negativa

del propietario de cobrarle un periódico donde aparecía una información en la que se hablaba de él, depositó los cinco centavos sobre el estancillo dándole, en forma cortés, las gracias.

#### LA MARQUESA

Como todos estos tipos populares, "La Marquesa" tiene su nombre de pila. Se llama Isabel Veitia. Y he aquí el reverso de la moneda: ésta no predica los dictados de "El Caballero". Lo que es más, si no fuera porque el pueblo la sabe una infeliz mujer sin recursos económicos, no se molestaría ante el asedio con que aborda a todos los que pasan por su lado, reclamando una caridad después de improvisar una poesía que recita adoptando aires de actriz dramática. Por lo demás, es un tipo popular que provoca



"Apagaré la radio para recitarle el último verso", parece decirnos "La Marquesa". A la vez, un guaguancó y luego extiende las manos, como si nadie le niega por la gracia con que recita el verso que nos resulta su desolación.

miramos para el vistoso uniforme de Antonio Alvarez Valerino, donde lucen medallas de las más distintas procedencias, comprendemos que los poderes de este buen hombre están únicamente en el abigarrado y confuso escenario de su locura. En "La Acera del Louvre" tiene su tertulia, allí reparte sonrisas y gestos que obligan a uno a reciprocarse el saludo con cierto o total respeto, rindiéndole las reverencias propias de un verdadero emperador. Lastimoso resulta que este hombre no hubiera resultado ser un real mandatario, pues hay en su ser una tónica tal de amabilidad, de respeto y de cortesía, que no obstante saberlo perturbado en sus facultades mentales, ha encontrado en el pueblo habanero un trono donde sus súbditos les rinden las más sinceras muestras de consideración y cariño.

Muchos otros tipos populares existen en la Capital. Pero para hablar de ellos necesitaríamos el espacio de que no disponemos, y sería penoso hacer omisión de algunos de ellos por descuido, ya que para nosotros estos tipos populares que de tanto gracejo y saber humorístico llenan nuestro ambiente, tienen nuestro respeto, por lo que les dedicamos este modesto trabajo periodístico confiando en que cuando vean sus fotos en el papel, comprendan que todos ellos también son parte de nuestra sociedad.



¿No le merecían tributarle un homenaje. Al menos tan noble y humanitaria de darle de aparados que aparecen en la foto. ¿No criticísimo "Bando de Piedad de Cuba?"...



## Cumpleaños

La presente foto capta el alegre ambiente que reinó en la fiesta de cumpleaños de la graciosa niña Margarita Silva Martín, la que pasó su día muy feliz junto a sus queridos padres y alegres amiguitos. Margarita cumplió 4 años el pasado mes de marzo y es hija de una muy estimada suscriptora de NUESTRO HOGAR, la señora Juliana Martín, amantísima esposa del cabo del Ejército señor Moisés Silva.



PATRIMONI  
DOCUMENTI



